

JUAN PABLO MAGNO LUCHADOR DE RAZA.

AUTOR: P. JESÚS MARTÍ BALLESTER

Presentación y Prologo

Romano Pontífice, «El dulce Cristo en la tierra»

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

La luz de Cristo se hace presente por medio de Juan Pablo II entre nosotros. El Santo Padre, hombre de sufrimiento, perdió su madre a los 9 años, luego su hermano mayor y después su padre, perseguido en la Polonia nazi, trabajador de canteras y de vida clandestina, quiso ser silenciado por el comunismo, cuantos amigos perdió como consecuencia de los régimen de la vergüenza del hombre, cuantos maestros le antecedieron a la presencia del Señor, el destierro, la bala asesina del atentado, la enfermedad, el sufrimiento por la Iglesia diariamente atacada, toda una cruz, todo por amor a la cruz. Es así, el Romano Pontífice, sabe que la cruz es el camino, Juan Pablo II, apoyado en su báculo, nos regala con su amorosas palabras, su testimonio de amor a la Cruz de Cristo.

Cuando fui de niño, a los ocho años de edad, estaba en mi catequesis para mi primera comunión, la que hice el 8 de diciembre de 1958, cuando recuerdo poco mas de un mes antes de ese acontecimiento, en el mes de octubre, unas religiosas que nos preparaban no contaron con alegría que teníamos un nuevo Papa, Ángelo Giuseppe, luego Juan XXIII, y oramos por él, es mi primer recuerdo de un Papa. Luego el anuncio del Concilio Vaticano II fue todo un acontecimiento en mundo, y a través de la radio nos enterábamos de su significado. Juan XXIII, fue llamado a la casa del Padre el 3 de junio de 1963, a poco de haberse iniciado el Concilio Vaticano II.

Recuerdo que su muerte no provoco una profunda tristeza, así ocurrió también en el mundo entero, este Papa se hizo querer en muy poco tiempo. En efecto, su extraordinaria bondad y simpatía le permitió ganarse el cariño, la amistad y el respeto de gente muy diversa, así fue como le llamaron "Il Papa buono", el Papa bueno.

El Cardenal Giovanni Battista, como Pablo VI es nombrado sucesor de Juan XXIII y se convierte en el Papa de mi Juventud, y las comunicaciones progresaban de tal manera que era común ver al Papa en los noticiarios que observábamos al ir al cine, y en la naciente transmisión por televisión, entonces conocimos mas de cerca su obra y su voz.

Así fue como a través de mi formación en la fe, en compañía de mi familia tradicionalmente católica, fui tomando poco a poco conocimiento y conciencia de la tarea asumida por el Vicario de Cristo.

Hoy, es Juan Pablo II nuestro Pontífice, y no solo le respetamos sino que le amamos, es el Vicario de Cristo, es el "Dulce Cristo en la tierra". Nuestro Santo Padre, está cargando con su cruz, cumpliendo la Voluntad del Padre. El Espíritu

Santo gobierna la Iglesia, no lo ponemos en duda, lo sabemos, lo creemos y lo comprobamos a día a día, por ese rezamos por él, por su misión y por su salud, por su dolor.

Sin ninguna duda, nuestro amado Papa Juan Pablo II pasará a la historia como Juan Pablo II el Grande, "Magno", "Gigantesco", como la llama en este libro el Padre Jesús Marti Ballester.

En efecto, Juan Pablo II, ha sabido ser un extraordinario vicario de Cristo, El Buen Pastor que da su vida por las ovejas.

Son muchos los nombres que le damos a Juan Pablo II, el Papa Pastor, Papa Fiel a Jesucristo, Papa Buen Maestro, que con sus catequesis y sus enseñanzas de gran profundidad nos ha ayudado a comprender mejor el mensaje de Jesucristo. Del mismo modo, nos ha enseñado más sobre la misericordia, el es el Papa del Perdón, es el Papa del Amor, Papa de la Vida, Papa de la Dignidad, nos ha dado clases de moral, nos ha enseñado amar intensamente a la Virgen Maria, Papa Misionero, amante de la paz en el mundo, de todos los hombres, incansable luchador por la justicia social, Papa Ecuménico, Papa Trabajador Incansable.

Nuestros corazones se sienten impresionados, cautivados y atraídos por la verdad y por la fuerza, la constancia, la santidad de Juan Pablo II, hombre gigante, "Magno", Vicario de Cristo.

Con mucha alegría les presento este libro JUAN PABLO MAGNO LUCHADOR DE RAZA, escrito por el Padre Jesús Marti Ballester, a quien le agradezco por su colaboración con la página de correo electrónico Caminando con Jesús y la buena enseñanza que el me ha dado.



Esta serie de Juan Pablo Magno fue lanzada en www.Betania.es, A quienes les damos las gracias por haberlo hecho.

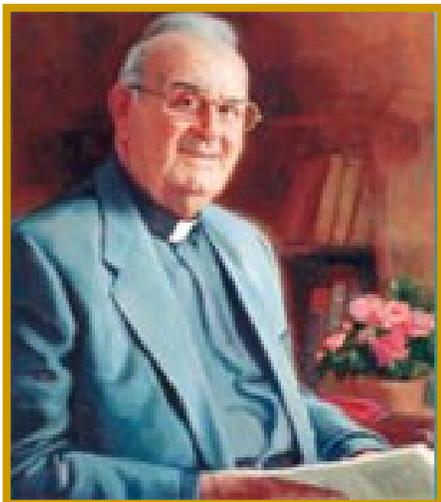
Pedro Sergio Antonio Donoso Brant



<http://www.elistas.net/lista/caminandoconjesus>

EL AUTOR

Padre Jesús Martí Ballester FUNDADOR DE AMOR Y CRUZ



Jesús Martí Ballester nace en Valencia (España) el 5 de noviembre del año 1921.

Sacerdote. Licenciado en Teología por la Universidad Pontificia de Salamanca. Estudios Bíblicos en la Facultad del Norte de España con sede en Vitoria.

Sus actividades pastorales han sido diversas:

- Predicador en varias Diócesis de España.
- Director de Ejercicios Espirituales.
- Maestro de espíritu.

- Conferenciante.

- Pastor parroquial en diversas comunidades, entre ellas:

- * Sinarcas, Valencia.
- * La Preciosísima Sangre, Valencia. De la que es el primer párroco y fundador.
- * La Asunción, de Carcagente-Valencia.

-Fundador y Director General de la Institución: AMOR Y CRUZ.

- Evangelizador en América:

- * Monterrey (México).
- * Santo Domingo (República Dominicana).

Obra literaria

Especialista en místicos españoles, es autor de numerosas obras, entre las que podemos citar:

Libros publicados:

- San Juan de la Cruz, Cántico espiritual leído hoy.
- Subida del Monte Carmelo leída hoy.
- San Juan de la Cruz. Noche oscura leída hoy.
- São João Da Cruz. Noite escura lida hoje. (Traducción al portugués).
- Llama de amor viva leída hoy.
- Las moradas de Santa Teresa leídas hoy. Comentarios.
- Vida de Teresa de Jesús leída hoy. Comentarios.

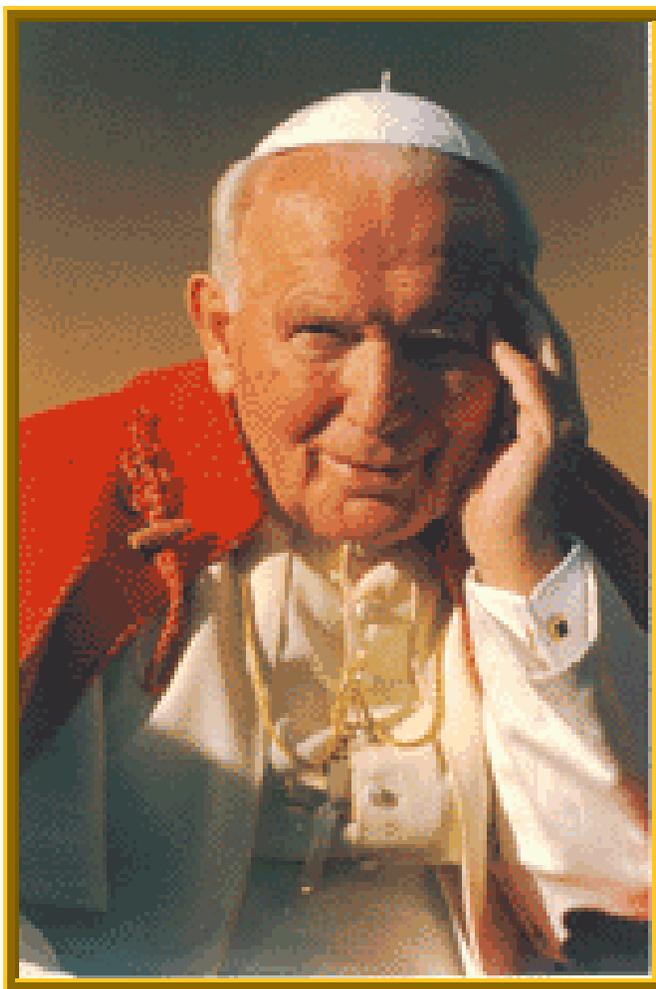
- Camino de Santa Teresa leído hoy. Comentarios.
- Teresa de Jesús nos habla hoy. Suma antológica.
- Escucha Israel. Homilias A, B, C.
- Todos en San Pablo.
- Caminos de Luz. - Editorial Balmes, Barcelona.
- Diccionario del pensamiento de Santa Teresa. - Edicep, Valencia.
- Ideario de Amor y Cruz. - Gráficas Teruel.
- Oblación carmesí.
- Estilo de AMOR Y CRUZ.
- Manual de AMOR Y CRUZ.
- Homilias de Adviento.
- Guirnalda y hontanar.
- A vida eterna sabe.
- Parte diario.
- Una nueva lectura del Cántico Espiritual de San Juan de la Cruz. - Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

Colaboraciones en revistas:

- Ánimos, Valencia.
- Mater Purísima, Palma de Mallorca.
- A.C., Segorbe, Castellón.
- Aleluya, Valencia.
- Incunable, Salamanca.
- Surge, Vitoria.
- Claune, Madrid.
- Teología Espiritual, Facultad de Teología, PP. Dominicos, Torrente-Valencia.
- La Vida Sobrenatural, Salamanca.
- Ecclesia, Madrid.
- Catalunya Cristiana, Barcelona.
- Reino de Cristo, Madrid.
- Noticias, Sinarcas-Valencia.
- Alcorcón Gráfico, Madrid.
- Contemplaré, Valencia.

Actualmente reside en Valencia. Dirige la INSTITUCIÓN AMOR Y CRUZ y tiene a su cargo la atención pastoral de la Parroquia de San Juan y San Vicente, en Valencia.





JUAN PABLO MAGNO LUCHADOR DE RAZA.

AUTOR: P. JESÚS MARTÍ BALLESTER

“¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!” Fueron las palabras que Juan Pablo II dirigió al mundo cuando empezó su Pontificado. Hoy el Papa sigue luchando por extender la palabra de Dios en la Tierra, aún a pesar del sufrimiento.

El Padre Jesús Martí Ballester hace una recopilación de su vida en la que destaca al hombre de oración y de entrega que es Su Santidad Juan Pablo II, Juan Pablo Magno, el Campeón de la fe.

JUAN PABLO MAGNO LUCHADOR DE RAZA

Autor: P. Jesús Martí Ballester

Un hombre se esta muriendo de amor en Roma. - Mirada retrospectiva de un sacerdote que quiere dar gracias a Dios por el don de Juan Pablo II.

INDICE

- 1.- Juan Pablo Magno, luchador de raza
- 2.- Su vida
- 3.- Su línea fuerte teológica
- 4.- Es nombrado obispo
- 5.- Polonia y sus circunstancias
- 6.- Fogueado y acrisolado en la prueba. El atentado
- 7.- "Tú eres Pedro"
- 8.- El Papa intelectual
- 9.- El Profesor Wojtyla
- 10.- La preocupación por todas las iglesias
- 11.- Nuevas formas de Magisterio: sus libros
- 12.- Bodas de oro sacerdotales
- 13.- Su ordenación sacerdotal
- 14.- Su mística del sacerdocio
- 15.- El sacerdote, hombre del Sacramento
- 16.- Y todo acompañado de un buen humor eslavo
- 17.- Por encima de la diversidad de las culturas



CAPÍTULO 1: JUAN PABLO MAGNO, LUCHADOR DE RAZA

Guardo en mi retina la imagen vigorosa de un hombre joven blandiendo en la Plaza de san Pedro del Vaticano el báculo pontifical como una bandera, gritándonos con voz bien timbrada, elocuente y vibrante: “¡No tengáis miedo! ¡Abrid las puertas a Cristo!”.

Cuando contemplo hoy al Papa, sentado en su silla de ruedas con la espalda doblada e inclinada la cabeza, brota en mi espíritu a la vez ternura y compasión, comprobando cómo se ha gastado y desgastado aquel brioso Wojtyla que iniciaba el servicio ministerial de su Pontificado hace XXV años, como un nuevo Moisés ante el Faraón, como un Moisés lleno de optimismo, fe y esperanza como quien ve al Invisible, ante el oleaje del mar Rojo del mundo, que cruzaba una encrucijada de borrascas. El huracán Wojtyla, se le llamó. El Campeón de la fe, también.

Crecido en la Polonia nazista y comunista, trabajador manual en la fábrica Solvay, actor de teatro, escritor y dramaturgo, poeta y deportista. El patriota que avivaba el rescoldo de libertad de su pueblo esclavizado desde su grupo rapsódico, el seminarista clandestino, que experimentó los rigores de la persecución de familias católicas y judías que marcaron su infancia y adolescencia. El Promotor del diálogo ecuménico e interreligioso.

El Apóstol incansable, que ha recorrido más de 1.170.000 Km., equivalentes a 29 vueltas al mundo, el viajero de 103 viajes para visitar 131 naciones, el predicador de 2420 discursos y miles de homilías. El Pontífice que en los dos mil años de cristianismo ha cumplido a tope el mandato evangélico de "anunciar a Cristo hasta los confines de la tierra".

El Papa mediático, seguido por millones a través de la televisión y de Internet. Sus pies no pueden andar, sus manos se agitan temblorosas, sus labios balbucean, su lengua se está paralizando por momentos aunque hace esfuerzos sobrehumanos para decir que Dios nos ama y que Teresa de Calcuta está en los altares.

El, el mejor actor de su grupo rapsódico de Polonia, ha decidido morir en escena, dándonos la última lección, la única que puede darnos; la única que podíamos esperar de él, deshacerse como la lava de un volcán, como las gotas de la torrentera que desciende del Himalaya. El mismo es un Himalaya sin oscilaciones, vimos la cima y estamos ya al pie de la base vislumbrando las raíces del titán siempre coherente, siempre enamorado, entregado sin fisuras: "Totus tuus". No hay medias tintas, no hay mediocridad.

Hay entereza, coherencia, fidelidad, roble entero de una pieza. No podíamos esperar otro final, aunque nos muramos de pena nosotros también, porque le amamos de verdad. Cuando se critica la poca humanidad de la Iglesia que permite que se esté agotando por encima de sus fuerzas, ignoran que es él mismo el propio protagonista de su inmolación y el que no deserta de la cruz. Prepara su sucesión disponiéndolo todo, pero ha elegido morir en escena.

Con las pocas fuerzas que le quedan hace esfuerzos sobrehumanos para cumplir con su deber, para dar testimonio de la dignidad con que se puede afrontar la enfermedad "llevándola a costas" como la propia cruz. Sin esconderla, sino dejándola ver, y dejándose fotografiar y filmar en ella. Su cuerpo se debilita y su alma se engrandece. El obrero de su Polonia natal, ha decidido morir trabajando por Dios y por sus hermanos.

La salud del Papa se debilita día tras día. Mucho nos está enseñando este apóstol excepcional que elige declinar activamente ante los ojos del mundo. Enseñando a esta sociedad nuestra que idolatra la juventud, la salud y la proyección narcisista de la propia imagen y desecha los trabajos de los hombres maduros, que esconde el dolor, disimula la vejez, margina al anciano, lo abandona en un geriátrico, o promueve la eutanasia.

La suprema lección del Papa, su testimonio del valor y de la dignidad de la vida, aún la decadente y la decaída. Como Cristo no bajó de la cruz, sino que precisamente allí redimió al mundo y como Pedro, tampoco dejó a la comunidad cristiana hasta morir también en la cruz, Juan Pablo II está abrazado a la cruz corredimiendo al mundo. Está dando la mejor medida de su grandeza en la debilidad. Exprimido, extenuado, el que nos impulsar a "remar mar adentro", se va hundiendo en la pleamar de la muerte, de la Vida.

EL TESTAMENTO DEL PAPA

Hace algún tiempo escribió su testamento. Un documento corto, sencillo, cuatro folios escritos a mano y en polaco. Una oración de gratitud a Dios y su profesión de fe, esperanza y amor a la Virgen y a la Iglesia.

Un texto bello y cuidado, que se abre con la cita evangélica de las palabras de Cristo en la Cruz, para entregar a Juan lo más precioso que tiene: su Madre, María. “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,27).

Es también lo máspreciado en la vida de aquel niño que recibió en la escuela la noticia de la muerte de su madre, que le hizo fijar para siempre su mirada en la madre de Jesús, María, a la que dedicó su pontificado, poniendo una M en su escudo pontificio y un lema de enamorado a los pies de su amada: "Totus tuus". La recuerda como “la primera colaboradora de Dios en la obra de la salvación que, con su ministerio materno, nos guía hacia Cristo”. Y añade una declaración de amor: “He experimentado siempre en mi vida la presencia amorosa y eficaz de la Madre del Señor; María me acompaña cada día en el cumplimiento de la misión de Sucesor de Pedro”. Ella le salvó la vida aquella tarde cruel del 13 de mayo de 1981, fiesta de la Virgen de Fátima. Sonaron dos disparos en la plaza de San Pedro, el Papa se inclinó sobre su secretario, Estanislao, le señaló el vientre herido y comenzó a repetir: “¡María, Madre mía, María, Madre mía!”. María le salvó la vida y la bala que le atravesó el cuerpo está en su corona de Fátima.

Siguen unas reflexiones sobre la muerte y la vida, en torno a la cita bíblica “deberás rendir cuentas de cómo administraste tu tiempo”. Pasa revista a su vida y concluye poniéndose en manos de Dios y de María. “Tengo confianza en la misericordia divina y en la protección de la Virgen Santa”. Y termina pidiendo que su muerte sea “un don de amor a la Iglesia”. Otorga su bendición apostólica a la Iglesia y a la Humanidad y remata como Cristo en la Cruz y como su maestro Juan de la Cruz: “En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu”.

Está a la vista de los hombres el sufrimiento del Papa que nos hace sufrir y que querríamos aliviar y, sobre todo, alejar y desear que el Señor le alargue la vida, esa vida portentosa y fecunda que es oportuno recordar y recapitular.

JUAN XXIII CONVOCA EL CONCILIO

Ordenando documentos en la biblioteca privada del Papa, algunas semanas después del anuncio del Concilio Vaticano II, Monseñor Capovilla, Secretario particular de Juan XIII, descubrió una voluminosa carpeta llena de polvo y la abrió. Allí estaban las cartas de los obispos consultados por Pío XI sobre la continuación del Vaticano I, suspendido en 1870. La mayoría decía que no. Pío XI abandonó la idea. Lo mismo pensó Pío XII, y tampoco se decidió. Juan XXIII que no conocía tales datos, se lanzó a su realización ya anunciada (Historia de la Iglesia- Fliche-Martin, vol. XXVII, pg 267).

Convocado y puesto en marcha el Concilio Vaticano II, el hoy ya Beato Juan XIII, colaboraba con el Concilio con el sacrificio de su vida, Pablo VI lo continuaba, pilotaba, clausuraba y promulgaba y en medio de la tormenta se moría y se le sucedía Juan Pablo I. Se murió en 33 días el Papa de la Sonrisa, Albino Luciani, Juan Pablo I. El secretario del Cardenal Wojtyla le vio un gesto dramatizado. Se cubrió el rostro con las manos y dijo y ahora ¿qué haré yo?. Volvía de Cracovia pensativo Wojtyla porque sospechaba lo que podía ocurrir. Al parecer, había sido él quien había volcado todos sus votos -muchos- en la candidatura de Luciani, lo que habría permitido su elección en el cónclave. Si él lo sabe esto, es claro que teme lo que puede ocurrir.

MALIINSKI, PROFETA

25 de agosto de 1979. En una eucaristía celebrada en el Colegio Polaco de Roma, vísperas del Cónclave para elegir al sucesor de Pablo VI. Preside la concelebración el Cardenal Wojtyla. El padre Malinski, en la plegaria de los fieles hizo una petición que sorprendió a todos: “Oremos para que nuestro cardenal Karol Wojtyla sea elegido Papa”. Se quedaron petrificados. Vacilantes, Satnislaw Dziwisz, secretario del arzobispo de Cracovia, y Satnislaw Rylko, respondieron con voz tímida: “Te rogamos, óyenos”. El cardenal Wojtyla, concelebrante principal, no respondió.

Malinski era compañero suyo desde los tiempos de Tyranowski y ambos, seminaristas clandestinos con el cardenal Sapieha. Hoy, el padre Malinski, de 80 años, es rector de la Iglesia de San Francisco de Sales en Cracovia. Un día, mientras acompañaba al cardenal Wojtyla le dijo:

- “Tú serás Papa. Todos saben que los tres candidatos italianos, Baggio, Bertoli, y Benelli, no podrán ser elegidos”.
- El arzobispo de Cracovia respondió: “El cardenal Wyszynski me ha dicho que el Papa es romano, y que por tanto será italiano”.
- Malinski con rapidez: “Yo siempre había creído que el primer Papa era judío...”.
- Wojtyla: “Está bien, admitamos que sea un extranjero. Podría ser un estadounidense, un francés, o un alemán”.
- “No puede venir de una gran potencia, debe ser de un país pequeño, más marginal”, dijo Malinski.
- Repuso Wojtyla: “El cardenal König, de Viena, por ejemplo”.
- Malinski insiste: “Debe ser de un país pequeño, con un catolicismo fuerte. Polonia es el único país que no vive la crisis posterior al Concilio”.
- Wojtyla calló.
- Continuó Malinski: “Además el arzobispo de Cracovia no es un burócrata, sino un pastor y un intelectual, que se ha dado a conocer en el Concilio y en los Sínodos de los obispos. ¡Serás el próximo Papa!”.

Había sido elegido Juan Pablo I. Al salir del Cónclave Malinski recuerda que al cardenal Wojtyla se le veía feliz y que le tomó el pelo:

--"¿Qué dices ahora? ¿No tienes otro argumento que proponer?".

Cuando el cónclave de octubre, tras la muerte de Juan Pablo I, Malinski no estuvo en Roma. Se quedó metido en sus libros en Munster.

ELECCION DEL CARDENAL WOJTYLA

A pesar de sus diferencias de criterio en cuanto al procedimiento de tratar con el marxismo, siempre se había mantenido muy unido al Cardenal Wyszynski, quien, después del cónclave, declaró: "Entre los cardenales se buscaba un hombre de fe ardiente, de ardiente oración y celo pastoral, además de un hombre de buen corazón, benévolo hacia los hombres, afable, de gran sensibilidad y cuyos ojos se volvieran al mundo con el amor de Dios". Fue elegido Wojtyla, con una biografía brillante, juvenil, deportiva, profesor universitario, viajero, poeta, hombre de fe. Sale elegido el Cardenal de Cracovia. "Habemus Papam". Un Cardenal polaco. "Karolum, Cardinalem Wojtyla. Karol Wojtyla. ¿Quién es? Algunos piensan que es un africano. Ha sido un gesto muy audaz e inesperado de los Cardenales Conclavistas. A todos sorprendió su elección, sobre todo en Europa Occidental, donde apenas era conocido. Malinski había sido profeta. Su plegaria había sido escuchada.

Y comienza a innovar. La burocracia vaticana consideraba que debía manejar al Papa. Ya los cardenales de Curia de Juan XIII, mientras él se dedicaba a visitar cárceles y orfanatos, se decían: "Así nos deja gobernar a nosotros". Ellos creían que sabían cómo hacerlo y que los Papas sensatos se adaptarían a su estilo. Hombres de prestancia intelectual y santidad personal aceptaban la tradición curial, y aceptaban que su estilo fuera más burocrático que evangélico, aunque San Pío X se lamentaba: "Se commandasse io". Y Pío XI, "el Papa sólo es libre en su cuarto de baño". Karol Wojtyla no pensaba así. No había sido educado para Papa, pero era uno de los obispos más dinámicos, innovadores y triunfadores, y era un cristiano radical. Si el Espíritu Santo había llamado al obispo de Cracovia para ser obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal, es porque su experiencia era necesaria para la Iglesia y para el mundo. El arquitecto de la "Constitución de la Iglesia en el mundo", la "Gaudium et Spes", iba a dirigir a la Iglesia en el mundo.

Este obispo, hijo de la Iglesia del mundo moderno, había sido elegido Pastor Universal de la Comunidad de creyentes tras la apertura del camino del Concilio Vaticano II, cuyas singladuras audazmente iba a dirigir. Sin él le habría resultado más difícil abrir tantas brechas y desplegar las velas por tantos y tan variados caminos arriesgándose tanto. Y hasta un pastor protestante norteamericano ha comentado: "Tenéis un Papa que sabe hacer de Papa".

En la logia, ante la gran multitud expectante en la plaza de San Pedro, entre el gozo y la ansiedad, va a hablar. El Maestro de ceremonias le dice que no es costumbre y él: "Quiero hablar". Y habló, lágrimas vienen, lágrimas van: "Los Padres Cardenales me han elegido "lo hanno chiamato d'un paese lontano,

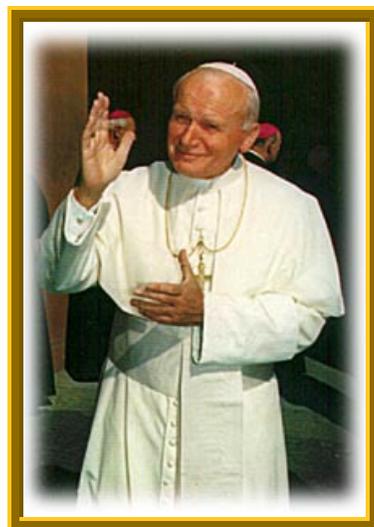
ma così vicino". En la fe a Cristo Señor y con la protección de su Madre. "Se mi svaglio, mi corregirete". Ha elegido un nombre compuesto: Juan Pablo II. Sintetiza bien a los dos apóstoles: es discípulo de Juan, el apóstol místico y contemplativo que en la intimidad compartida con el Señor aprendió los misterios del Reino; y de Pablo, el viajero incansable, apóstol sin fronteras...

LA PREPARACION

A los 6 años quedó huérfano de madre. Murió después su hermano Eduardo, médico joven. A los 17 años, perdió a su padre. Y se quedó solito en el mundo. Providencial Tyranowski. Era el momento más apropiado para iniciar su camino espiritual y humano de la mano de un místico español: San Juan de la Cruz. Ya nunca lo dejará. Los dos son muy inteligentes, San Juan de la Cruz y Karol Wojtyla. Seguirá con el sastre místico la lectura y el estudio acompañado de sus amigos, todos personajes influyentes en la sociedad del Siglo XX, hasta que el Cardenal Sapieha, escrutador sabio de talentos, desviará la iniciación de Wojtyla hacia el Carmelo, atraído por el Santo Carmelita, encauzándola hacia la vocación de sacerdote diocesano. Nunca la Iglesia le pagará el carismático discernimiento del Cardenal de Cracovia. En su casa episcopal y clandestinamente se prepara para el sacerdocio y apenas lo ordena, le envía a Roma y en el Angelicum con el dominico Garrigou Lagrange, defenderá su tesis doctoral sobre la fe en San Juan de la Cruz. Fue un estudio profundo, no fácil. Le ha dejado el místico una huella indeleble y constatable. Felizmente. Estudió el castellano para leerlo directamente. Su tesis fue calificada con un 9 sobre 10. La carencia de medios no le permitía encontrar editor y el Padre Tomás Álvarez le ofreció las páginas de la revista española "El Monte Carmelo".

RIQUEZA DE SU PERSONALIDAD Y PARADOJAS

Juan Pablo II es un intelectual y un deportista, es un místico y un hiperactivo, un filósofo y un pragmático, un célibe con gran perspicacia en lo que se refiere a la sexualidad humana, vivió treinta años sometido a regímenes totalitarios y ha escrito de forma convincente sobre los factores culturales que hacen posible la democracia, tiene un enorme impacto en los asuntos mundiales y en la vida de la Iglesia, y carece de interés por los puestos políticos. Es el hombre mejor informado del mundo, aunque rara vez lee los periódicos. Es un intelectual y aprecia profundamente la piedad popular. Es un filósofo acreditado, sin haber seguido cursos de formación especializados en filosofía. Es un polaco dotado de especial sensibilidad hacia los judíos y el judaísmo. Factor de impacto considerable en los asuntos mundiales y en la vida de la Iglesia, sin haber manifestado el más mínimo interés en la teoría administrativa ni en las convenciones de la política. Polifacético y asombroso.



CAPÍTULO 2: SU VIDA

En la noche OSCURA del mundo y de la Iglesia BRILLA UNA ESTRELLA. Juan Pablo II es una estrella, brillando agigantada con la constante asistencia divina, que le convierte en un hombre perspicaz, inteligente, espontáneo, vivaz, agudo, astuto, valiente, lleno de la sabiduría, la prudencia, el valor, la inteligencia, la vida larga, la luz de los ojos y la paz, que el profeta Baruc 3,9, atribuye a los íntimos de Dios.

El cardenal de Viena, Christoph Schönborn, confiesa que es imposible comprender la obra de Juan Pablo II sin tener en cuenta su intensa vida de oración. En estos momentos de fragilidad física, se revela el misterio de la persona del Santo Padre, la fuente que constituye todo su obrar.

En estos veinticinco años la Iglesia ha extendido sus fronteras, haciendo que su presencia sea real y eficaz en todos los rincones de la aldea global.

El Santo Padre con su ejemplo nos ha demostrado que, sin una vida interior intensa, no puede haber una verdadera plenitud en la realización de cualquier obra o esfuerzo social en nuestra sociedad. Existe hoy en día un renacer de lo espiritual, que el Santo Padre ha impulsado desde hace mucho antes con su testimonio de vida.

El es un hombre de oración, de una vida espiritual profunda, que se percibe con su simple presencia y que impresiona incluso a personas de otras religiones.

UN HOMBRE QUE HA SUFRIDO

Es un hombre que ha sufrido mucho y que sufre mucho, por las tragedias que ha tenido que vivir, y porque al amor más perfecto corresponde el sufrimiento más perfecto. Es el "Dulce Cristo en la tierra", que refle

ja físicamente el dolor por los pecados de la humanidad, por la falta de caridad entre hermanos, porque, como el Poverello, ve que "el amor no es amado". Por su "luz propia" se ve en Karol Wojtyla, un hombre que creció muy deprisa y floreció prematuramente.

Las pruebas familiares que conformaron la primera etapa de su vida. Cuando ya había perdido a su madre y a su hermano, pierde a su padre. Le recuerdan llorando a lágrima viva y culpándose por no haber estado presente. "Nunca me he sentido tan solo".

Las situaciones sociales de su patria, tantas veces invadida y la hecatombe de los judíos que angustiosamente presencié, podrían haberle llevado a pensar que la existencia humana es irracional y absurda, pero, como Juan de la Cruz que, pudiendo haberse convertido en una persona resentida y amargada por sus persecuciones y martirio, se convirtió en santo, Wojtyla digirió los sufrimientos hasta llegar a una conclusión positiva que acrecentó su amor y avivó su fuego.

Pues, ¡qué sabe el que no ha sufrido! Como diría Ortega, "no ha madurado" y Santa Teresa, que se ha quedado enano. Wojtyla maduró y se agigantó.

ACTOR DE TEATRO Y POETA

Formó parte de un grupo rapsódico, era el mejor actor de todos sus compañeros, ellos y ellas, de las que sobresalen Danuta Michalowska y Halina, su pareja de drama, a quien él llamaba Antígona por haber representado con él esta tragedia de Sófocles. La hemos visto acariciada por su amigo, el Papa.

El mismo quiso ser actor de teatro. Escribió teatro, como "El taller del orfebre" y "El hermano de nuestro Dios", dos obras dramática muy conceptual, la primera sobre el matrimonio, que presagia su obra "Amor y responsabilidad". Y la segunda refleja la vida del monje hermano Alberto, que él mismo canonizó en 1989, en cuya vida y la del mismo Papa se dan analogías sorprendentes, espirituales y biográficas.

Ha escrito poesía. Y a sus más de 80 años escribe y edita poesía, como el reciente "Tríptico Romano". Un poema difícil. Cuando se discute si desde la metafísica puede hacerse poesía, el Papa demuestra que sí. En ese Tríptico habla de "remontar el torrente", con referencia al Torrente de agua viva, de agua de vida, de vida eterna. Remontar el Torrente para llegar al manantial, cuesta. Escuchémoslo:

“La bahía del bosque baja
al ritmo de arroyos de montaña...
Si quieres la fuente encontrar
tienes que ir arriba, contra la corriente.
Empéñate, busca, no cedas,
sabes que ella tiene que estar aquí.
¿Dónde estás, fuente? ¡¿Dónde estás, fuente?!
El silencio...
¡Arroyo. arroyo de bosque,
déjame ver el misterio
de tu principio!. (El silencio -¿por qué callas?
Con que esmero has escondido el misterio de tu principio.)
Déjame mojar los labios
en el agua de la fuente,
sentir la frescura, la frescura vivificante.

La poesía lo acompaña a lo largo de su vida, de joven, de adulto y de Papa, aunque los Papas no suelen publicar poesías. León XIII era poeta latino clásico y tenía destreza para manejar y oír la sonoridad de los hexámetros y el uso de los dísticos y espondeos, pero no los publicó. Sólo algunas oraciones verdaderamente líricas que el pueblo cristiano aún sigue recitando.

Juan Pablo II publica poemas como un medio más de comunicarse con el hombre contemporáneo. Tríptico Romano, invita a la reflexión sobre la vida y nos acerca a la Verdad. Entrelaza las imágenes de la naturaleza con la reflexión filosófica sobre el destino del hombre. Es también un canto a la corporeidad inseparable del espíritu. Desborda en sus páginas el lirismo de una pureza cristalina. Se opone a las interpretaciones que pretenden instrumentalizar la cultura.

La cultura no es un adorno ni el arte una decoración, sino que ambas son formas de buscar la verdad. A través de los frescos de Miguel Ángel demuestra la unión existente entre lo material y lo espiritual. En un ambiente de lirismo ahonda en el misterio de la vida de Abraham, para ayudar al hombre a salir de la angustia y desorientación que dominan los tiempos actuales y enlaza el Antiguo Testamento con el Nuevo.

El libro es una compleja polifonía que demuestra que su llama de poeta sigue encendida como en su juventud, cuando, ya a los 18 años compartía sus versos con los amigos. Tiene la convicción de que el arte es una mirada adelante y a lo alto y guía por el camino hacia Dios. Ha sido Profesor de Universidad, la Jagellonica en Cracovia. Se mueve muy bien entre los estudiantes, les comprende, les quiere, le quieren.

OBISPO

Parece que tienen prisa en hacerle obispo, dijo él, cuando, estando de excursión navegando con sus muchachos, le llamaron urgentemente desde el Arzobispado de Varsovia para notificarle que el Papa le había nombrado Obispo Auxiliar de Cracovia. Pablo VI lo llamó al Vaticano, para dirigirle a él y a la Curia romana los Ejercicios.

Habló claro a la curia romana sobre el marxismo. Lo había vivido. Lo estaba viviendo. Libertad, derechos de la persona al ejercicio de su vida personal y colectiva. Libertad de los presos políticos, o fundamentalismos religiosos. Amor a la verdad que libera al hombre. Seguramente es todavía pronto para juzgarlo. Pero sin él, el siglo XX será difícil de entender. Marcará historia, él mismo es una parte de esa historia.

Ya nombrado arzobispo de Cracovia con el apoyo del gobierno comunista, causó consternación entre los comisarios que le promovieron porque se erigió en abogado implacable de los derechos religiosos y civiles de sus diocesanos. Mientras llevaba a cabo una de las más exhaustivas puestas en práctica del Vaticano II en el mundo, ya cardenal a los cuarenta y siete años, no vivía como los altos prelados, sino que esquiaba, pasaba las vacaciones entre laicos y remaba en kayak.

Seguía siendo un intelectual activo, dirigía seminarios doctorales y presentaba documentos académicos en las conferencias internacionales. A los cincuenta y ocho años fue elegido obispo de Roma, el primer Papa no italiano después de 455 años y el primer Papa eslavo de la historia. Y cuando visite Polonia, su patria desencadenará la revolución de conciencia que colapsará el Imperio soviético en Europa Central y del Este.

Vigoriza de forma espectacular el estilo de ejercer el pontificado, peregrinando a todos los confines del globo, explotando los medios de comunicación modernos, y escribiendo un flujo interminable de documentos que inciden en todos los aspectos de la vida católica y de las más cruciales cuestiones del panorama mundial.

Nombrado obispo titular de Ombi y auxiliar del arzobispo Baziak y administrador apostólico de la archidiócesis de Cracovia, aceptó el nombramiento y acudió de inmediato al convento de las ursulinas, donde llamó a la puerta y preguntó si podía entrar a rezar. Le guiaron hasta la capilla y le dejaron a solas.

Pasado cierto tiempo, las monjas empezaron a preocuparse y abrieron la puerta de la capilla para ver qué ocurría. Wojtyla estaba postrado en el suelo ante el sagrario. Atemorizadas, las hermanas se marcharon. Regresaron varias horas más tarde.

El sacerdote desconocido continuaba postrado ante el Santísimo. Ya era tarde, y le dijeron: "Quizá el padre desearía venir a cenar..." Respondió: "Mi tren no sale hacia Cracovia hasta pasada la medianoche. Por favor, dejad que me quede aquí. Tengo un montón de cosas de que hablarle al Señor..."

Después de resolver sus asuntos con el Señor, Wojtyla se dirigiría a hablar de la cuestión con el arzobispo Baziak, quien esperaba que su nuevo auxiliar se quedase en la ciudad. Wojtyla le dijo al arzobispo que tenía que regresar al río Lyne a celebrar la misa del domingo para sus amigos.

SU ORACIÓN

Lo que más le impresiona de Juan Pablo II al arzobispo Giovanni Battista Re, uno de sus colaboradores más cercanos, es la intensidad de su oración, manifestación de una profunda y viva comunión con Dios. Como sustituto de la Secretaría de Estado, ha despachado diariamente con él y ha dicho: "Este pastor profundamente humano, este intelectual de extraordinario vigor, este líder que arrastra a la juventud, es ante todo un hombre de oración."

Es impresionante cómo se abandona: se nota un dejarse llevar que le es connatural, y que le absorbe como si no hubiera problemas y compromisos urgentes que le llaman a la vida activa. Su actitud en la oración es recogida y, a la vez, natural y desprendida: testimonio de una comunión con Dios intensamente arraigada en su alma; expresión de una oración convencida, saboreada, vivida.

Por la mañana temprano está en la capilla, absorto en la meditación y en el diálogo con Dios, antes de comenzar la Misa. Durante el día, el paso de una ocupación a otra está marcado por una breve oración. Inicia cada página que escribe con caligrafía pequeña, sus homilias, discursos y documentos. Conmueve la facilidad, la espontaneidad y la prontitud con que pasa del contacto humano con la gente al recogimiento del coloquio con Dios.

El Papa se prepara para los distintos encuentros que tendrá en el día o durante la semana rezando por ellos.

TESTIMONIO DEL NUNCIO DE ESPAÑA

Cuando el Papa llegó a Madrid en su primera visita a España, en 1982, el Nuncio apostólico, Monseñor Innocenti, se despertó muy pronto. Descendió a la planta baja a las 5.30 de la mañana, convencido de no encontrar a nadie, ya que el desayuno estaba previsto para las 6.30 y la salida del Papa de la Nunciatura a las 7.

Recorrió las habitaciones para verificar que todo estuviera en orden, y empezó por la capilla. Se sorprendió al ver que la luz estaba encendida. Abrió la puerta y vio al Papa arrodillado ante una estación del Vía crucis. Era viernes y era un

día con un programa que iba desde las 7 de la mañana hasta las 9 de la noche, y el Papa a las 5.30 ya estaba en la capilla para hacer el Vía crucis.

Antes de cualquier decisión importante, Juan Pablo II reza mucho. Puedo afirmar que las decisiones más importantes han sido maduradas durante semanas y semanas de oración. En su vida existe una admirable síntesis entre oración y acción. La fuente de la fecundidad de su actuación está precisamente en la oración.

Este Papa tan dinámico y dedicado al servicio del hombre; este Papa que aparece también ante los ojos de quien no acoge el mensaje cristiano como defensor y heraldo de las aspiraciones del hombre; declara que tiene el compromiso prioritario de orar.

El Papa ha cumplido ochenta y dos años: sus pasos parecen cansados, su rostro sufrido, pero esto agranda el valor de sus gestos. El Papa es cercano a cada hombre.

Comprende los problemas, las dudas, la búsqueda de verdad y de libertad del corazón humano; los sufrimientos que afligen a sus semejantes los ha vivido y los vive en carne propia en una medida poco común. Y por eso tiene la capacidad de hablar al corazón de cada persona. Las primeras palabras que el Papa Wojtyla dijo ya revelaban algo de su personalidad, pero era difícil prever el huracán que traería.

El hecho de que, tras cuatro siglos y medio, el Papa fuera elegido de fuera de Italia parecía un acontecimiento destinado a señalar el camino de la historia. En realidad en él se ha revelado una persona extraordinaria.

CONTAGIA SU ARDOR A LAS MASAS

En ningún Papa ha surgido el carisma de masas como en este Papa de las multitudes, que continúa fascinando aún hoy. Lo que llama más la atención del Papa Wojtyla es la seguridad en el trato, en el discurso, en el gobierno de la Iglesia.

Es un hombre de certezas, nacidas de una fe profunda. Desde los primeros momentos de su pontificado, ha demostrado la inquebrantable firmeza de su fe, y un arrollador amor a Cristo. Desde la apasionada llamada lanzada en la Misa de inicio de su pontificado: "¡No tengáis miedo: abrid las puertas a Cristo!". En aquella conmovedora expresión ponía de manifiesto la línea inspiradora de su pontificado.

El deseo y el deber, de dar a conocer a Cristo, el ansia apostólica que lo impulsaría por los caminos del mundo, para anunciar a todos que sólo en Dios, cercano en Cristo, la humanidad puede encontrar la verdadera salvación.

Verdad que proclama con una fidelidad y un valor que ni siquiera las balas del 13 de mayo de 1981 consiguieron rozar.

El Papa ve al hombre con los ojos de Cristo, lo ama con el corazón de Cristo, en quien está su redención y su plenitud.

Fátima confirma el alcance profético del pontificado y su vínculo con los dramas del siglo, entre los que surge el trágico desafío lanzado a la Iglesia por el ateísmo. La connotación principal de su pontificado es específicamente religiosa. El móvil de todas sus iniciativas es doble: el amor a Cristo y el amor al hombre, en quien se refleja la imagen de Dios.

Lo que movió al Papa a combatir el comunismo no fue de orden político, sino religioso y moral, porque se trataba de un sistema político que propugnaba el ateísmo, perseguía a la Iglesia y oprimía al hombre negándole la plena libertad. Karol Wojtyla tuvo en Cracovia la experiencia de todo lo que tenía el comunismo de inhumano y contrario a la religión.

En estos años la historia del mundo ha cambiado también gracias a la palabra y a las peregrinaciones apostólicas de Wojtyla. Y su arrojo espiritual parece lejos de agotarse. El rasgo dominante en el Papa viajero es el carisma especial para este apostolado. Sabe hablar a cada pueblo de la manera apropiada, y obtiene una popularidad espontánea, porque en él no hay ruptura entre lo que piensa, lo que cree, lo que dice y lo que es.

Esta limpia coherencia, este testimonio es precioso para los hombres de nuestro siglo, que tienen necesidad de testigos más que de maestros.

EL PAPA YA ES "JUAN PABLO II EL GRANDE", DICE EL CARDENAL NORBERTO RIVERA

MÉXICO DF (ACI).-El Arzobispo de México, Cardenal Norberto Rivera Carrera, señaló que por su testimonio de vida cristiana y todo lo que hace por la Iglesia, el Santo Padre ya es "Juan Pablo II el Grande".

Debido a un accidente que sufrió en el Vaticano, el Cardenal Rivera no pudo presidir la Misa de homenaje al Pontífice por el 25º aniversario de su Pontificado, pero el Nuncio Apostólico en el país, Mons. Giuseppe Bertello, leyó la homilía que preparó el Purpurado.

El homenaje se ofreció en la Basílica de Guadalupe, que estuvo repleta de feligreses, autoridades y representantes de la sociedad civil.

El templo lució un gran pendón con las palabras que el Santo Padre pronunció en marzo de 2003: "Desde que peregriné por primera vez al Santuario Guadalupano el 29 de enero de 1979, Ella ha guiado mis pasos en estos casi 25 años de servicio como Obispo de Roma y Pastor Universal de la Iglesia. A

Ella, camino seguro para encontrar a Cristo, quiero invocarla como ‘Estrella de la Evangelización’, confiándole la labor eclesial de todos sus hijos e hijas de América”.

En su mensaje, el Cardenal Rivera agradeció a Dios por el “gran regalo para la Iglesia” que representa el Pontificado de Juan Pablo II, “un don para nuestro mundo y en especial un gran amigo para nuestro México ya que en él hemos visto el grande amor que Dios nos tiene”.

“En esta Acción de Gracias estamos viviendo la comunión con todas las Iglesias esparcidas por el mundo y que en estos días glorifican a su Señor porque a través de estos 25 años han visto y comprobado que el Santo Padre ha sido y sigue siendo una hermosa carta de Dios para el mundo”, agregó.

El Purpurado repasó los aspectos que más interpelan y conmueven de un Pontificado, centrado en el “anuncio de Cristo Jesús, con palabras y en obras” con entusiasmo y alegría en todas las naciones.

“Además de hacer uso de los medios de comunicación para cumplir su misión el Santo Padre ha querido visitar personalmente los países de mayoría católica pero también a las naciones en donde los discípulos de Jesús son una minoría”, y señaló que “con su testimonio y con su invitación expresa que ha ido comprometiendo a muchísimas iglesias a que emprendan el camino de la nueva evangelización”.

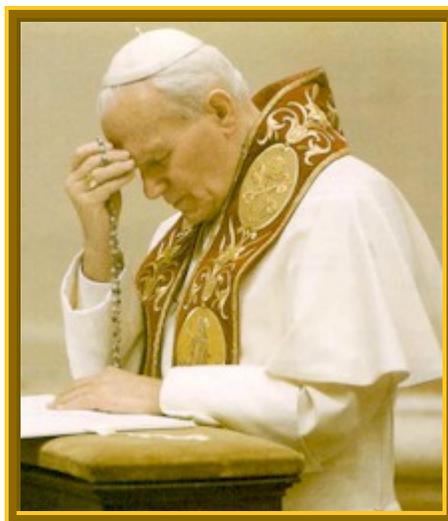
El Arzobispo señaló que “pronto se cumplirán 25 años del primer viaje apostólico de Juan Pablo II a esta Colina del Tepeyac en donde vino a encomendar su misión apostólica a Santa María de Guadalupe, la Morenita, como él, con cariño, frecuentemente la nombra y en donde, según sus palabras, Dios le inspiró el estilo misionero de su Pontificado”.

El Purpurado abundó en el sello mariano de este Pontificado y precisó que su piedad a María “no es solo un sentimiento o una tradición de su cultura y de su vida familiar, tiene hondas raíces evangélicas y de reflexión teológica”.

“La reflexión sobre la Virgen María condujo a Juan Pablo II a afrontar la cuestión femenina en el mundo y en la Iglesia, sobre todo en la Carta Apostólica *Mulieris Dignitatem* sobre la dignidad y la vocación de la mujer”, indicó.

“Como el Apóstol Pablo nunca ha buscado adular con palabras, nunca ha buscado algún honor de parte de los hombres sino que ha cuidado de sus hijos como una madre, ha tomado sobre si las críticas e injurias, suscitando sin embargo gratitud, amor y haciendo caer los muros del odio y de lo que nos hace extraños; siempre como Pablo, soporta los sufrimientos para completar en su vida terrena lo que aún falta a los padecimientos de Cristo”, señaló.

“Por esto y por todo lo que hace Su Santidad ya es ‘Juan Pablo II el grande’. Oremos al Señor que lo eligió y nos lo envió como un gran regalo”, concluyó la homilía.



CAPÍTULO 3: SU LÍNEA FUERTE TEOLÓGICA

Como el místico que ve a Dios no desde las cosas, sino a las cosas desde Dios; como un nuevo Moisés que contempla la desolación del desierto y la amenaza de las aguas encrespadas, como quien ve a Cristo, lanza el grito: “No abiate paura! Aprite le porte a Cristo! Aprite; ansi spalancate” “¡No tengáis miedo! Abrid las puertas a Cristo!”. “¡Abridlas de par en par!”.

Ante un mundo que ha oscurecido el rostro de Dios, enarbola el báculo-cruz. Y comienza hablándonos de Cristo, en su primera Encíclica, “Redemptor hominis”, que es el humanismo centrado en Cristo.

Visitando Auschwitz, dijo que un Papa de origen polaco, que nació y vivió cerca de aquel “Gólgota del mundo contemporáneo”, tenía que comenzar necesariamente su primera encíclica con las palabras “Redentor del hombre”, para indicar que cuando es olvidado el Redentor la causa del hombre está trágicamente perdida, como lo estuvo en Auschwitz.

El hombre concreto, con sus méritos y defectos, necesitado constantemente de redención.

A ésta siguió la segunda “Dives in misericordia”, sobre el Padre que envió a su Hijo para ser el Redentor del hombre, y la tercera: “Dominum et vivificantem” sobre el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo para continuar la obra de la Redención y la santificación.

Nada de divagaciones ni de sociologías: Directo al Espejo, por quien fueron hechas todas las cosas. Y rehechas. Redimidas. Desde él lo verá todo. El mundo, la familia, el trabajo, el matrimonio, la enfermedad, los ancianos, los

sacerdotes, la Iglesia, la Vida, la verdad, la Razón y la Fe, la Europa de raíces cristianas.

A un mundo que no sólo se ha apartado de Dios, sino que se avergüenza de Dios, le habla de Dios con claridad, elocuencia, insistencia y contundencia, seguridad, compromiso y fe.

LA DIVES IN MISERICORDIA

Según declaración del Cardenal Ratzinger, cuando Juan Pablo II empezó a escribir *Redemptor hominis*, no concebía su primera encíclica como panel inicial de un tríptico trinitario, como una reflexión sobre el misterio de la Santísima Trinidad.

Su gran impulso era que el humanismo centrado en Cristo fuera el tema conductor de su pontificado, y así quiso anunciarlo a la Iglesia y al mundo. Y, la consecuencia de la reflexión sobre la dignidad de la persona humana redimida por Cristo le condujo a la meditación del Dios, Rico en Misericordia, que ha enviado a su Hijo como Redentor de los hombres; y a una reflexión sobre el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo para proseguir la obra redentora y santificadora de Cristo resucitado.

De manera que el crecimiento lógico de la *Redemptor Hominis* dio origen a dos encíclicas más, *Dives in misericordia*, sobre Dios Padre, y a la *Dominum et vivificantem*, sobre Dios Espíritu Santo.

La *Dives in misericordia*, la encíclica de mayor intensidad teológica entre todas las de Juan Pablo, refleja dos dimensiones personales de su vida espiritual.

Cracovia era el centro de la devoción a la divina misericordia promovida por la hermana Faustina Kowalska, mística polaca fallecida a los treinta y tres años, que por sus experiencias místicas estaba llamada a renovar la teología católica sobre la misericordia de Dios, que llevaría a una renovación general de la vida espiritual.

La hermana recogió sus experiencias místicas en un diario espiritual. Al extenderse la devoción a la Divina Misericordia, y plantearse el tema de la posible canonización de Faustina, el diario de la hermana fue sometido a un análisis realizado por el padre Ignacy Rózycki, antiguo profesor de Karol Wojtyła, y director de su tesis sobre Max Scheler.

Wojtyła, que era entonces arzobispo de Cracovia, había defendido a la hermana Faustina contra las dudas surgidas en Roma sobre su ortodoxia, debidas a una traducción defectuosa de su diario al italiano, y había promovido la causa de su beatificación. Cuando empezó a escribir *Dives in misericordia*, Juan Pablo II, que se sentía espiritualmente muy próximo a la hermana Faustina, llevaba pensando en el tema mucho tiempo.

PENSANDO EN LA PATERNIDAD

Este sentimiento de afinidad espiritual se intensificó en un segundo elemento personal que influyó en la redacción de Divina Misericordia, pues llevaba mucho tiempo también pensando en la paternidad.

La convivencia con su padre y con el Cardenal Adam Sapieha le había dado una profunda experiencia de la paternidad, tanto familiar como espiritual. Estas dos realidades humanas básicas se convertían en dos escuelas de amor abnegado, y, por consiguiente, en libertad bien entendida.

Era justamente el centro de su programa de pastor, pues siempre ha considerado su sacerdocio como una forma de paternidad. Ahondando en sus intuiciones Karol Wojtyla hizo una dramática afirmación en su ensayo poético "Reflexiones sobre la paternidad". "Todo acabará careciendo de importante esencialidad, excepto las tres realidades de padre, hijo y amor.

En el fondo de todo lo que permanece es la paternidad, no los electrones, los protones, los neutrones y los otros componentes del átomo.

Con su intuición de poeta accedió a nuevas dimensiones en base a los textos bíblicos. Los temas de la Biblia hebrea enriquecieron las reflexiones de Juan Pablo sobre el hecho de que Jesús hubiera predicado un Evangelio de la misericordia.

Sostiene el texto del pontífice que, aunque el amor misericordioso de Dios empieza en el misterio de la creación, la experiencia del pueblo de Israel revela que "la misericordia significa un poder especial del amor, lo bastante fuerte como para sobreponerse al pecado y la infidelidad".

Aunque a lo largo de la Biblia hebrea Dios es presentado como un Dios de justicia, también se nos revela que el amor es mayor que la justicia. Mayor en el sentido de que es básico y fundamental. Para los cristianos, el mensaje se completa con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, el icono que revela mejor la misericordia del Padre.

La misericordia, pues, no sólo aparece como más fuerte que el pecado, sino más que la mismísima muerte. Para Juan Pablo, la parábola del hijo pródigo (Luc 15,14) es una síntesis de la teología bíblica de la misericordia, y demuestra que la cuestión de un verdadero humanismo desemboca inevitablemente en la cuestión de Dios.

En el análisis que hace Juan Pablo de esta parábola, una de las más conmovedoras del Nuevo Testamento, el hijo pródigo encarna al hombre corriente, abrumado por la tragedia de la condición humana, que es la

conciencia de una filiación dilapidada, de la dignidad humana que se ha perdido.

Siendo fiel a su paternidad, y yendo más allá de la estricta justicia, el padre misericordioso devuelve al hijo descarriado la verdad sobre sí mismo, es decir, la dignidad de su condición de hijo. La misericordia no debilita ni humilla a quien la recibe, sino que lo confirma en su dignidad humana. La misericordia también posee una dimensión colectiva o social.

Afirma Juan Pablo II que la impotencia que siente la humanidad ante el progreso tecnológico es prueba fehaciente de una verdad testimoniada por la Biblia hebrea y el Nuevo Testamento, de que no basta la justicia, mientras no se le permita a ese poder más profundo que es el amor conformar la vida humana en sus múltiples dimensiones.

Para superar la inquietud moderna hay que construir sociedades donde la justicia esté abierta al amor y la misericordia, genuina plenitud de la aspiraciones humanas. La Encíclica *Dives in misericordia* de Juan Pablo II es la expresión más transparente de su alma pastoral, y el más claro indicativo del proceso de formación de su alma a través de su experiencia que engendró en él su concepto de la paternidad.

LA HUELLA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

La “*Dives in misericordia*”, tiene también como trasfondo a san Juan de la Cruz. Quiere reconstruir el verdadero rostro de Dios que es Amor y Misericordia y recuperar el Dios de Jesucristo, que un tinte jansenista había desfigurado en los tres últimos siglos, al verlo con el rigor de la justicia, más que bajo el prisma del Amor.

Un conjunto de acontecimientos y experiencias, que ya hemos destacado como la influencia de Santa Faustina Kowalska, contemporánea suya, muerta en 1938 y canonizada por él.

Esta Encíclica de enorme intensidad teológica, junto con la renovación de los estudios bíblicos, confiere un sello de confianza positivo de alegría y gozo en la Iglesia futura, que la doctrina jansenista con su concepción rigorista de la gracia y de la justificación, condenada por el Papa Inocencio X en la Bula *Cum occasione* y la Constitución *Regimini apostolici*.

Clemente XI exigió adhesión total a su Constitución *Vineam Domini* y por fin excomulgó a quienes no aceptaron la *Unigenitus*. Pero, a pesar de todos estos cortes de la Iglesia al jansenismo, influyó notablemente en la concepción de la vida cristiana e incluso algunos santos canonizados llevan el sello de esta herejía. No escaparon los Seminarios y Noviciados. Contribuyó a la penetración del rigorismo la prohibición de los libros sagrados para reprimir la Reforma protestante, con el consiguiente falseamiento de la mentalidad cristiana.

Aquellos santos y maestros, como san Juan de la Cruz y santa Teresa, que se nutrieron abundantemente de la Escritura, han vivido y presentado la presencia de un Dios Amor. En ellos ha residido Woytyla que se define sin rebozo hijo espiritual de España, por ellos.

LA DOMINUM ET VIVIFICANTEM

El 18 de mayo de 1986, solemnidad de Pentecostés, Juan Pablo II firmó su quinta encíclica, *Dominum et vivificantem*, Señor y dador de vida, larga meditación sobre el Espíritu Santo que cerraba la trilogía trinitaria de encíclicas del Papa, iniciada por *Redemptor Hominis* y *Dives in misericordia*.

La idea de un Dios que es una Trinidad de personas Padre, Hijo y Espíritu Santo, ocupa un lugar central en la fe cristiana, y la doctrina peor predicada y entendida y la que provoca mayor desconcierto en los no cristianos sobre todo de los monoteístas judíos y musulmanes, a quienes les huele a politeísmo. No es extraño, porque la Trinidad es el misterio más oscuro al que la mente humana no puede alcanzar.

Las encíclicas no son pretextos para la discusión teológica, y la *Dominum et vivificantem*, más que un análisis teológico es una exhortación para que la Iglesia tome más en serio a la Tercera Persona de la Trinidad, el Espíritu Santo.

Juan Pablo no disecciona el tema, infinitamente complejo sobre la relación que guardan entre sí las Personas de la Trinidad, ni sobre la polémica clave en las relaciones entre el cristianismo occidental, de si el Espíritu Santo procede del Padre, como defiende la ortodoxia, o del Padre y el Hijo, como afirma el cristianismo occidental, lo que se conoce como la cuestión del "Filioque". *Dominum et vivificantem* no es la obra de un profesor que intenta salir vencedor en un debate, sino de un pastor experto en teología que se propone revitalizar en su grey la devoción al Espíritu Santo.

El Espíritu Santo, es nueva manera de estar Dios con el mundo, que va más allá del don de sí mismo que hizo Dios en la creación. Es un don, una entrega para la redención del mundo, realizada por Cristo a través del poder del Espíritu Santo.

LOS HOMBRES HAN OLVIDADO SU HISTORIA

Meditando en lo que el Espíritu Santo convencerá al mundo en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio (Jn 16,6) dice el Papa que el Espíritu Santo viene al mundo porque éste ha olvidado su historia.

El mundo ignora de dónde viene, qué lo mantiene y dónde radica su destino, aunque crea que sabe las tres cosas. El Espíritu Santo revela al mundo la verdad sobre sí mismo y su historia.

A través de la Iglesia, el Espíritu Santo debe convencer al mundo de su pecado, y hacerlo de tal modo que el propio mundo reconozca que tiene necesidad de una redención. Eso, en primer lugar, significa enfrentarse con el pecado original, principio y raíz de todos los demás.

En la creación Dios llamó al mundo y a la humanidad a entrar en comunión con él. La humanidad se negó. Rechazar la comunión con Dios es e que ha condicionado la historia, y que se traduce en una comunión en el seno mismo de la humanidad, empezando por Adán y Eva. Llamando a entrar en comunión con Él a los hombres Dios revelaba el verdadero bien de la humanidad. Al rechazar su invitación los seres humanos se propusieron decidir por sí mismos qué es el bien y qué es el mal.

La tarea del Espíritu Santo en el mundo es reabrir las conciencias para que el mundo empiece a descubrir los perfiles de su verdadera historia. Llamar por su nombre al bien y al mal es el primer paso hacia la conversión, el perdón, la reconciliación y la reconstrucción de la comunión, la de la propia familia humana y la de la humanidad con Dios.

Los hombres pueden negarse a dar ese paso, con lo que incurren en el pecado contra el Espíritu Santo. El don del Espíritu, dice Juan Pablo, sigue encontrando resistencia en el mundo moderno, como ya en el mundo de los apóstoles.

La negativa, del mundo a plantearse la posibilidad de que necesita redención ha llevado a realidades tan horribles como la amenaza de destrucción nuclear, la indiferencia ante la pobreza y el hambre, la corrupción, la eliminación de una vida molesta, la eutanasia, y el terrorismo.

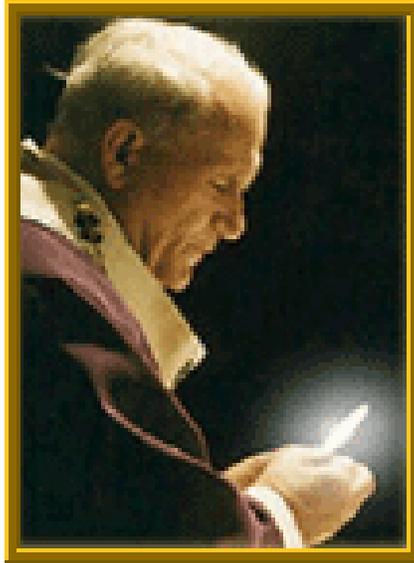
La Iglesia en el mundo moderno debe ser guardiana de esperanza y testigo activo de la vida contra la muerte. De ese modo, en el poder del Espíritu, la Iglesia contribuye a devolver al mundo el sentido divino de la vida humana y el mundo vuelve a aprender su verdadera historia. En esa restitución, el Espíritu Santo recreará la humanidad, y renovará la faz de la tierra.

Dominum et vivificantem, es la meditación más larga y compleja sobre el Espíritu Santo en toda la historia del pontificado en su función docente.

Un Padre oriental llegó a decir en el Concilio que la Iglesia Romana permanecía en la adolescencia en el conocimiento de la doctrina del Espíritu Santo.

Después de haber sido promulgada la encíclica, Juan Pablo, al dar la bienvenida a una delegación del patriarcado ecuménico de Constantinopla en la celebración de la festividad de los santos Pedro y Pablo, dijo a sus invitados ortodoxos que su diálogo teológico debe proseguir hasta el altar de la concelebración.

La Encíclica *Dominum et vivificantem* será una contribución esencial en el camino de la reconciliación entre la ortodoxia y Roma. La misericordia no debilita ni humilla a quien la recibe, sino que lo confirma en su dignidad humana. La misericordia también posee una dimensión colectiva o social.



CAPÍTULO 4: ES NOMBRADO OBISPO

Parece que tienen prisa en hacerle obispo, dijo él, cuando, estando de excursión navegando con sus muchachos, le llamaron urgentemente desde el Arzobispado de Varsovia para notificarle que el Papa le había nombrado Obispo Auxiliar de Cracovia.

Posteriormente, Pablo VI lo llamó al Vaticano, para dirigirle a él y a la Curia romana los Ejercicios. Les habló con claridad sobre el marxismo. Lo había vivido. Lo estaba viviendo. Libertad, derechos de la persona al ejercicio de su vida personal y colectiva. Libertad de los presos políticos, o fundamentalismos religiosos. Amor a la verdad que libera al hombre.

El gobierno comunista apoyó su nombramiento de arzobispo de Cracovia y los comisarios que le promovieron con su beneplácito quedaron consternados porque se erigió en abogado implacable de los derechos religiosos y civiles de sus diocesanos.

VIDA NORMAL Y SENCILLA

Ya cardenal a los cuarenta y siete años, no vivía como los altos prelados, sino que esquiaba, pasaba las vacaciones entre laicos y remaba en kayak.

Mientras llevaba a cabo una de las más exhaustivas puestas en práctica del Vaticano II en el mundo, seguía siendo un intelectual activo, dirigía seminarios doctorales y presentaba documentos académicos en las conferencias internacionales.

A los cincuenta y ocho años fue elegido obispo de Roma, el primer Papa no italiano después de 455 años y el primer Papa eslavo de la historia. Cuando visite Polonia, su patria, desencadenará la revolución de conciencia que colapsará el Imperio soviético en la Europa Central y del Este.

Vigorizará de forma espectacular el estilo de ejercer el pontificado, peregrinando a todos los confines del globo, explotando los medios de comunicación modernos, y escribiendo un flujo interminable de documentos que inciden en todos los aspectos de la vida católica y de las más cruciales cuestiones del panorama mundial.

Seguramente es todavía pronto para juzgarlo. Pero sin él, el siglo XX será difícil de entender. Marcará historia, él mismo es una parte de esa historia.

HOMBRE DE ORACIÓN

Nombrado obispo titular de Ombi y auxiliar del arzobispo Baziak y administrador apostólico de la archidiócesis de Cracovia, aceptó el nombramiento y acudió de inmediato al convento de las ursulinas, donde llamó a la puerta y preguntó si podía entrar a rezar. Le guiaron hasta la capilla y le dejaron a solas.

Pasado cierto tiempo, las monjas empezaron a preocuparse y abrieron la puerta de la capilla para ver qué ocurría. Wojtyla estaba postrado en el suelo ante el sagrario. Atemorizadas, las hermanas se marcharon. Regresaron varias horas más tarde.

El sacerdote desconocido continuaba postrado ante el Santísimo. Ya era tarde, y le dijeron: “Quizá el padre desearía venir a cenar...” Respondió: “Mi tren no sale hacia Cracovia hasta pasada la medianoche. Por favor, dejad que me quede aquí. Tengo un montón de cosas de que hablarle al Señor...”.

Después de resolver sus asuntos con el Señor, Wojtyla se dirigiría a hablar de la cuestión con el arzobispo Baziak, quien esperaba que su nuevo auxiliar se quedase en la ciudad.

Wojtyla le dijo al arzobispo que tenía que regresar al río Lyne a celebrar la misa del domingo para sus amigos.

IMPRESIONA SU VIDA DE ORACION

Lo que más le impresiona de Juan Pablo II al arzobispo Giovanni Battista Re, uno de sus colaboradores más cercanos, es la intensidad de su oración, manifestación de una profunda y viva comunión con Dios.

Como sustituto de la Secretaría de Estado, ha despachado diariamente con él y ha dicho: Este pastor profundamente humano, este intelectual de extraordinario vigor, este líder que arrastra a la juventud, es ante todo un hombre de oración.

Es impresionante cómo se abandona: se nota un dejarse llevar que le es connatural, y que le absorbe como si no hubiera problemas y compromisos urgentes que le llaman a la vida activa.

Su actitud en la oración es recogida y, a la vez, natural y desprendida: testimonio de una comunión con Dios intensamente arraigada en su alma; expresión de una oración convencida, saboreada, vivida. Por la mañana temprano está en la capilla, absorto en la meditación y en el diálogo con Dios, antes de comenzar la Misa.

Durante el día, el paso de una ocupación a otra está marcado por una breve oración. Inicia cada página que escribe con caligrafía pequeña, sus homilias, discursos y documentos.

Conmueve la facilidad, la espontaneidad y la prontitud con que pasa del contacto humano con la gente al recogimiento del coloquio con Dios. El Papa se prepara para los distintos encuentros que tendrá en el día o durante la semana rezando por ellos.

MONSEÑOR INNOCENTI

Cuando el Papa llegó a Madrid en su primera visita a España, en 1982, el Nuncio apostólico, Monseñor Innocenti, se despertó muy pronto. Descendió a la planta baja a las 5.30 de la mañana, convencido de no encontrar a nadie, ya que el desayuno estaba previsto para las 6.30 y la salida del Papa de la Nunciatura a las 7.

Recorrió las habitaciones para verificar que todo estuviera en orden, y empezó por la capilla. Se sorprendió al ver que la luz estaba encendida. Abrió la puerta y vio al Papa arrodillado ante una estación del Viacrucis. Era viernes y era un día con un programa que iba desde las 7 de la mañana hasta las 9 de la noche, y el Papa a las 5.30 ya estaba en la capilla para hacer el Viacrucis.

Antes de cualquier decisión importante, Juan Pablo II reza mucho. Puedo afirmar que las decisiones más importantes han sido maduradas durante semanas y semanas de oración. En su vida existe una admirable síntesis entre oración y acción. La fuente de la fecundidad de su actuación está precisamente en la oración.

Este Papa tan dinámico y dedicado al servicio del hombre; este Papa que aparece también ante los ojos de quien no acoge el mensaje cristiano como defensor y heraldo de las aspiraciones del hombre; declara que tiene el compromiso prioritario de orar.

El Papa ha cumplido ochenta y dos años: sus pasos parecen cansados, su rostro sufrido, pero esto agranda el valor de sus gestos. El Papa es cercano a cada hombre.

Comprende los problemas, las dudas, la búsqueda de verdad y de libertad del corazón humano; los sufrimientos que afligen a sus semejantes los ha vivido y los vive en carne propia en una medida poco común. Y por eso tiene la capacidad de hablar al corazón de cada persona.

Las primeras palabras que el Papa Wojtyla dijo ya revelaban algo de su personalidad, pero era difícil prever el huracán que traería. El hecho de que, tras cuatro siglos y medio, el Papa fuera elegido de fuera de Italia parecía un acontecimiento destinado a señalar el camino de la historia. En realidad en él se ha revelado una persona extraordinaria.

En ningún Papa ha surgido el «carisma de masas» como en este Papa de las multitudes, que continúa fascinando aún hoy que camina y se mueve con dificultad. Lo que llama más la atención del Papa Wojtyla es la seguridad en el trato, en el discurso, en el gobierno de la Iglesia. Es un hombre de certezas, nacidas de una fe profunda.

SU AMOR APASIONADO A CRISTO

Desde los primeros momentos de su pontificado, ha demostrado la inquebrantable firmeza de su fe, y un arrollador amor a Cristo. Desde la apasionada llamada lanzada en la Misa de inicio de su pontificado: «¡No tengáis miedo: abrid las puertas a Cristo!». En aquella conmovedora expresión ponía de manifiesto la línea inspiradora de su pontificado.

El deseo y el deber, de dar a conocer a Cristo, el ansia apostólica que lo impulsaría por los caminos del mundo, para anunciar a todos que sólo en Dios, cercano en Cristo, la humanidad puede encontrar la verdadera salvación. Verdad que proclama con una fidelidad y un valor que ni siquiera las balas del 13 de mayo de 1981 consiguieron rozar.

El Papa ve al hombre con los ojos de Cristo, lo ama con el corazón de Cristo, en quien está su redención y su plenitud. Fátima confirma el alcance profético del pontificado y su vínculo con los dramas del siglo, entre los que surge el trágico desafío lanzado a la Iglesia por el ateísmo.

La connotación principal de su pontificado es específicamente religiosa. El móvil de todas sus iniciativas es doble: el amor a Cristo y el amor al hombre, en quien se refleja la imagen de Dios.

Lo que movió al Papa a combatir el comunismo no fue de orden político, sino religioso y moral, porque se trataba de un sistema político que propugnaba el ateísmo, perseguía a la Iglesia y oprimía al hombre negándole la plena libertad.

Karol Wojtyla tuvo en Cracovia la experiencia de todo lo que tenía el comunismo de inhumano y contrario a la religión.

En estos años la historia del mundo ha cambiado también gracias a la palabra y a las peregrinaciones apostólicas de Wojtyla. Y su arrojo espiritual parece lejos de agotarse.

El rasgo dominante en el Papa viajero es el carisma especial para este apostolado. Sabe hablar a cada pueblo de la manera apropiada, y obtiene una popularidad espontánea, porque en él no hay ruptura entre lo que piensa, lo que cree, lo que dice y lo que es.

Esta limpia coherencia, este testimonio es precioso para los hombres de nuestro siglo, que tienen necesidad de testigos más que de maestros.

ES UN MISTICO

El misticismo de Karol Wojtyla constituye un factor a tener en cuenta. En su vida existe una dimensión en la que Dios es su solo compañero e interlocutor.

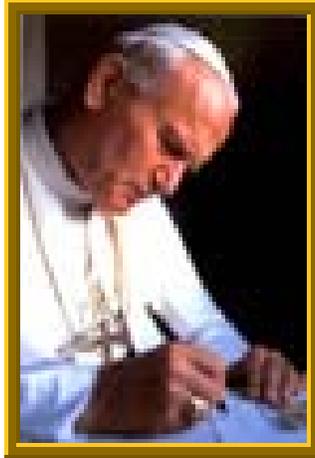
Antes de la elección del papa Juan Pablo II, escribía yo que estaba deseando que nos presidiera un Papa que introdujera a toda la Iglesia en Ejercicios Espirituales; quería decir que nos dedicara a la oración. Juan Pablo II ha colmado mi deseo, comenzando por él mismo.

Escribe el cardenal Suenens: «Ora hasta provocar envidia», decía de él Paul de Haes, uno de sus compañeros de estudio en Roma. De hecho se inclina y se pliega en dos. Al verle como postrado durante su acción de gracias en la Capilla Sixtina, creí que se sentía mal. Encarna la oración en todo su cuerpo, y en ese momento parece tener diez años más. Pero cuando se inclina y sonríe, rejuvenece de un extraño modo».

Esta dimensión del Pontífice no debe ser pospuesta al estudiar su persona y su acción. Es evidente que se trata de un excelso y polifacético superdotado, pero sus eminentes cualidades han sido abillantadas y potenciadas por su carácter místico.

De una manera semejante a Santa Teresa de Jesús, persona también soberanamente dotada, cuyas sobresalientes cualidades de todos conocidas, quedaron sublimadas por los dones místicos excepcionales con que fue enriquecida, al buen observador no se le ocultará que la dimensión mística, desconocida quizá hasta para él, ha elevado su vida y su actividad pasmosa a una altura inmensa e incomprensible.

Se publicaron unas fotos tuyas tomadas en la terraza del Vaticano sumergido en la oración de rodillas y con lágrimas copiosas que delatan un don de lágrimas, característica del místico habitual.



CAPÍTULO 5: POLONIA Y SUS CIRCUNSTANCIAS

Somos hijos de una familia. Hemos crecido en un país con una cultura y un lenguaje. Nos hemos desarrollado arropados por unas amistades. Hemos seguido una vocación, tenemos unas aficiones, gozamos de unas convicciones religiosas, nuestras vidas tienen un humus en el cual han sido arraigadas y allí se han desarrollado.

En definitiva nuestra personalidad es deudora de una familia, de una educación y fisonomía moral y física, cultura filosófica y lenguaje. Todo ello constituye los muchos rieles por los que discurren todas las personas. Pero la amplitud de los rieles difiere.

Unas vidas transitan por vías estrechas; otras, por vías anchas. Karol Wojtyła ha caminado por unos rieles extraordinariamente amplios.

Para entender al Papa hay que asomarse a su interior. Para él, la esperanza de la perspectiva humana está arraigada en la fe, y ésta no es una opción religiosa en un supermercado de posibles verdades. Para él la verdad del mundo le ha cautivado desde joven y ha conformado su vida. Es la verdad de la que se ha querido rendir testimonio.

El pertenece a tres historias: la de Polonia, la de la Iglesia y la de la humanidad. Ninguna de las tres se puede ya pensar sin él. No se puede poner en tela de juicio al Papa Juan Pablo II sin tener en cuenta la situación en gloria y en límites, que Polonia, la Iglesia y la humanidad ofrecen en un determinado momento de su Historia.

CAMINO DE CADA PERSONA

Cada hombre ha nacido para realizar una obra concreta y para hacerla bien hecha. Cada persona configura el cargo que ocupa a la vez que es el cargo el que configura a cada persona.

El sentido profundamente providencialista de Juan Pablo II, siempre en las manos de Dios a través de María, nos permite pensar que es muy consciente de tener una misión para su país, apesadado entre dos grandes potencias Alemania y Rusia, como un grano de trigo entre dos ruedas de molino.

Una misión para el pueblo católico de Polonia, atenazado por el nazismo y el comunismo, negadores de la dignidad humana. Y una misión hacia la humanidad de encararla ante la suprema posibilidad que el hombre tiene de abrirse a Dios, de reconocerse en el Verbo Encarnado y de realizar la existencia humana como la realizó Cristo.

AMBIVALENCIA EN POLONIA

La primera visita del Papa a Polonia fue premonitoria. Apoteósica y triunfal como de Domingo de Ramos, que precipitó la caída del dominó con pies de barro de la estatua de Nabucodonosor. Y a la vez la trama criminal del Viernes Santo.

El año 1989 fue el final de una lucha colectiva, en la que él había sido uno de los protagonistas decisivos. La segunda visita a su pueblo le trajo una desilusión. La gloria de la liberación de un pueblo no lleva consigo la realización automática de la libertad.

La Polonia libre del comunismo eligió nueva forma de ciudadanía, en la que la fe católica ya no era necesaria como refugio político y tenía que ser fruto de una elección personal de naturaleza religiosa. Ahora era libre para ser católica y para dejar de serlo.

La Ilustración, la Modernidad, la sociedad de mercado y el pluralismo democrático, no son por si mismos ni el demonio ni el paraíso. Una cosa es la libertad política, otra la libertad religiosa dentro de la comunidad política y otra la libertad interior del hombre creyente derivada del acto de fe. Las tres son separables pero no confundibles.

Juan Pablo II se encontraba con una Polonia nueva, que desde su libertad no seguía lo que él hubiera deseado y por lo que había empeñado su vida. Esa es la gloria y la pasión de todo libertador.

Esa misión liberadora que, como Moisés frente al Faraón, él se propuso llevar a cabo frente al comunismo, sin miedo a nadie y con la seguridad de ver al Invisible actuando en el tiempo, es la misma que ha prolongado en su pontificado.

LA ELECCION DE JUAN PABLO EN EL MOMENTO JUSTO

Juan Pablo II fue elegido en el justo momento de giro, en 1978, después de un posconcilio exultante y lleno de promesas, abiertas las ventanas para que entrara el aire de la primavera en la Iglesia.

Mientras algunos reclamaban un Vaticano III, radical y revolucionario, otros acusaban al Vaticano II de haber desencuadrado los fundamentos de la fe.

Hombres que habían sido decisivos en la preparación y realización del Concilio comenzaron a comprobar que las cosas no caminaban como ellos habían previsto y esperado. Apareció la expresión “Crisis de fe”.

Sorprendentemente, justo al día siguiente de concluir el Concilio, el Papa Pablo VI declaró el año siguiente como “Año de la fe”. De Lubac, Jenin, Ratzinger y otros, no ocultaron su preocupación. Se escucharon fórmulas que a los españoles nos recordaban la frase de Ortega ante la República: “No es eso”.

Juan Pablo II se había propuesto conseguir la regeneración frente a un cristianismo que comenzaba a perder la confianza en sus posibilidades intrínsecas; que se resignaba a que la fe quedara como mero factor de cultura, ético o estético, y a que la Iglesia se diluyese en la sociedad sin su aportación específica de sal y ciudad puesta en lo alto.

Ante la perplejidad y zozobra reinantes, Juan Pablo II quiso devolver al pueblo cristiano sus certezas primordiales, la seguridad en su fe, la confianza en su capacidad de futuro y la inmediatez con Dios.

El, hombre de ideas claras y fundamentales, hombre del pueblo y de muchedumbres, quiso, no sólo convencer de la necesidad humana del Bien y de la Verdad, sino proponerlas con claridad y entusiasmo para enardecer al pueblo y hacerlo vibrar. Está convencido de que el pueblo vibra ante la belleza del Bien y de la Verdad presentados con vigor, convencimiento y entusiasmo.

Tenía cualidades y carisma para hacerlo con su poder de convocatoria sin igual. Es un líder al compás de los tiempos.

OBJETIVOS A CONSEGUIR

Sus discursos y Encíclicas. Sus documentos todos, Exhortaciones Pastorales y Cartas, nos permiten deducir que sus objetivos primordiales han sido la defensa de la persona, incluso la no nacida, la florida de la juventud y la que se marchita en el ocaso cercana a la muerte; la libertad del hombre, oprimido por las causas que sean, tanto políticas como fundamentalismos y la verdad que funda al

hombre y le libera de la mentira, le abre a Dios, a su misterio personal y al prójimo.

Quiere que el hombre se identifique y se realice como ser moral. Ha repetido machaconamente que no todo poder político, científico o técnico tiene legitimidad moral.

En cuanto a la Iglesia, se ha propuesto la clarificación en el campo de la fe; la apertura hacia mundos lejanos, como América, la India, el Pacífico; la entrada en mundos cerrados, como Cuba, el Islam, el judaísmo; el diálogo con regímenes o comunidades de fe enfrentadas tradicionalmente con Roma, como Rusia; el regreso a los orígenes comunes del monoteísmo en Occidente, la peregrinación proyectada y frustrada al Sinaí, la oración junto con las grandes religiones del mundo en Asís; la decisión de clarificar el ejercicio del propio pontificado, consciente de que es la máxima dificultad en el ecumenismo cristiano.

Una persona no lo puede hacer todo ni todo al mismo tiempo: las certidumbres masivas y las matizaciones minoritarias, el apoyo a las instituciones tradicionales y la aprobación y cercanía a los nuevos grupos y movimientos nacientes.

Todo papa es solidario del anterior y queda remitido a su sucesor. Más allá de su figura de pontífice está su personal destino heroico, la certeza pública de su fe y la grandeza de su fidelidad, la fortaleza del herido y la firmeza del enfermo, que permanece fiel a su propósito hasta el final, porque, como Moisés, ve al Invisible y sabe que el Invisible lo ve (Heb 11,27).

INCOMPRENDIDO

La condición de polaco de Juan Pablo II ha sido una barrera para ser comprendido en Occidente, por el prejuicio muy arraigado a causa que la ignorancia histórica y geográfica, impide a muchos intelectuales y escritores occidentales imaginar a los polacos en la vanguardia de la vida intelectual y cultural mundial.

A muchos el calificativo de intelectual polaco les parece contradictorio. Sin embargo, Polonia gana a todos en heroísmo y en patriotismo.

Además del exterminio de los judíos que fue obra de los nazis, Polonia sufrió una dictadura atea a la que se rebeló con bravura. Lo que allí hizo el marxismo no fue tan grave ni cruel como lo perpetrado en España y nosotros nos escondimos y sólo tuvimos fuerzas para someternos a los asesinatos criminales con la mansedumbre de las ovejas conducidas al matadero.

Hay que contar con esa rebeldía de Wojtyla asimilada de sus compatriotas. Se da la paradoja de que Juan Pablo II resulta incómodo para conservadores,

progresistas, marxistas, neoliberales, socialdemócratas, feministas, homosexuales... cuando él mismo es un rebelde y un inconformista, que adopta nuevas formas de ejercer el magisterio.

Aún es pronto para juzgarlo, pero sin él, el siglo XX será difícil de entender. Marcará historia, él mismo es una parte de esa historia. Su pontificado es uno de los más importantes de los últimos siglos para la Iglesia y para el mundo. El es tal vez el Papa de mayor trascendencia desde la Reforma y la Contrarreforma en el siglo XVI.

Si aquel período definió las relaciones entre la Iglesia católica y el mundo moderno, el presente, con el Concilio Vaticano II y el pontificado de Juan Pablo II han marcado una serie de hitos que determinarán el curso del catolicismo mundial más allá del tercer milenio.

También es increíble que siendo el Papa más visible de la historia, quizá sea también la figura menos comprendida, aunque para millones de personas, es la gran figura de nuestros tiempos, el defensor, la fuerza moral y el campeón de la causa de la libertad, que ha guiado a la humanidad a través del más sangriento de los siglos.



CAPÍTULO 6:

FOGUEADO Y ACRISOLADO EN LA PRUEBA. EL ATENTADO

Temblaron en el Kremlin cuando Karol Wojtyla fue elegido como Obispo de Roma. Y Berlinguer, jefe del PC italiano, exclamó: "La que se nos viene encima". El líder del KGB, Yuri Andrópov, advirtió al Politburó soviético del peligro que se avecinaba con esta elección. Les conocía bien; sus métodos, sus mentiras, su propaganda poderosa, su filosofía, sus crímenes; pero también, sus pies de barro.

Le temieron y, no estaban fuera de sus maquinaciones y prácticas, los asesinatos. Su primera visita pastoral a Polonia fue el detonante. Decidieron liquidarle.

Pero hay en el cielo una Madre de la que nos habla el Apocalipsis 12,1: "Apareció en el cielo una magnífica señal: una mujer envuelta en el sol, con la luna bajo sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas. Apareció en el cielo otra señal: un gran dragón rojo, que se quedó delante de la mujer que iba a dar a luz, para devorar a su hijo en cuanto naciera".

Leyendo el capítulo 17 del Apocalipsis, encontramos la clave y el paralelismo de las visiones de Fátima y de su mensaje: Allí hay un dragón vestido lujosamente, que pretende devorar al niño cuando nazca, y una mujer vestida de sol; aquí el Kremlin, una nomenclatura derrochadora y una tiranía basada en el ateísmo militante, ensoberbecido y ambicioso de invasión universal, y de exterminio feroz de seres humanos.

Sólo a Stalin, el que preguntó por las divisiones del Papa, se le atribuyen cien millones de muertos.

Allí, en Babilonia cae el dragón, que es Nerón en Roma, la ciudad de los siete montes: Palatino, Capitolio, Aventino, Celio, Esquilino, Viminal y Quirinal. "El dragón peleará contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque es el Señor de señores y Rey de Reyes". Aquí, al final mi Corazón Inmaculado triunfará". Ha caído el marxismo-comunismo.

ELEGIDOS Y DEPOSITARIOS DE LA PROFECÍA

A sólo unos metros del lugar donde se les apareció la Virgen en 1917, Francisco y Jacinta Marto, fueron beatificados el 13 de mayo de 2000 por Juan Pablo II.

Sentada en un segundo plano, Sor Lucía dos Santos, tuvo la alegría de ver la confirmación solemne de lo que la Señora les había anunciado.

Bajo un bellissimo sol primaveral, un millón de peregrinos asistieron a la emocionante ceremonia en la que Juan Pablo II citó una curiosa alabanza de Jesús: "Yo te bendigo, Padre, porque escondiste estas verdades a los sabios e inteligentes, y las revelaste a los pequeñuelos".

Fue exactamente lo que sucedió en Fátima en 1917, para sorpresa de los pastorcillos, de las autoridades eclesíásticas y del mundo entero.

LA MANO QUE DESVIO EL PROYECTIL

El Secretario de Estado del Vaticano desveló ante el mundo, por encargo del Papa, que en 1917, la Virgen profetizó ante los niños que "un obispo vestido de blanco caerá por tierra como muerto bajo los tiros de un arma de fuego".

Cuando se produjo el atentado, Juan Pablo II ya conocía este tercer secreto, pues se lo había revelado Lucía, la única superviviente de las apariciones, lo que explica las tres peregrinaciones de gratitud a la Virgen de Fátima y que la bala encontrada en su vientre, esté en la corona de la imagen de la Virgen.

"Una mano disparó, Otra guió el proyectil." Para el Papa, la mano de la Virgen le salvó la vida aquel día de primavera. El 13 de mayo de 1982, Juan Pablo II dijo que había ido para agradecer a Santa María que le haya conservado la vida.

FÁTIMA, VINCULADA A LA HISTORIA DE LA IGLESIA

Fátima está vinculada no sólo al atentado, sino a la historia de la Iglesia y del mundo en este siglo. En Fátima, en 1917, la Virgen realizó signos excepcionales y confió un mensaje a los pastorcillos. En el mismo año de la Revolución bolchevique, María anunciaba persecuciones y, al fin, la conversión de Rusia.

Juan Pablo II, en una encíclica ha dedicado un capítulo dedicado a Fátima para celebrar el cumplimiento de la profecía que vaticinaba la resurrección de la Iglesia del Silencio.

En una visión cristiana de la historia, todo esto es tremendamente sugestivo: la Providencia es la que, en la época más secularizada de la historia cristiana, está dirigiendo en otra dirección el imperio del ateísmo, aunque es un cambio todavía trabajoso, a menudo lleno de sufrimiento.

Domenico del Ríó ha escrito: "Es posible que Wojtyla, en su viaje a Fátima, piense en el cumplimiento de la profecía de Maximiliano Kolbe: Un día veréis la imagen de la Inmaculada sobre el pináculo más alto del Kremlin.

Pero para esto ha sido necesario mucho dolor, mucho sufrimiento. En uno de sus poemas, Juan Pablo II, pone en boca de San Estanislao dirigiéndose a un rey de Polonia: "Mi palabra no te ha convertido, mi sangre te convertirá".

LA DIMENSION DEL SUFRIMIENTO

En la visión universal de su propia misión, el Papa une su experiencia de sufrimiento a una dimensión mundial. En su pontificado, se pueden ver dos momentos. El primero es el del profeta que grita al mundo, agita el evangelio por encima de las masas, quiere remover la tierra para acercarla a Dios.

Ahora, su voz no se alza ya con tanta sonoridad, en sus discursos ha abandonado el grito. Las condenas siguen siendo duras contra los ídolos del mundo contra las injusticias, contra la guerra.

Pero se ha atenuado la vehemencia física. Juan Pablo II quiere siempre convertir al mundo, pero, como su San Estanislao, confía más en el sufrimiento que en la palabra.

La sangre, piensa el Papa, contiene más capacidad de redención. "Al principio de mi pontificado, me dijo el cardenal Wyszynski: Si el Señor te ha llamado, debes introducir a la Iglesia en el tercer milenio"... "con la oración, con diversas iniciativas, pero he visto que no basta: era necesario introducirla en el sufrimiento" dijo el 29 de mayo de 1994.

Después de la rotura de la cabeza del fémur, dijo: "Con estas pequeñas cruces también se gobierna la Iglesia".

Diez años después del atentado de la plaza de San Pedro, Juan Pablo II volvió a Fátima, no sólo a agradecer a la Virgen que le salvase de la muerte, sino a celebrar el cumplimiento de las profecías marianas y la resurrección del cristianismo en el Este europeo.

UNA MUJER VESTIDA DE SOL

“Por designio divino -afirmó el Papa- vino del Cielo a esta tierra, "una Mujer vestida de sol" en busca de los pequeñuelos privilegiados del Padre. Les habla con corazón de madre, les invita a ofrecerse como víctimas de reparación y se ofrece Ella misma para llevarlos ante Dios.

Fue entonces cuando de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, haciéndoles sentirse inmersos en Dios”.

Francisco exclamaba: "Nosotros ardíamos en aquella luz". Tres niños que no sabían leer ni escribir dieron testimonio de su fe arriesgando sus vidas. Es la beatificación de los más jóvenes cristianos de la historia de la Iglesia, exceptuando a algunos mártires.

Desde que el 13 de mayo de 1917 la Virgen se apareciera a los tres niños que cuidaban el ganado en las montañas, las apariciones, que se reiteraron los siguientes días 13 hasta octubre, han convertido a Fátima en uno de los primeros santuarios marianos del mundo, en el que se suceden las manifestaciones de fe y la solicitud de curaciones y milagros.

Fátima es un testimonio de fe, que nos recuerda que el sentimiento de lo sagrado y la auténtica religiosidad rebasan los estrechos límites de nuestra menguada racionalidad.

La atracción que Fátima ha ejercido sobre todo el ancho ámbito de la Cristiandad se ha visto acrecentada por la existencia de los tres secretos de los que fue depositaria la única superviviente de las apariciones, Sor Lucía.

El primero anunciaba el final de la Primera Gran Guerra y el estallido de una segunda aún más atroz. El segundo presagiaba la caída del comunismo en Rusia y la conversión de la nación que tanto habla contribuido a la difusión del ateísmo. Quedaba el tercer secreto en secreto.

EL TERCER SECRETO DE FATIMA

El cardenal Sodano leyó un texto en el que anunciaba su revelación y desvelaba que se refiere a la lucha de los sistemas ateos contra el cristianismo y al sufrimiento de los testigos de la fe en el siglo XX.

Concretamente, contiene también una referencia al atentado sufrido por el Papa y del que, según el testimonio de los videntes, celosamente guardado durante décadas, sería librado por la intercesión de la Virgen. Juan Pablo II ha sido testigo y protagonista de la triple revelación de María a los pastorcitos. El ha vivido los horrores del nazismo y de la gran guerra europea en su Polonia natal.

Más tarde, ya desde el ejercicio del Pontificado, contribuyó decisivamente al derrumbamiento del comunismo soviético. Además, la tercera parte del secreto le concernía personalmente.

Aunque no ha llegado la hora del balance final, todo el que contemple el impresionante legado de su Pontificado desde la correcta perspectiva, no puede dejar de reconocer que se trata de uno de los Papas más trascendentales en la historia de la Iglesia.

Después de la bellísima ceremonia de la beatificación de Francisco y Jacinta, el Papa de las sorpresas, añadió la revelación del tercer secreto de Fátima que le concernía personalmente.

El Obispo vestido de blanco en la visión del 13 de julio de 1917, que caminaba hacia la Cruz entre los cadáveres de los mártires, y caía como muerto bajo los disparos de un arma de fuego es el propio Juan Pablo II.

Así se comprende mejor el homenaje ecuménico, que había dedicado a todos los mártires del siglo XX, en el Coliseo. El entre todos y delante de todos.

Juan Pablo II ofreció a la Virgen de Fátima el anillo que le regaló el cardenal Wyszynski cuando fue elegido Papa, y juzgó llegada la hora de revelar el secreto en el mismo lugar donde la Virgen lo confió a los tres pastorcillos, acompañado por Sor Lucía, a la que prodigó muestras de afecto.

Pero lo que parecía un breve mensaje de felicitación y despedida, se convirtió en algo mucho más sorprendente cuando el cardenal señaló que el agradecimiento del Papa a la Virgen de Fátima por su protección a lo largo del pontificado está relacionada con el tercer secreto, escrito por Sor Lucía.

PARALELISMO ENTRE FATIMA Y LA BIBLIA

Pronunció el Cardenal Sodano: «El tercer Secreto es una visión profética comparable a las de la Sagrada Escritura, que no describe con sentido fotográfico los detalles de los acontecimientos futuros, sino que sintetiza y condensa sobre un mismo fondo, hechos que se prolongan en el tiempo en una sucesión y con una duración no precisadas».

El paralelismo entre Fátima y la Biblia, después de una ceremonia en la que se habían leído fragmentos acerca del dragón contra la mujer «vestida de Sol» y adornada por «una corona de doce estrellas», sumió a la multitud en un silencio atónito.

«La visión de Fátima tiene que ver sobre todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo. Es un interminable Vía Crucis dirigido por los Papas del siglo XX.

La visión fue un secreto que los dos pastorcillos más jóvenes beatificados, se llevaron a la tumba, y que su prima Lucía dos Santos conservó sola durante largos años hasta que, a finales de 1943, el obispo de Leiría, José Alves Correia da Silva, quien había logrado ya la revelación de los dos primeros secretos en 1941, la visitó en el convento de las Doroteas de Tuy donde la vidente padecía una grave pleuresía con peligro de muerte y consiguió que lo escribiera en un papel.

LOS CONOCEDORES DEL SECRETO

Aunque Sor Lucia se resistía, al fin, escribió el secreto en una sencilla hoja de papel que dobló en cuatro partes y luego lacró. El 9 de enero de 1944, la vidente envió una carta al obispo de Leiría confirmándole que había cumplido su orden.

Monseñor Correia da Silva no quiso abrir el sobre sellado que contenía el secreto, sino que lo guardó cuidadosamente. El 8 de diciembre de 1945, lo metió dentro de otro sobre, también lacrado, en el que escribió: «Para entregar a Su Eminencia el Señor Cardenal D. Manuel, Patriarca de Lisboa, después de mi muerte».

El sobre llegó al Vaticano en abril de 1957, en la etapa final del pontificado de Pío XII, fallecido en octubre de 1958, quien probablemente no lo leyó. Su sucesor, Juan XXIII solicitó el texto y lo recibió el 17 de agosto de 1959 en Castelgandolfo, donde lo leyó junto a su confesor y pidió la ayuda de un monseñor portugués, Paulo José Tavares, después obispo de Macao, para que le explicase el sentido del texto.

Como sor Lucía había indicado que el secreto no se hiciese público antes de 1960, a menos que ella falleciese con anterioridad a esa fecha, muchísima gente esperaba su revelación el 13 de mayo de aquel año. Juan XXIII les decepcionó.

Ahora que se conoce el contenido, resulta más fácil comprender por qué en una ocasión el Papa bueno cortó de raíz la curiosidad del cardenal Silvio Oddi, que deseaba conocer los motivos de la negativa a hacerlo público, repitiéndole por dos veces: “No me hables de eso”.

Lo mismo hizo Pablo VI, Juan Pablo I, e incluso el propio Juan Pablo II a lo largo de 21 años de pontificado. Sólo ahora, cruzado el umbral del Tercer Milenio, cumplido el viaje a Jerusalén, mientras el cardenal proseguía su lectura en excelente portugués, Juan Pablo II mantenía un silencio y un recogimiento intensos, mirando de vez en cuando hacia la dulce imagen blanca de la Señora colocada sobre un trono de claveles también blancos.

El Sumo Pontífice, dijo el Cardenal Sodano, me ha encargado daros una noticia. El objetivo de su venida a Fátima ha sido la beatificación de los dos pastorcillos. Sin embargo, quiere atribuir también a esta peregrinación suya, el valor de un renovado gesto de gratitud hacia la Virgen por la protección que le ha dispensado durante estos años de pontificado. Es una protección que parece que guarde relación también con la llamada "tercera parte" del secreto de Fátima.

EL OBISPO VESTIDO DE BLANCO

Según la interpretación de los pastorcillos, confirmada por Sor Lucía, el "Obispo vestido de blanco" es el Papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y numerosos laicos, cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego.

Después del atentado del 13 de mayo de 1981, vio con claridad que "una mano materna desvió la trayectoria de la bala", permitiendo al "Papa agonizante" detenerse "a las puertas de la muerte". Los acontecimientos de 1989 han llevado, tanto en la Unión Soviética como en numerosos Países del Este, a su caída.

Juan Pablo Magno se declara milagro de María: "Santo Padre, -le dijeron en Brasil-: Agradecemos a Dios, sus trece años de pontificado". Y contestó, tres años de pontificado y diez de milagro. El ha acertado a cumplir plenamente el deseo de la Virgen, cuyos resultados se han visto con el derrumbamiento del marxismo y la conversión de Rusia.

NO FUE EL PAPA QUIEN REVELO EL SECRETO

El cardenal Sodano anunció la próxima difusión de las revelaciones de la Virgen, pues Juan Pablo II ha pedido a la Congregación para la Doctrina de la Fe que lo haga público en los próximos días.

La protección a la que se alude en el misterio se plasmó de modo especial en el atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981 en la plaza de San Pedro del Vaticano, cuando fue tiroteado por el turco Ali Agca, cayó gravísimamente herido.

«El Papa, caminando penosamente hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados cae por tierra como muerto bajo los tiros de un arma de fuego». Si no fue el Juan Pablo II quien desveló el tercer secreto de Fátima es porque era él el protagonista y porque se trataba de una revelación particular.

Durante la homilía, el millón de personas que asistió a la ceremonia sí oyó al pontífice confirmar lo que ya se conocía: las muertes prematuras de Jacinta y Francisco, la existencia del infierno, el final de la Primera Guerra Mundial y el

comienzo de la segunda. Y que el mensaje de la Virgen es un llamamiento a la conversión.

LLAMAMIENTO A LA CONVERSIÓN

«Si se escuchan mis peticiones -dice la Señora-, Rusia se convertirá y habrá paz. De lo contrario, Rusia propagará sus errores por el mundo, provocando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos justos serán martirizados; el Santo Padre sufrirá mucho y muchas naciones serán suprimidas. Al final, mi Corazón Inmaculado triunfará. El Papa consagrará Rusia a mi Corazón Inmaculado, ésta se convertirá y el mundo tendrá un período de paz».

La consagración pedida por la Virgen fue efectuada por Juan Pablo II el 25 de marzo de 1984. Meses después, Gorbachov llegaba al poder, ponía en marcha la 'perestroika' y Rusia volvía a nacer de sus cenizas. Los fieles se llenaban de lágrimas y rezaban devotamente.

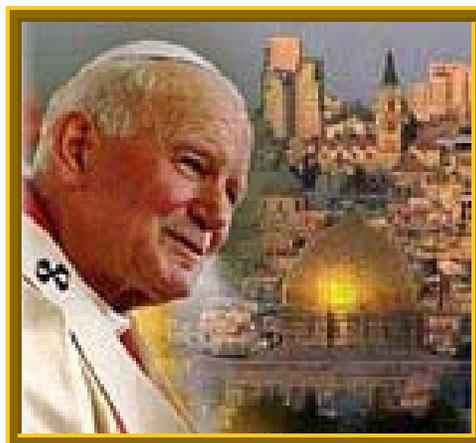
Cansado, exhausto, tembloroso, pero alegre, Karol Wojtyla se marchó de Portugal, satisfecho de haber descubierto en Fátima el gran misterio que la Iglesia se negaba a desvelar. El Papa dijo en su homilía: "Cuántas víctimas hay que lamentar en el curso del último siglo.

Mi pensamiento va a los horrores de las grandes guerras, a los campos de concentración y de exterminio, a los gulags, a la limpieza étnica y las persecuciones, al terrorismo, a los raptos, a la droga, a los atentados contra la vida y contra la familia".

Había banderas portuguesas, polacas, españolas, pero el mayor símbolo iconográfico era el retrato de los dos pastorcillos en la fachada monumental de la basílica. La misa fue concelebrada por más de mil sacerdotes y decenas de obispos y cardenales.

El Papa hizo la confirmación de la existencia del infierno cuando dijo que Jacinta "quedó tan afectada por la visión del infierno, que la Virgen le mostró en la aparición del 13 de julio, que todas las mortificaciones y penitencias les parecían poca cosa para salvar a los pecadores". Y terminó: "Expreso mi reconocimiento a la beata Jacinta por los sacrificios y rezos hechos para el Papa, al que vio sufrir".

Con esas últimas palabras confirmó la revelación de la Virgen de que el sucesor de San Pedro sufriría mucho a final de siglo. Pero sobrevive al intento de asesinato, e inserta en la corona de la Virgen de Fátima la bala y entrega a la de Chestokova, su solideo ensangrentado.



CAPÍTULO 7: "TÚ ERES PEDRO"

Quiso Bernini que en lo más alto de Basílica colosal quedaran grabadas en oro las palabras de Cristo a San Pedro cuyo fundamento real está en los cimientos de la Basílica.

Cuando a la pregunta de Cristo a los discípulos "¿quién decís que soy yo?" Simón Pedro contestó: "Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo", Jesús le hizo una promesa formal: "Dichoso, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en el cielo. Y yo te digo: Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella" Mateo 16,13.

Pedro= Petros= Quefá= Piedra= Roca. Había sido llamado el primero por Jesús. A Pedro y a sus sucesores les concede Jesús una misión única en la Iglesia. La Iglesia desde siempre ha tenido gran presencia de esta elección de Cristo a Pedro y sus sucesores han procurado siempre ser garantes de unidad y permanencia, aunque la historia tiene el deber de situarlos en su época y momento.

Como la Iglesia es presentada bajo la imagen de un edificio o construcción, necesita cimiento, roca visible. El fundamento invisible es Cristo resucitado, "porque nadie puede poner otro fundamento que el que está ya puesto, que es Jesucristo" (1 Cor 3,11), pero el visible es la cátedra de Pedro.

Estos cimientos son la garantía de la indefectibilidad de la Iglesia en el tiempo y en las tormentas, que tiene que superar la barca de la Iglesia, la otra alegoría apropiada al pescador de Galilea, acostumbrado a capear temporales y superar borrascas embravecidas.

El poder especial de Pedro se expresa en la metáfora de las llaves, que significan la autoridad sobre la Casa, y en el poder de atar y desatar, o permitir

y prohibir, que significa el gobierno de la Iglesia como sociedad. Pero, como en el mundo el poder corrompe, Jesús quiere que "el mayor entre vosotros sea el último de todos y el servidor de todos" (Mt 23,11).

¿ME AMAS MÁS QUE ÉSTOS?

Poder de Pedro, ejercido desde el amor: por eso Cristo pregunta a Pedro: "¿Me amas más que éstos?" (21,15). En la misa del inicio del Pontificado de Juan Pablo II fue proclamado en latín y en griego el texto de Juan 21, con el que Cristo encargaba a Pedro, "apacienta mis corderos".

Con el altar adornado con gladiolos rojos y blancos, colores nacionales de Polonia, rodeado de trescientos obispos y de ochocientos dignatarios de todo el planeta, representantes del mundo del poder, con su profundo sentido de la oportunidad, Juan Pablo contempló la enorme muchedumbre que guardó un silencio impresionante y comenzó con las palabras del hombre ante cuyo sepulcro había orado una hora antes: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mateo 16,16) y dijo: "Quien ocupa la silla de Pedro en la Iglesia, debe empezar así.

La profesión de fe de Pedro nacía de una convicción vivida y experimentada con hondura, pero es algo más que un simple acto de voluntad.

La fe es un don, y Cristo había llamado bienaventurado a Pedro "porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt 16,17). El sucesor de Pedro sólo podía inaugurar su cargo petrino en este día y en este lugar, con las mismas palabras: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Puesto que la Iglesia está inmersa en la historia en calidad de testigo de esa verdad, es importante entender que la profesión de Pedro no trata únicamente de Pedro y Jesús: es el punto de partida de la Iglesia, y en el acto de fe de Pedro la historia de la salvación toma una dimensión eclesial, una dimensión nueva.

Las vicisitudes de la Iglesia, peregrina en la historia, son las de la propia humanidad.

Cristo ha acercado a la humanidad al misterio del Dios vivo. Sólo puede hacerlo el Hijo de Dios, y lo ha hecho de una manera que nos permite reconocerlo como uno de nosotros. Cristo, el Hijo del Dios vivo, nos ha hablado de su Padre, pero también nos ha comunicado la verdad definitiva sobre nosotros mismos.

Jesucristo es en sí la verdad sobre la condición humana. He ahí lo que debe decir la Iglesia al mundo, a los creyentes y los buscadores de la fe, a los escépticos y a los dubitativos. Tenía, pues, una petición: Por favor, escuchad una vez más...

EL TEMOR DE LLEGAR A ROMA

El objetivo de la llegada de Pedro a Roma había sido dar testimonio de la verdad sobre Dios y sobre la humanidad. Quizá el pescador de Galilea no quisiera venir. Quizá hubiera preferido quedarse a orillas del lago de Genesareth, con su barca y sus redes.

Pero, como era obediente, había venido y se había quedado hasta el martirio, plenitud del testimonio cristiano. Ahora había llegado a la ciudad un nuevo obispo de Roma. Quizá él también hubiera preferido quedarse en otro lugar, pero ha venido a Roma lleno de temor, consciente de su poca valía, para dar el testimonio que se le pide.

Ha venido a la ciudad de Pedro dispuesto a entregar su vida al servicio de la verdad, la de que los seres humanos, redimidos en Cristo, son mucho más grandes de lo que suponen.

EL PODER DE LA IGLESIA ES EL TESTIMONIO DEL EVANGELIO

El nuevo obispo de Roma no va a ser coronado con la tiara papal, símbolo del poder temporal del Papa. En el momento actual, después del Concilio Vaticano II, la Iglesia no es una Iglesia de poder, sino de testimonio evangélico.

La tiara, no obstante, podía expresar algo más: la triple condición de Cristo como sacerdote, profeta y rey, condición que Él ha conferido a los integrantes de la Iglesia, Cuerpo de Cristo en el tiempo y la historia.

Esa es la función del papado, y la de toda autoridad en el seno de la Iglesia: servir, servir con el único objetivo de garantizar que todo el Pueblo de Dios comparta la triple misión de Cristo, y permanezca siempre bajo el poder del Señor.

El misterio de la cruz y la resurrección es el único poder que posee la Iglesia, el único que debe perseguir: el poder absoluto, y al mismo tiempo dulce y suave, del Señor, que responde a las profundidades de la persona humana, a sus aspiraciones de la mente, del corazón y de la voluntad.

El lenguaje de la verdad, no el de la fuerza. Y Juan Pablo oró así: "Cristo, haz que me convierta en siervo de tu poder, y que siga siéndolo; siervo de ese poder para el que nunca atardece. Conviérteme en siervo; en siervo de tus siervos".

HE ROGADO POR TI

Cristo había rogado por Pedro: "He rogado por tí para que tu fe no desfallezca. Cuando te conviertas, confirma a tus hermanos" (Lc 22,33).

Hoy –dice Navarro-Valls- no se contempla al Papa como un gran administrador de la Iglesia, sino como el primero de sus apóstoles.

No quiere cargar al hombre con responsabilidades morales que no entiende, sino ayudarle a entender que la asunción de las responsabilidades morales al actuar es el único modo para llegar a ser lo que se es, es decir, persona humana.

CUESTION DE FE

Hay una parte de cristianos, incluso entre católicos que o no leyeron estas palabras solemnes de Cristo o las leyeron con superficialidad y desde luego con fe enfermiza, y ofrezco un botón de muestra que hemos podido leer en un rotativo prestigioso nacional: “Con la humildad de un médico católico jubilado, y por la tristeza que me han causado las afirmaciones vertidas por Hans Küng en una entrevista publicada, me atrevo a rebatirlas. Afirma que es necesario volver a abrir las puertas y ventanas de la Iglesia porque el aire es irrespirable.

Creo sinceramente que desde que Karol Wojtyla pronunciara en la bendición Urbi et Orbi “no tengáis miedo”, las puertas y ventanas de la Iglesia han estado más abiertas de par en par.

Afirma que la salud de la Iglesia es mala, está en crisis, pierde más y más fieles, las mujeres y los niños se alejan cada vez más.

Yo habría deseado que H. Küng hubiera presenciado el encuentro del Papa con los jóvenes en Cuatro Vientos o la Misa de canonización en la plaza de Colón de Madrid para que palpara el resurgir de la salud de la Iglesia.

Las afirmaciones de que Jesús no estaría a favor de las posiciones actuales de la Iglesia, que si hubiera un voto público..., que “yo soy miembro de la oposición legal a Su Santidad” y que desearía que la Iglesia estuviera más abierta a los deseos y esperanzas de la gente de hoy, revela su deseo de suprimir la jerarquía, transformando a la Iglesia en una democracia más, lo que supondría ir contra el mismo comienzo de la Iglesia, fundada por Jesucristo: “Tú eres Pedro...”.

Finalmente, creo que las palabras de monseñor Rouco Varela “lo hemos visto perdonar y pedir perdón; proclamar la verdad a todos los vientos y sufrir en silencio las incomprendiones que conlleva el ejercicio del supremo ministerio”, hacen pensar que si Hans Küng, en un acto de humildad, bajara de su pedestal y olvidara su dolor por haber sido sancionado por la Santa Sede tras cuestionar la infalibilidad papal, no tendría que esperar una “cierta rehabilitación en el próximo papado” sino en éste, pues a pesar de la agonía que Küng achaca al Papa, estoy seguro de que podría más su generosidad”. Juan V. Bosch de la Peña. El Escorial (Madrid).

LA ORACION Y EL MANDATO DE CRISTO

He rogado por ti para que tu fe no desfallezca. Pedro aún no le había negado. Pedro pecó. Fue un triple pecado de apostasía.

Terrible, pero previsto por Cristo que le había también prometido la conversión: “Cuando te conviertas”. Y el mandato de Cristo: Confirma en la fe a tus hermanos. ¿Alguien se atreve a confirmar en la fe al Papa, que tiene el mandato y la asistencia de Cristo de confirmar a todos en la fe, incluso al atrevido convertidor?

Ni siquiera en la Edad de Hierro del siglo X, punto bajo de la civilización cuando Roma y el Papado eran moralmente poco ejemplares y cuando durante el Renacimiento con la sociedad paganizada algunos Papas en su conducta moral pagaron tributo a las costumbres de la época, aunque también exagerados sus deslices y muy calumniados, tuvieron descalabros en la fe.

En el papado se suceden una serie de grandes pontífices, algunos, ambiciosos políticos, aunque muy cultos, desde Nicolás V a Pablo III. Nicolás V fue el fundador de la Biblioteca Vaticana. Pío II era un humanista que continuó la tarea iniciada por Nicolás V, de reconstruir y fortalecer Roma. Su pontificado se critica porque se preocupó de engrandecer a su familia, pero tuvo la grandeza de terminar la Bula “Excecrabilis” en la que retracta de sus propios errores de joven, escribiendo “Rechazad a Eneas, Se llamaba Eneas Silvio Piccolomini, aceptad a Pío”.

Continuaron siguiendo los pasos de los pontífices poco ejemplares otros papas renacentistas, como Sixto IV, Alejandro VI de la familia de los Borgia, padre de César y Lucrecia Borgia y los papas Médici: León X y Clemente VII.

Si Sixto IV trajo a Roma los más notables artistas de Italia: Boticelli, Perugino, Ghirlandaio, Signorelli, Pinturicchio e hizo florecer la cultura y las artes, en contrapartida, acentuó la relajación moral y política, que dio ocasión a las grandes crisis religiosas del siglo XVI y a las diversas invasiones de Roma, culminadas con su saqueo, pero no fallaron en la fe.

Pero, a pesar de eso, en estos lamentables tiempos brilló el majestuoso ejemplo de San Ignacio prometiendo al Papa Paulo III en 1513, obediencia con su célebre y heroico cuarto voto, que ofrece un testimonio excelso de fe, a ser meditado hoy por todos los católicos.

Había de ser un hijo de San Ignacio como el teólogo Rahner quien escribiera en nuestro tiempo esta lapidaria frase: Prefiero ser grano de trigo dentro de la Iglesia que árbol frondoso fuera de ella. Es verdad que el sucesor de Pedro es infalible en la fe, pero no en el gobierno, pero ¿quién duda de que la gracia de estado y la luz y el poder del Espíritu Santo ofrece unas garantías de que los

demás carecen, aparte de que desde el vértice de la cumbre se ve con más claridad el horizonte?

ES PREMATURO ADELANTAR LA VALORACION DE LA HISTORIA

Cuando los historiadores intenten una valoración del pontificado de Juan Pablo II, se verá cuál ha sido su gran proyecto.

En definitiva, por un lado la recuperación fuerte de la especificidad católica, desde los grandes dogmas hasta las devociones de la religiosidad popular. Y por otro lado, la máxima apertura a los otros, sean quienes sean: desde las diversas confesiones y religiones, hasta las ideologías más laicas. Ha hecho un gran esfuerzo, no sólo para mantener unidas las dos "almas" de la Iglesia, sino también para superar las antinomias, para alcanzar una nueva síntesis católica que interactúe con la cultura exterior.

Y para devolver los dos pulmones a Europa, el Este y el Oeste, con San Benito, ha hecho Patrón de Europa a los dos Santos eslavos, Cirilo y Metodio.

Y a una judía convertida, carmelita, filósofa y canonizada por él, compatrona de Europa.

Este proyecto habría sido impensable sin aquel Concilio en el que aquel joven obispo fue uno de los autores decisivos de la síntesis del Vaticano II, la "Gaudium et Spes".

Ha conseguido clarificar la fe en la Iglesia, abrirse a mundos lejanos, América, India, el Pacífico; entrar en mundos cerrados, Cuba, el Islam, el judaísmo; establecer el diálogo con comunidades enfrentadas con Roma, como Rusia; la vuelta a los orígenes del monoteísmo en Occidente con la peregrinación al Sinaí; los encuentros de todas las religiones en Asís.

Amigo de las nacionalidades a la vez que acusador de todos los nacionalismos y terrorismos.

Se ha alejado de Roma, viaje tras viaje, queriendo ver el mundo con sus propios ojos, llegar hasta las tribus más alejadas, devolviendo con sus palabras y presencia la dignidad a todas las minorías.

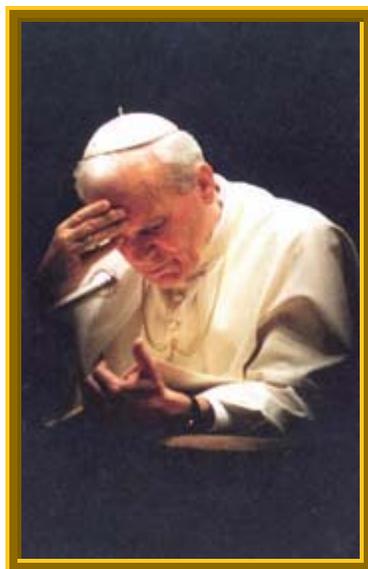
Ha sido ciudadano del mundo y no prisionero del Vaticano, hasta el punto de que la chispa humorística romana extendía este chiste: "¿En que se diferencia Dios de Juan Pablo II? – En que Dios está en todas partes y Juan Pablo ya estuvo" y le han llamado "Juan Pablo II extramuros".

ACTIVIDAD ASOMBROSA

Largo recorrido en viajes. Más de un millón de kilómetros, más de ocho vueltas al mundo y tres viajes y medio a la Luna. 14 Encíclicas escritas. 201 Cardenales nombrados. 1297 Beatos en los altares. 465 Santos. 102 viajes fuera de Italia 132 países visitados. 6066 Ciudades visitadas.

Ha escrito más de 100 documentos entre encíclicas, exhortaciones, constituciones, cartas apostólicas, etc. En total 50 tomos con 80.000 páginas. Entre ellas se encuentran piedras angulares para las próximas décadas como el Catecismo de la Iglesia Católica o el Código de Derecho Canónico.

Ha convocado 9 consistorios, 15 sínodos. Ha presidido más de 1000 audiencias generales a peregrinos en el Vaticano con la participación de más de 16 millones de fieles. Ha realizado 138 visitas pastorales a Italia y a más de 730 parroquias o instituciones de la ciudad de Roma. Y se ha entrevistado con innumerables políticos, diplomático y líderes religiosos.



CAPÍTULO 8: EL PAPA INTELECTUAL

Un mundo de pensamiento débil atiende más a lo más superficial y poco a lo subliminal o, mejor, a las raíces.

Aunque la gente sencilla ama al Papa por su entrega generosa, los más dedicados a las letras pero poco sencillos y más bien creídos y con su tufillo de pedantes, miran más la superficie y las hojas del árbol que la raíz.

No olvidemos que vivimos en la era de las apariencias. La de los pavos de plástico, los blindados alquilados o los carros de combate de latón; la de los olivares artificiales y de pega, la de inauguración de hospitales vacíos con enfermos figurantes en las listas de espera o la falsificación de algún atentado para conseguir popularidad; la de las palabras falsas, sonrisas falsas, fotografías falsas, todo por conveniencias materiales y trampas para los incautos.

Wojtyla es pan auténtico. Es un verdadero intelectual enormemente inteligente. Sus compañeros de estudios le calificaban como el hombre todo cabeza y todo corazón. Por serlo ha dado una importancia predominante a la cultura.

Sabe que está en la raíz del progreso integral. Sabe que “mens agitat molem”. Que la idea mueve la masa. Lo sabe ver en los frutos de las filosofías nihilistas y descarriadas del siglo XX, que han cosechado nazismos y estalinismos.

Es un intelectual de verdad. Llegó al sacerdocio desde la universidad y ya sacerdote se doctoró en Teología en el Angelicum de Roma.

TESTIMONIO DEL CARDENAL HENRI DE LUBAC

Le conocí por primera vez en el Concilio. Me atrevo a decir que me di cuenta enseguida de que reaccionábamos con una sensibilidad idéntica a los problemas que se planteaban.

Yo era experto de la Comisión teológica y además de la consonancia con él, y me impresionaron mucho las intervenciones de Wojtyla. Su superioridad, y su apertura de espíritu eran evidentes.

Tuve la oportunidad de escuchar a obispos de gran valor, pero con Monseñor Wojtyla advertía uno que las cosas quedaban situadas en un nivel excepcional.

Tuve una ocurrencia en el curso de una conversación entre amigos, durante un paseo. Dije más o menos: “Esperemos que la Providencia nos conserve por largo tiempo a Pablo VI; pero el día que tengamos necesidad de un nuevo Papa yo tengo ya mi candidato: es Wojtyla. ¡Lástima que esto no pueda ser! No tiene ninguna posibilidad”.

Pensaba en el telón de acero, en las complicaciones diplomáticas, etc. Ya ve que no hubo profecía, más bien lo contrario; un deseo mezclado ya con una pena. Me equivoqué.

EL PENSAMIENTO FUERTE FRENTE AL DÉBIL

Wojtyla, dando suma importancia desde siempre al pensamiento fuerte de la cultura, lo intentó hacer de joven en el grupo dramático de su Cracovia para fundamentar y mantener los valores de la Patria, es lógico que lo quisiera hacer al ocupar la sede de Roma, como Cabeza de la Iglesia.

Pero, aún siendo teólogo y doctor en teología, su campo principal ha sido la filosofía. Fue catedrático de Ética en la Universidad Jagellonica de Cracovia. El filósofo buscó un teólogo y lo encontró en Ratzinger, a quien Pablo VI había sacado de Universidad para hacerlo Obispo y Cardenal.

Ratzinger, era unos años más joven que Wojtyla, había nacido 1927 en un pueblo de Baviera. Sus estudios teológicos los hizo en una época de gran ebullición en los círculos católicos alemanes. E

scribió la tesis doctoral sobre san Buenaventura, trabajo durante un año en una parroquia y pasó a ser uno de los profesores de teología más jóvenes y populares de Alemania, y consejero del cardenal Frings de Colonia, destacado reformista en Vaticano II.

Ratzinger ayudó al cardenal a redactar las intervenciones que fueron determinantes en la primera sesión en 1962. Durante la última fase del Concilio

empezó a temer que algunas ideas sobre la acción de la Iglesia en el mundo moderno estuvieran apartándose de la Constitución dogmática sobre la Iglesia.

De regreso a Alemania, y a su tarea docente en la Universidad de Tubinga, creció su preocupación por la orientación radical que estaban tomando muchas teologías alemanas después del Concilio, especialmente en sus escarceos con el marxismo.

LA REVISTA CONCILIUM Y SU ANTAGONISTA COMMUNIO

Cuando sus colegas intelectuales del Concilio, con los que había colaborado en la creación de la revista teológica internacional Concilium, se negarse a oponerse a esas tendencias, Ratzinger y un grupo de teólogos influyentes del Vaticano II, entre ellos Von Baltasar y Henri de Lubac, jesuíta, amigo de Wojtyla, lanzaron otra revista, Communio, para promover una interpretación más auténtica del Concilio.

La escisión entre Communio fue algo más que una disyuntiva intelectual. Dejó amistades en el camino, y las polémicas a que dio lugar convirtieron a Ratzinger blanco del desdén de “odio teológico” de los antiguos amigos.

Entre polémica y polémica escribió una Introducción al cristianismo basada en sus cursos de Tubinga de 1967, obra absolutamente contemporánea en su uso de fuentes bíblicas, filosóficas y teológicas.

A pesar de que Concilium y Communio divergieran considerablemente en su interpretación del Vaticano II, ambos grupos se consideraban sus herederos, y los dos se oponían claramente a anticonciliares como el arzobispo Lefebvre.

Pablo VI lo apartó de su cátedra universitaria, para nombrarlo arzobispo de Múnich y posteriormente Cardenal.

AMISTAD DE WOJTYLA CON RATZINGER

Ratzinger tuvo su primer contacto personal con Wojtyla en los cónclaves de 1978 y se intercambiaron libros.

Poco después de su elección, Juan Pablo II, que quería a Ratzinger como prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, dijo a Ratzinger: “Tendremos que traerte a Roma.” Ratzinger contestó que era imposible, por el poco tiempo que llevaba en Múnich. “Tendrá que darme un poco de tiempo”, pidió al Papa.

Juan Pablo reiteró su petición, y Ratzinger no pudo resistirse por segunda vez. Durante más de una década y media, Ratzinger apareció en caricaturas que lo presentaban como el fiero panzerkardinal, heredero de los inquisidores, o como un adusto alemán a malas con la modernidad. En 1997, cuando un libro-

entrevista reflejó su atractiva personalidad, se dijo que el cardenal había cambiado, lo cual no era cierto.

LA TEOLOGIA

El nombramiento de Ratzinger demostraba que el Papa se tomaba muy en serio la teología, y a los teólogos. Las contribuciones de Ratzinger a la teología, y su conocimiento enciclopédico de la tradición teológica occidental, le habían granjeado fama de excelente teólogo en todos los sectores, tanto favorables a él como críticos.

Designando prefecto de la Congregación de la Fe a un hombre de su talla intelectual, y no a un veterano de la curia, el Papa mostraba su empeño por patrocinar una verdadera renovación de la teología siguiendo las ideas del Concilio.

El nombramiento de Ratzinger también era señal de que el Papa quería que la Congregación mantuviera una relación de índole contemporánea con la comunidad teológica internacional.

Por eso no designó a un medievalista, ni a un experto en patrística. Nombró a un teólogo que había mantenido una vinculación tan profunda como crítica con la filosofía contemporánea y la teología ecuménica.

El Papa respetaba el tomismo y a los tomistas, pero rompió con la tradición nombrando prefecto de la Congregación de la Fe a un no tomista, clara señal de que creía en la existencia de una pluralidad legítima de métodos teológicos en que esa pluralidad debía tenerse en cuenta en la formulación enseñanzas autorizadas.

DOS COLOSOS

La asociación de los dos personajes era interesante. El Papa era filósofo, el prefecto, teólogo. Juan Pablo era polaco, y Ratzinger alemán. Karol había contado entre los arquitectos intelectuales de la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno.

Una década después del Concilio Ratzinger no había escatimado críticas punzantes a la interpretación que recibía el documento.

A lo largo de su pontificado, Juan Pablo haría frecuentes comentarios sobre el siglo XXI como posible primavera del evangelio, después del invierno del siglo XX. Durante el mismo período, el cardenal Ratzinger profundizaría en la visión de una Iglesia del futuro menor y más pura, una Iglesia que, sin volver a las catacumbas perdiera su antiguo estatus de fuerza dominante en la cultura occidental.

El creía que Occidente y su humanismo habían iniciado un declive cultural irreversible. El papa, a su vez, consideraba factible una revitalización del humanismo.

DOS TALANTES DIFERENTES

En Wojtyla, carismático y pastoral, Ratzinger reconoció junto a su pasión por el hombre, la capacidad de desvelar la dimensión espiritual de la historia, dos rasgos que convertían a la proclamación del evangelio por la Iglesia en poderosa alternativa a los falsos humanismos de su tiempo.

En el docto Ratzinger, más tímido, Wojtyla reconocía a un contemporáneo que lo superaba en dominio de la teología. Juntos formaban un tándem intelectual formidable.

Cada semana tenían un encuentro semanal, en el que el cardenal a solas con el Papa, repasaba la labor de la congregación.

Los martes, antes y durante el almuerzo, solían reunirse para estudiar los análisis intelectuales más profundos, casi siempre en compañía de otras personas, especialmente cuando había que estudiar alguna encíclica o algún otro documento del Pontífice nuevo, como una cuestión de bioética, la situación ecuménica, las diversas teologías de la liberación o los temas de los discursos de las audiencias semanales.

En esas conversaciones, tan características de su pontificado, Juan Pablo, de quien dice Ratzinger que le gusta tener un trabajo sostenido- dentro de una agenda de trabajo fragmentada, fue depurando las posteriores catequesis de la teología del cuerpo, y su catequesis de seis años sobre el Credo.

Quiero terminar este capítulo reproduciendo unos párrafos del diálogo entre Angel Scola, profesor de la Universidad de Letrán, y el Cardenal De Lubac, ya fallecido que se publicó en la revista italiana 30 Giorni y reprodujo en un libro la BAC:

Angel Scola pregunta al Cardenal Henri de Lubac:

--Quisiera preguntarle por el modo con que el cardenal Ratzinger gobierna la Congregación para la doctrina de la fe.

Dicta libros, convoca a los periodistas, celebra conferencias de prensa, habla ante la televisión, aparece frecuentemente en la primera página de los periódicos, y es el centro de encendidas polémicas.

-- ¿Qué lazo de unión hay entre este modo de gobernar y el modo tradicional, que se hundía en el misterio?

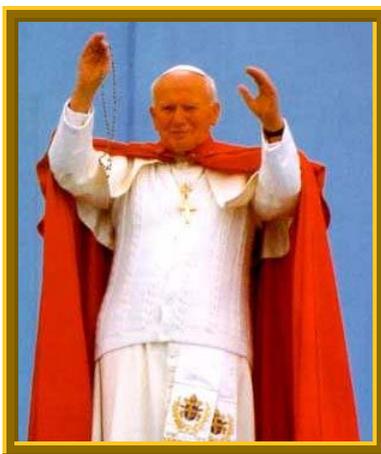
Todo lo que acaba usted de enumerar –responde De Lubac - no son precisamente actos de gobierno. Pero me parece muy positivo que la persona que ejerce ese puesto rompa con algunos hábitos de silencio, que se les reprochaban a sus antecesores.

El Doctor Ratzinger es profesionalmente un excelente teólogo. Los mejores doctorandos acudían a la Facultad de Regensburg (Ratisbona) para ponerse bajo su dirección. No tiene miedo de abordar públicamente ni los temas fundamentales, ni los problemas de actualidad, y siempre con cariño, sencillez, mesura, gran respeto a las personas, y con una sonrisa.

Sin embargo, su primera preocupación no es la de agradar; no elude su deber, aunque a veces resulte ingrato.

Tiene muy presente la distinción que se da en su persona entre el teólogo privado y el jefe de la Congregación; tampoco olvida que uno de los fines esenciales de su propia Congregación es el de promover de manera positiva el estudio de la doctrina y aprovecha las ocasiones para cumplir personalmente esa función.

Si se encuentra algunas veces en el centro de algunas polémicas, ciertamente no es por su gusto. La campaña difamatoria que observo, desencadenada contra él, es una impostura o, al menos en algún que otro caso, una deplorable ligereza.



CAPÍTULO 9: EL PROFESOR WOJTYLA

Un día de otoño de 1955 un sacerdote que rondaba los treinta y cinco años, entró en el seminario de Cracovia con un gorro de piel en la cabeza y un abrigo verde oscuro gastado sobre la sotana raída, para dar su clase de ética social católica.

Se quitó el abrigo y empezó a caminar de un lado a otro del estrado, desenmarañando una madeja de argumentos entretrejididos en la teología y la vida ordinaria. No se cansaba de considerar un asunto particular, primero desde un ángulo, después desde otro, tratando de captar la cuestión con rigurosa exactitud.

A veces se interrumpía, hacía una pausa y observaba a sus seminaristas de Cracovia, Czestochowa y Silesia, para asegurarse de que le estaban siguiendo. Los tenía totalmente absortos. No sólo vestía como ningún otro en la facultad, sino que nadie enseñaba como él. No hacía una mera transmisión de información. Hacía una exploración intelectual.

En las clases de repaso, que él llamaba “coloquios”, solía instar a los alumnos a hablar libremente sobre lo que habían escuchado. Un alumno, Romuald Waldera, de veintidós años, empezó a echar un rapapolvo al profesor.

Acababa de llegar al seminario de la Facultad de Derecho de la Universidad Jagelloniana, y venía con la cabeza llena de las ideas que le había inculcado la propaganda de los teóricos marxistas. Atacó las ideas del profesor y las enseñanzas sociales de la Iglesia con tal vehemencia que varios compañeros, consternados, empezaron a susurrarle: Basta o te expulsarán.

El profesor continuó caminando de un lado a otro de la sala, con las manos en la espalda y la cabeza gacha.

Por fin, el joven se sentó. La clase se llenó de un denso silencio. El padre Wojtyla interrumpió sus paseos, permaneció en pie en el centro del estrado y dejó estupefactos a todos los alumnos, empezando por Waldera: “Caballeros, atiendan, por favor. Lo que su compañero acaba de decir evidencia que está empezando a pensar en términos teológicos”.

A continuación se dedicó a analizar cada uno de los puntos expuesto por Waldera, sin alzar nunca la voz, respondiendo a cada una de las cuestiones planteadas. Otros alumnos se decidieron a participar, sobre el Estado de Polonia y sobre Dios.

El profesor caminaba de arriba abajo, escuchando. Tras cada estallido, sugería con calma un modo católico de pensar en aquellos problemas. Al final de la clase, el padre Wojtyla invitó a Waldera al salón del seminario para conversar.

Había intuido la inquietud de aquel joven, y quería ayudarle. 25 años después, Romualdo Waldera recordaría la amabilidad de su profesor y se propuso imitarle siempre que, como sacerdote, tuviera que lidiar con los revolucionarios exaltados.

EL PROFESOR HABLA A LOS PROFESORES

Juan Pablo II llega a Salamanca. Es posible que recordara aquella llegada a su Universidad de Jagellonica en Cracovia y rememorara la escena anterior. Esta vez, también es otoño. El otoño trae a Salamanca su luz más tibia y su belleza más serena.

El Tormes recobra su cauce lento y sobre las piedras de las calles se oyen de nuevo los pasos de sus estudiantes, camino de las aulas, donde descubrirán las fórmulas e ideas, ensueños y pasiones.

El otoño convida a los estudios, según reza Fray Luis: “Recoge ya en el seno / el campo su hermosura; / el cielo aoja con luz triste el ameno / verdor y hoja a hoja / las cimas de los árboles despoja.” Su llegada a Salamanca le recordaría a Juan Pablo, su entrada en la Universidad de Cracovia con ilusión de joven poeta tras la palabra viva, el ritmo de los hombres y la historia de su pueblo, palabra que se hace llama y llanto.

Por esta Salamanca de los poetas y de los humanistas, de los juristas y los místicos, le preguntaba al Rector de la Universidad Pontificia, Olegario González de Cardedal: “¿Se siente todavía aquí la presencia de Fray Luis de León, de Francisco de Vitoria y de de Soto? ¿Quedan huellas de san Juan de la Cruz y de aquel seglar santo, tan buen teólogo como escritor, Mejo Venegas? ¿Por qué fueron allí tan buenos amigos teólogos y poetas”?

LA SANTIDAD AÑORADA POR NEBRIJA

Escribía Nebrija a un amigo: “Este poeta, noble por la sangre, por la inspiración y por las letras, ha sabido bellísimamente hermanar la poesía con la teología, interpretando fielmente el sentido de las Escrituras y mostrándose en todo momento verdadero teólogo y poeta consumado”.

¿Pensaba Juan Pablo en el Comentario a Job de Fray Luis de León, o en la “noticia y lumbre y divina” del Cántico de San Juan de la Cruz, poseedores los dos de la “teología escolástica, con la que se entienden las verdades divinas”, acompañada de “la teología mística, que se sabe por amor, en que no solamente se saben, más juntamente se gustan” (Cántico, prol. 3)?

En aquél entonces Villalón fustigaba a los teólogos: “Si nos comparamos con los teólogos de antes, dados a lectura de la Sagrada Escritura, ¿qué diremos de los de este tiempo?

Aquellos eran verdaderos teólogos, porque se adornaban de un amor de Dios y de un temor de su majestad, con el cual alcanzaban el verdadero saber y dispuestos en santidad fácilmente eran alumbrados para escudriñar los secretos de la Sagrada Escritura... Mas los teólogos de ahora, oh Dios inmortal, que no lo puedo decir sin lágrima....”

Además de la falta de santidad añade: no estar versados en las ciencias humanas y experimentales. Sobre la medicina dicen que ha menester la experiencia; no hay facultad que juntamente con las letras no la tenga necesidad y más la teología. Sólo quien mira con amor generoso y conocimiento exacto hacia las tareas presentes hereda el pasado glorioso.

Juan Pablo II hizo el supremo honor a los teólogos españoles, recordándoles aquellos nombres de antaño: Fray Luis de León, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Bartolomé de Carranza, Juan de Maldonado, mientras les señalaba la misión que ellos tienen hogaño. El papel en la evangelización de tantos países, por la riqueza de sus místicos y la creatividad de sus intelectuales.

El derecho de gentes se fraguó en Salamanca, siglos antes de la Revolución francesa y de la Ilustración. El Papa lo conoce bien porque es un universitario muy culto y el gran impulsor de la antropología cristiana. Nunca se había dicho entre nosotros con tal claridad que dedicarse a la teología es una bella misión, por más ardua y difícil que sea.

PLENITUD DE SABER DEL TEOLOGO

Hay que conocer amorosa y rigurosamente la revelación de Dios, amorosa y rigurosamente la historia, amorosa y rigurosamente nuestra situación cultural, amorosa y rigurosamente las pasiones y esperanzas, tanto individuales como colectivas, que conmueven al alma humana.

Para ser teólogo hay que haber reposado sobre el pecho del Señor y ser capaces de auscultar el latido del corazón de los hombres, como escribió Evagrio: “El pecho del Señor Jesús, contiene la sabiduría de Dios; el que se recostase sobre él será teólogo”.

Y luego, desde ese pecho y desde esos latidos, conjugados, hay que hablar teológicamente de Dios, del Dios trinitario, manifestado en el Hijo Unigénito; hablar cristológicamente de Jesús; hablar religiosa y cristianamente del hombre en su dignidad inviolable, en su situación, en su dimensión ética y en su quehacer histórico.

Nunca se había oído en España con tal explicitud, comenta Cardedal, que sólo en fidelidad y creatividad simultáneas se puede cumplir tal misión; que ella exige una dedicación entera de la vida; que para llevarla a cabo hay que estar enraizados en la comunión eclesial, celebrativa y predicadora y no menos estar enraizado en la tierra de los hombres para compartir y compadecer sus pasiones y percibir todo el aliento de sus creaciones.

“La fe es la raíz vital y permanente de la teología, que brota precisamente del preguntar y buscar intrínsecos a la misma fe”.

Toda búsqueda e interrogación hechas con amor y limpieza de alma orientan hacia la fe, confiada adhesión y de consentimiento humilde al misterio. La teología aparece así como el punto de convergencia de dos grandes búsquedas: por un lado, la de la fe que marcha apasionada hacia la comprensión del Dios revelado y de toda realidad desde Él, y por otro, la de la inteligencia humana, que inquiere sentido para la totalidad, razón para la existencia, esperanza y comunión para la vida humana.

Job, Prometeo y Sócrates son así, compañeros de viaje del teólogo. Estar entre estos dos fuegos es la vocación del teólogo. Y el fuego puede alumbrar y puede quemar; puede calentar o puede transformar en cenizas.

Sólo los ingenuos o los violentos piden demasiado al teólogo. Él ofrece lo que tiene; es pobre y pecador, como todos, y en comunión con todos los miembros de la Iglesia tiende a comprender la anchura y profundidad del misterio de Dios, para poder ser el hontanar de la vida para sus hermanos.

SED CREATIVOS

“Queridísimos profesores: Sabed que el Papa, que ha sido también hombre de estudio y de universidad, comprende las dificultades y las exigencias enormes de vuestro trabajo. Es una tarea callada y abnegada, que os pide la dedicación plena a la investigación y a la enseñanza.

Porque la enseñanza sin la investigación corre el peligro de caer en la rutina de la repetición. Sabed ser creativos cada día, para lo cual tenéis que estar en vanguardia de las cuestiones actuales mediante una lectura asidua de las publicaciones de la más alta calidad y el duro esfuerzo de la reflexión personal.

Haced teología con el rigor del pensamiento y con la actitud de un corazón apasionado por Cristo, por su Iglesia y por el bien de la humanidad. Sed tenaces y constantes en la maduración continua de vuestras ideas y en la exactitud de vuestro lenguaje.

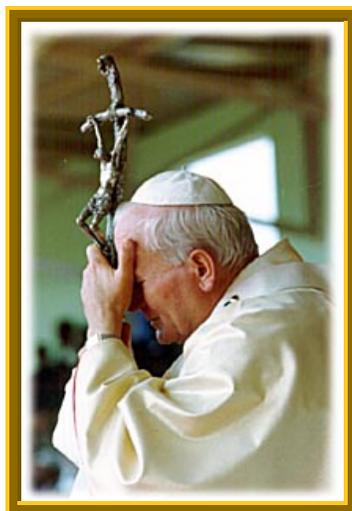
Quisiera que no olvidaseis estas palabras: vuestra misión en la Iglesia es tan ardua como importante. Vale la pena dedicarle la vida entera. La enseñanza sin la investigación corre el peligro de rutina, tenéis que estar en vanguardia, lectura asidua de las publicaciones de la más alta calidad. Con esta consigna definía su propia personalidad.

Juan Pablo quería conocer la universidad salmantina. Quería ver la luz y las piedras, el cielo y el aire de la ciudad en que el místico de Fontiveros aprendió aquella teología, que llama “silbo de la inteligencia sustancial”, “toque de Dios”, “divino silbo que entra por el oído del alma” (Cántico14, 14).

¿Qué sería del papa y los teólogos, sin los místicos, a quienes el Espíritu les da “sustancia entendida y desnuda de accidentes y fantasmas”? (Cántico 14,14). Gracias a ellos perduran vivos el conocimiento y la experiencia del Dios viviente en el mundo.

Juan Pablo II ha hecho el supremo honor a los teólogos españoles y de manera especial a los teólogos salmantinos, al recordarles aquellos nombres de antaño: Fray Luis de León, Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Bartolomé de Carranza, Juan de Maldonado..., mientras les señalaba la misión que ellos tienen hoy.

Nunca-afirma Olegario de Cardedal- se había dicho entre nosotros con tal claridad que dedicarse a la teología es una bella misión, por más ardua y difícil que sea. Porque hay que conocer amorosa y rigurosamente la revelación de Dios, amorosa y rigurosamente la historia, amorosa y rigurosamente nuestra situación cultural, amorosa y rigurosamente las pasiones y esperanzas, tanto individuales como colectivas, que conmueven al alma humana.



CAPÍTULO 10: LA PREOCUPACIÓN POR TODAS LAS IGLESIAS

A punto de emprender una Visita Pastoral a Asia, treinta y cuatro mil kilómetros, Juan Pablo II hizo se enfrentó al nombramiento episcopal más comprometido y audaz de su pontificado, el del Arzobispo de París. Es un nombramiento que muestra la talla del Pontífice.

Situaciones como ésta ponen de relieve su profundidad, su clarividencia, su fe de raíz y su grandeza, que nos permite admirar las maravillas que Dios puede hacer a través de un hombre de tal envergadura. Cuanto más bravo un toro en la plaza, mejor pone de relieve la casta y el fuste del torero.

Poco se ha hablado de esta decisión de Wojtyła en las muchas biografías del Papa, pero señala no sólo el calado de la elección del Arzobispo de París, sino el hondo significado del deseo de la unión con el pueblo judío, que él identifica como el pueblo de nuestros hermanos mayores y la capacidad de Juan Pablo de no sólo de no rehuir los desafíos sino de provocarlos y hacerles frente.

Su historia personal le había preparado para cimentar su posición: aparte de su pasión por la libertad y el respeto de la dignidad humana, refuerzan esta convicción el impacto producido por lo que vio en su niñez y juventud y lo que sufrió ante la hecatombe apocalíptica de aquellos que desde su niñez habían sido sus amigos polacos en el gheto de Cracovia.

Su persecución, malos tratos, asesinatos, pesquisas de la GESTAPO como de acoso de fieras, el humo homicida y el nauseabundo hedor que llegaba desde el campo de Auschwitz a la ciudad, que llenaron sus noches jóvenes de estudiante clandestino y le dejaron una huella profunda e indeleble.

LA IGLESIA FRANCESA

En Francia, como en España, se constatan dos Francias: “Españolito que vienes al mundo, te proteja Dios / Una de las dos Españas te partirá el corazón”, cantó Machado.

La Francia de tradición clerical y conservadora, y la Francia republicana, progresista y laica. Aparte de que entre 1901 y 1905, las leyes afectaron a la Iglesia en su estructura interna, y aunque la política del gobierno defendió la república frente a los peligros del nacionalismo y del antisemitismo, existía una gran división entre progresistas e integristas.

Algunos católicos apostaban por el liberalismo doctrinario, hijo del protestantismo, otros reaccionaban apelando al Ancien Regime, el tradicionalismo. Los que peor lo pasaban y tenían que sufrir eran los de centro.

Eran catalogados como cristianos inmaduros por los liberales y como tibios por los tradicionalistas. Quienes creen en el carácter sobrenatural de la Iglesia saben que la barca no se hundirá, pero no saben cuánto tardarán en sacar el agua que inunda la nave.

UN OBISPO FRANCES, JUDIO, POLACO

Había nacido en París. Era hijo de padres judíos polacos emigrantes. Su madre fue deportada de Francia a Auschwitz, donde murió en 1943. El joven Aron no había recibido educación ni judía ni cristiana.

Un día, de camino al Instituto, entró en la catedral de Orleans. Era Jueves Santo. Se detuvo ante el monumento y quedó extrañado ante el montón de flores y la profusión de las luminarias. Permaneció mucho rato absorto. No sabía qué significaba todo aquello, ni qué fiesta se celebraba, ni lo que hacía aquella gente allí en silencio. Marchó a su casa sin decir nada a nadie.

Al día siguiente volvió a la catedral. Quería volver a ver aquel lugar. La iglesia estaba vacía. Espiritualmente vacía también. Lo cuenta él: “Sufrí la prueba de aquel vacío, sin saber que era Viernes Santo. En aquel momento fue cuando pensé: quiero que me bauticen”. Era una elección clara. Ni un asomo de proselitismo, que hubiera rechazado la gran personalidad de este adolescente. Una clara llamada de Dios. Una predilección. Un misterio.

Se dirigió al obispo de Orleans, un oratoriano muy culto que le instruyó en la doctrina cristiana, y le aconsejó que pidiera permiso a sus padres. “Hablé con mis padres, fue una escena muy dolorosa, totalmente insoportable. Los dos se negaron a darme el permiso. Les dije que mi decisión no implicaba tener que abandonar la condición judía, sino, por el contrario profundizar en ella, desarrollarla y darle plenitud. Yo no tenía en absoluto sensación de traicionar, ni

de esconderme, ni de abandonar, sino, por el contrario, de haber descubierto el alcance de lo que había recibido al nacer.

Aquello les parecía incomprensible, absurdo e insoportable, era lo peor de todo, la peor desgracia que podía haberles sucedido. Y yo tenía conciencia muy aguda de que les causaba un dolor absolutamente inaguantable. Aquello me destrozaba pero sentía una necesidad interna. Tiene 14 años. Fue bautizado en agosto de 1940, con el nombre cristiano de Jean-Marie.

Su conversión costó al niño Aron Lustiger, la separación afectiva y real de su padre judío, que llegó a suprimirle los medios de subsistencia. Estudió literatura, filosofía y teología en la Sorbona, y fue ordenado sacerdote en 1954.

Durante 15 años fue capellán de estudiantes católicos y no creyentes inquietos en la misma universidad. En 1969 fue nombrado párroco de Santa Juana de Chantal en París, donde su trabajo con estudiantes y ancianos siguió llamando la atención, y atrayendo a muchos intelectuales a escuchar sus homilías.

UNA ENCUESTA DEL CARDENAL MARTY

En 1979 el cardenal Marty, Arzobispo de París, empezó a hacer consultas ante su jubilación, y pidió a los sacerdotes de la archidiócesis que enviaran memorándums sobre las cualidades que debía reunir el nuevo arzobispo. Un grupo de sacerdotes acudió a Lustiger y le dijeron: "Escribe lo que pensamos".

Antes de la Revolución la Iglesia francesa había sido una Iglesia de poder, aliada del orden político. En 1789, y después en el Terror, el catolicismo francés recibió el ataque más prematuro de la modernidad secular.

La Iglesia se dividió en restauracionistas con el extremismo de Action Française, el petainismo de la Segunda Guerra Mundial y el rechazo del Vaticano II del arzobispo Lefebvre y en los partidarios de pactar con el laicismo y la izquierda política, que engendró el marxismo cristiano. Divididos los católicos franceses, la Iglesia perdía su vigor evangélico.

La creatividad del análisis de Lustiger veía las dos posturas como dos variantes de la misma falsa opción: una Iglesia de poder, que la convertía en vulnerable al asalto de la modernidad laica.

Para Lustiger, la única opción que la Iglesia debía seguir era la evangélica. La Iglesia debía renunciar a sus pretensiones de poder, rechazar alianzas con fuerzas políticas y reevangelizar a Francia desde la cultura, sin mediación de la política.

Había que llevar directamente el Evangelio a los forjadores de la cultura francesa, a la inteligencia laica. Había que reconvertir a Francia desde arriba.

Programa coincidente con la primacía que proponía Juan Pablo II a la cultura en su concepto de la historia.

Aunque Wojtyla y Lustiger no se conocían, tenían un interlocutor intelectual común, Kalinowski, antiguo colega de Karol Wojtyla en la universidad de Lublin. Este, que daba clases en Francia, había propiciado que Lustiger y los responsables de Communio, conocieran la renovación en sus fuentes y otros escritos de Wojtyla.

Lustiger y los intelectuales franceses del círculo de Communio conocían bastante bien el punto de vista del cardenal Wojtyla sobre el catolicismo francés, que Wojtyla admiraba mucho pero era también muy crítico, como lo había expuesto con claridad en París.

OBISPO DE ORLEANS Y ARZOBISPO DE PARIS

El memorando de Lustiger dirigido al cardenal Marty llegó a Roma. Jean-Marie Lustiger fue nombrado obispo de Orleans. Juan Pablo daba muchas vueltas a una cuestión de las más importantes.

La necesidad de un nuevo liderazgo y un cambio de rumbo en el catolicismo francés era evidente. Pero Lustiger sólo hacía unos meses que había sido consagrado obispo y su nombramiento para Orleans no había sido bien recibido por algunos obispos por la biografía y la condición del nombrado y porque veían un desafío a la rutina.

¿Podía ser arzobispo de París un hijo de judíos polacos? Juan Pablo abordó el importante nombramiento de rodillas.

Por fin la decisión quedó clara. Lustiger Arzobispo de París. Lustiger quedó aterrado. Le pareció que el Papa corría un riesgo enorme, y que le pedía a él otro tanto.

Cuando su nombramiento como obispo de Orleáns, había escrito a Juan Pablo recordándole quiénes eran sus padres. Juan Pablo había llevado adelante el nombramiento de Orleáns, como ahora hacía con el nombramiento de París. El secretario del Papa Dziwisz, dijo tres veces a Lustiger: "Usted es el fruto de las oraciones del Papa". Lustiger respiró hondo.

Más tarde diría que de no ser por la certeza de que el nombramiento era el resultado de intensas oraciones en las que el Papa había hecho frente a los riesgos que correrían los dos, lo habría rechazado. Francia quedó estupefacta. Juan Pablo había hecho lo impensable.

Como se esperaba las críticas llegaron de los católicos y de los judíos por la elección de un converso que siempre había declarado que se consideraba hijo del pueblo judío. Su idea sobre el judaísmo y el cristianismo es diáfana y

culmina los planteamientos proféticos, especialmente de Isaías sobre el Siervo de Yahvé.

El pueblo de Israel es el desarrollo histórico del Siervo, culminado en la cruz por el Mesías Jesús que se prolonga por los siglos en la Iglesia de Jesús Mesías. Ni distorsión, ni separación, sino progreso y culminación en el sacrificio Redentor Universal.

Lustiger no se arredró. Inició una campaña sistemática entre el clero parisiense, que le ocupó sesenta y dos horas de reuniones, y emprendió la tarea de reevangelizar o evangelizar a Francia desde arriba, predicando cada sábado por la noche a intelectuales y estudiantes en la catedral de Nôtre-Dame y escribiendo una serie de libros de gran difusión.

LA CREACION DE CARDENALES

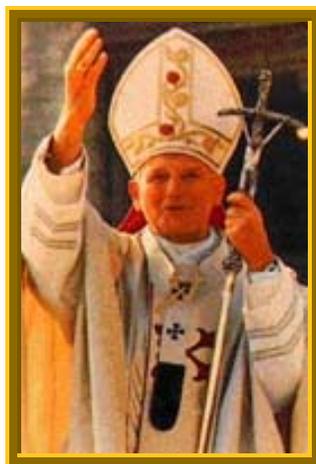
Ya sabemos como el Papa sabe apreciar a los teólogos, y no nos asombra que haya creado cardenal a De Lubac, signo de contradicción en su Compañía, que el día de la imposición del capelo por todo homenaje lo celebraron con unos refrescos.

Designa también cardenal a Von Balthasar, el suizo más genial en la teología del siglo XX, maestro y confundador con la mística Adriana Von Speir, y al sacerdote dominico Martin Cottier, teólogo de la Casa Pontificia. Natural de Ginebra, y el más cercano colaborador del Papa y protagonista del debate teológico desde el Concilio hasta hoy.

Lo mismo hizo con figuras como Henri de Lubac, Ives Congar o Avery Dulles. Esta atención es un gran estímulo para el mundo de la Teología. Una señal del respeto que el Papa tiene por los teólogos, pero también la indicación de un camino, pues considera y ha dicho que la vocación del teólogo es una vocación eclesial y que no se hace teología para uno mismo.

Estudioso de la Filosofía del siglo XIX, el padre Cottier ha sido miembro de la Comisión Teológica Internacional y ha destacado la trascendencia de la jornada del 12 de marzo del 2000, con la petición de perdón por los errores de la Iglesia. Con este gesto, hemos reflexionado sobre el misterio de la Iglesia, que es santa, pero está compuesta por nosotros, que somos pecadores.

Fue un bellissimo testimonio de la fuerza del Espíritu, que sostiene a la Iglesia y la hace avanzar en la historia para parecerse cada vez más a Cristo, pues la imitación de Cristo es un camino no sólo individual, sino también comunitario. A un testigo y mártir y le crea también Cardenal, Van Thuan.



CAPÍTULO 11: NUEVAS FORMAS DE MAGISTERIO: SUS LIBROS

A lo largo de este siglo, los papas han cambiado el estilo de su vida y de su magisterio. Junto a las definiciones o declaraciones, Encíclicas, Motus propios y Cartas Apostólicas, que aparecían en las Actae Apostolicae Sedis, comenzaron a surgir los libros diálogos.

Primero fue Jean Guitton con los Diálogos con Pablo VI, luego André Frossard con Conversaciones con Juan Pablo II. Posteriormente Victorio Messori, presentó al Papa un cuestionario para responder a problemas fundamentales de la fe, de la Iglesia y de la conciencia humana. Las respuestas de Juan Pablo II, constituyen el libro “Cruzando el umbral de la esperanza” en el que se mezclan géneros literarios distintos.

Cuenta el proceso el mismo Messori. “En mi apartado refugio, irrumpió un imprevisto telefonazo del director general de la RAI. En octubre de 1995 se cumplían quince años del pontificado de Juan Pablo II. El Santo Padre había aceptado someterse a una entrevista televisiva propuesta por la RAI, que hubiera sido absolutamente la primera en la historia del pontificado.

Nunca un sucesor de Pedro se había sentado ante las cámaras de la televisión para responder apresuradamente, durante una hora, a unas preguntas que quedaban a la completa libertad del entrevistador. Sería transmitido primero por la televisión italiana en la noche del decimoquinto aniversario, y retransmitido a continuación por las mayores cadenas mundiales.

El director me preguntaba si estaba decidido a dirigir yo la entrevista con una difusión masiva en muchas lenguas. La fase de preparación --llevada con tal discreción que ni una sola noticia llegó a oídos de los periodistas-- incluía también un encuentro con Juan Pablo II en Castelgandolfo.

Allí, con el debido respeto, pero con franqueza, pude explicar qué intenciones me habían llevado a esbozar un primer esquema de preguntas. Porque, un «Hágalo usted mismo» había sido la única indicación que se me había dado. La operación cuyo título sería «Quince años de papado en TV» no se realizó.

CAMBIO DE RUMBO

Pasaron algunos meses. Y un día, recibo otra llamada telefónica --totalmente imprevista-- del Vaticano, de Joaquín Navarro-Valls, portador de un mensaje del Papa.

El Papa me mandaba decir: «Aunque no ha habido modo de responderle en persona, he tenido sobre la mesa sus preguntas; me han interesado, y me parece que sería oportuno no abandonarlas. Por eso he estado reflexionando sobre ellas y desde hace algún tiempo, en los pocos ratos que mis obligaciones me lo permiten, me he puesto a responderlas por escrito.

Usted me ha planteado unas cuestiones y por tanto, en cierto modo, tiene derecho a recibir unas respuestas... Estoy trabajando en eso. Se las haré llegar. Luego, haga lo que crea más conveniente.» Una vez más Juan Pablo II confirmaba esa fama de «Papa de las sorpresas» que lo acompaña desde que fue elegido; había superado toda previsión.

Un día recibí en mi casa al doctor Navarro-Valls, quien sacó de su cartera un gran sobre blanco. Dentro estaba el texto que me había sido anunciado, escrito de puño y letra del Papa, quien, para resaltar aún más la pasión con que había manuscrito las páginas, había subrayado con vigorosos trazos de su pluma muchísimos puntos.

El título mismo del libro es de Juan Pablo II. Lo había escrito personalmente sobre la carpeta que contenía el texto; aunque precisó que se trataba sólo de una indicación, dejaba a los editores libertad para cambiarlo.

CRUZANDO EL UMBRAL DE LA ESPERANZA

El libro entrevista del Papa es una Catequesis sobre el credo; fragmentos de la vida que revive la historia heroica de su pueblo; charlas de un párroco que adoctrina, alienta, corrige y consuela a sus feligreses; profesor en la universidad que ofrece la síntesis del pensamiento moderno; propuesta moral de un anciano que nos dice lo más esencial e inviolable de la vida humana, tras haberla visto negada y desollada en su país, subyugado por el nazismo y el comunismo; testamento de un creyente, que se ha jugado su vida por el evangelio en situaciones extremas.

Y desde toda esta entraña de humanidad viva, su palabra es la palabra de un papa que siente como su responsabilidad suprema mantener al mismo tiempo y

unidas la verdad de Cristo, la unidad de la Iglesia y la libertad del hombre. Y todo dicho ante el mundo con respeto y sin rebozo, con amor y sin miedo.

Es curioso que algunos que admiten la grandeza de este Papa, señalan la necesidad de un papa italiano que, corrigiendo la radicalidad del polaco, contemporice con la dulce vida europea. ¿Ignoran la historia de Belén de Judá, la más pequeña de las ciudades de Judá?

A medida que se avanza en la lectura del libro, crece el interés, porque del carácter doctrinal directo pasa a la narración biográfica.

Sobre la marcha habla de casi todo: desde la exposición de los viejos Concilios que propusieron la fe trinitaria hasta su opinión sobre el Estado de Israel, su denuncia de los parlamentos que decretan la muerte de la vida incipiente, su pensamiento sobre el fundamentalismo y la New Age, su juicio sobre los nuevos movimientos de la Iglesia que, cumplen la misma función que las órdenes religiosas cuando nacieron, su pronunciamiento sobre los mártires de la guerra civil española y su reconocimiento de santos auténticos entre los ortodoxos y protestantes.

LA ORACIÓN DEL «VICARIO DE CRISTO»

Preguntando al Papa, el que preside la caridad de los hombres que oran, no podía faltar en el variado elenco de las preguntas de Messori, la cuestión básica sobre la actividad príncipe de la Iglesia, la oración. Le pregunta el periodista: --¿Cómo --y por quiénes y por qué-- reza el Papa?

Responde el Papa:

--¡Habría que preguntárselo al Espíritu Santo! El Papa reza tal como el Espíritu Santo le permite rezar. Pienso que debe rezar de manera que, profundizando en el misterio revelado en Cristo, pueda cumplir mejor su ministerio. Y el Espíritu Santo ciertamente le guía en esto. Basta solamente que el hombre no ponga obstáculos. «El Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra debilidad.»

¿Por qué reza el Papa? ¿Con qué se llena el espacio interior de su oración? Alegrías y esperanzas, tristezas y angustias de los hombres de hoy son el objeto de la oración del Papa, palabras con que se inicia el último documento del Concilio Vaticano II, la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo.

EVANGELIO: ALEGRÍA Y ESPERANZA

Evangelio quiere decir buena noticia, y la Buena Noticia es siempre una invitación a la alegría. ¿Qué es el Evangelio? Es una gran afirmación del mundo y del hombre, porque es la revelación de la verdad de su Dios. Dios es la primera fuente de alegría y de esperanza para el hombre. No se trata de una alegría ingenua ni de una esperanza vana.

La alegría de la victoria sobre el mal no ofusca la conciencia realista de la existencia del mal en el mundo y en todo hombre. Es más, incluso la agudiza. El Evangelio enseña a llamar por su nombre el bien y el mal, pero enseña también que «se puede y se debe vencer el mal con el bien» (Rom 12,21).

La moral cristiana tiene su plena expresión en esto. Sin embargo, si está dirigida con tanta fuerza hacia los valores más altos, si trae consigo una afirmación tan universal del bien, no puede por menos de ser también extraordinariamente exigente.

El bien, de hecho, no es fácil, sino que siempre es esa «senda estrecha» de la que Cristo habla en el Evangelio (Mat 7,14). Así pues, la alegría del bien y la esperanza de su triunfo en el hombre y en el mundo no excluyen el temor de perder este bien, de que esta esperanza se vacíe de contenido.

Sí, el Papa, como todo cristiano, debe tener una conciencia particularmente clara de los peligros a los que está sujeta la vida del hombre en el mundo y en su futuro a lo largo del tiempo, como también en su futuro final, eterno, escatológico.

La conciencia de tales peligros, sin embargo, no genera pesimismo, sino que lleva a la lucha por la victoria del bien en cualquier campo. Y esta lucha por la victoria del bien en el hombre y en el mundo provoca la necesidad de rezar.

LA ORACION DEL PAPA. SOLICITUD POR TODAS LAS IGLESIAS

La oración del Papa tiene, además, una dimensión especial. La solicitud por todas las Iglesias impone cada día al Pontífice peregrinar por el mundo entero rezando con el pensamiento y con el corazón. Queda perfilada así una especie de geografía de la oración del Papa.

Es la geografía de las comunidades, de las Iglesias, de las sociedades y también de los problemas que angustian al mundo contemporáneo. En este sentido el Papa es llamado a una oración universal en la que la preocupación por todas las Iglesias, le permite exponer ante Dios todas las alegrías y las esperanzas y, al mismo tiempo, las tristezas y preocupaciones que la Iglesia comparte con la humanidad contemporánea.

Se podría también hablar de la oración de nuestro tiempo, de la oración del siglo XX. El año 2000 supone una especie de desafío. Hay que mirar la inmensidad del bien que ha brotado del misterio de la Encarnación del Verbo y, al mismo tiempo, no permitir que se nos desdibuje el misterio del pecado, que se expande a continuación. San Pablo escribe que «allí donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5,20).

Esta profunda verdad renueva de modo permanente el desafío de la oración. Muestra lo necesaria que es para el mundo y para la Iglesia, porque en definitiva supone la manera más simple de hacer presente a Dios y Su amor salvífico en el mundo.

Dios ha confiado a los hombres su misma salvación, ha confiado a los hombres la Iglesia, y, en la Iglesia, toda la obra salvífica de Cristo. Ha confiado a cada uno cada persona y el conjunto de los seres humanos. Ha confiado a cada uno todos, y a todos cada uno. Tal conciencia debe hallar eco constante en la oración de la Iglesia y en la oración del Papa en particular.

Todos somos «hijos de la promesa» (Gal 4,28). Cristo decía a los apóstoles: «Tened confianza, Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Pero también preguntaba: «El Hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará aún fe sobre la tierra?» (Lc 18,8).

DIMENSIÓN MISIONERA DE LA ORACIÓN DE LA IGLESIA Y DEL PAPA

La Iglesia reza para que, en todas partes, se cumpla la obra de la salvación por medio de Cristo. Reza para poder vivir, ella también, constantemente dedicada a la misión recibida por Dios. Tal misión define su misma esencia, como ha recordado el Concilio Vaticano II.

La Iglesia y el Papa rezan, pues, por las personas a las que debe ser confiada de modo particular esa misión, rezan por las vocaciones, no solamente sacerdotales y religiosas, sino también por las muchas vocaciones a la santidad entre el pueblo de Dios, en medio del laicado. La Iglesia reza por los que sufren. El sufrimiento es siempre una gran prueba no sólo para las fuerzas físicas, sino también para las espirituales.

La verdad paulina sobre ese «completar los sufrimientos de Cristo» (Col 1,24) es parte del Evangelio. Está ahí contenida esa alegría y esa esperanza que son esenciales al Evangelio; pero el hombre no puede traspasar el umbral de esa verdad si no lo atrae el mismo Espíritu Santo.

La oración por los que sufren y con los que sufren es, pues, una parte muy especial de este gran grito que la Iglesia y el Papa alzan junto con Cristo. Es el grito por la victoria del bien, incluso a través del mal, por medio del sufrimiento, por medio de toda culpa e injusticia humanas. Finalmente, la Iglesia reza por los difuntos, y esta oración dice mucho sobre la realidad de la misma Iglesia. Dice que la Iglesia está firme en la esperanza de la vida eterna.

La oración por los difuntos es como un combate con la realidad de la muerte y de la destrucción, que hacen gravosa la existencia del hombre sobre la tierra. Es y sigue siendo esta oración una especial revelación de la Resurrección. Esa oración es Cristo mismo que da testimonio de la vida y de la inmortalidad, a la que Dios llama a cada hombre.

La oración es una búsqueda de Dios, pero también es revelación de Dios. A través de ella Dios se revela como Creador y Padre, como Redentor y Salvador, como Espíritu que «todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios» (1 Cor 2,10) y, sobre todo, «los secretos de los corazones humanos» (Sal 44,22).

A través de la oración, Dios se revela en primer lugar como Misericordia, como Amor que va al encuentro del hombre que sufre. Amor que sostiene, que levanta que invita a la confianza.

La victoria del bien en el mundo está unida de modo orgánico a esta verdad: un hombre que reza, profesa esta verdad y, hace presente a Dios que es Amor misericordioso en medio del mundo. Hasta aquí la palabra de quien tiene la máxima autoridad en la Iglesia y su biografía, a cuya luz entendemos mejor su persona y su magisterio.

CLAVES DEL LIBRO

Este libro nos da las claves para situar y comprender tanto sus libros de profesor como sus encíclicas de Papa. Los dos quicios del diálogo intelectual, que mantiene, son Kant, con el ser moral y Lévinas, con el amor. Y tras ellos van desfilando junto con los clásicos antiguos los modernos: Dostoievsky, Bulgakov, Soloviev, Gandhi, Kafka, Camus, Ricoeur, Urs Von Balthasar, Buber, Rosenzweig, Jaworski, Mircea Eliade, Whitehead, Rilke, Max Scheller...

El libro ofrece afirmaciones sapienciales de antología: «La persona es un ser para el que la única dimensión adecuada es el amor. Somos justos en lo que afecta a una persona cuando la amamos: esto vale para Dios y para el hombre».

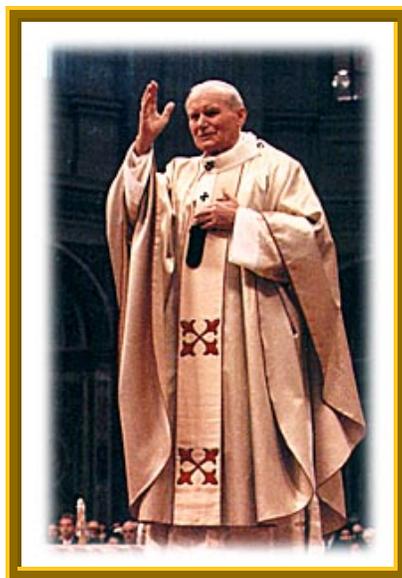
«Sí no hubiera existido la agonía de Cristo en la cruz, la verdad de que Dios es amor estaría por demostrar.» «A través del rostro habla el hombre y pronuncia estas palabras: “¡No me mates!” «La única actitud honesta en el embarazo es la radical solidaridad con la mujer. No es lícito dejarla sola». Al bajar al diálogo y reflexión compartida, el Papa ha humanizado su ministerio.

El joven Wojtyla recibió este legado de su padre: «Ser un adorador de Dios en espíritu y en verdad». Justamente éste es el legado que él quiere transmitir al mundo, actualizándolo: la fe en Dios quita el miedo y engendra esperanza.

El temor de Dios es todo lo contrario de tener miedo a Dios. No sólo no es verdad que el miedo haya hecho nacer la fe en Dios, sino al contrario, donde el hombre no se abre al Absoluto de amor, que es Dios, queda a merced de sí mismo, de su finitud y de su culpa, en soledad absoluta. Y esta soledad, sin el amor que le guíe y afirme incondicionalmente, más allá de su finitud y su pecado, es la matriz del miedo.

En el libro late la memoria de una juventud heroicamente vivida en medio de su pueblo. Late la voluntad de verdad para la vida. Late la confianza incondicional en el Dios vivo, revelado en Cristo. Desde esos tres matices nace su llamada a cruzar el umbral de la esperanza. Ya nos había recordado Machado que:

“Los creadores de los sueños humanos son
la verde esperanza y el torvo miedo.
Y es la vida una apuesta para ver
cuál de los dos hila más ligero:
si la esperanza el copo dorado
o el miedo el copo negro”.



CAPÍTULO 12: BODAS DE ORO SACERDOTALES

Era noviembre de 1996. Unos días de molestias abdominales y acceso de fiebre. El Papa había tenido, otra vez que pasar por la agonía de otra intervención quirúrgica. Poclínica Gemelli, el “Vaticano número 3”, como él lo ha designado con humor.

El día 8 de octubre se le extirpó el apéndice. El domingo siguiente, saludó al pueblo desde una ventana del hospital. Había grabado el discurso del ángelus para que fuera retransmitido en la plaza de San Pedro. Aún había querido escribir personalmente todas las tarjetas recibidas con estas letras escuetas a quienes le deseaban una pronta recuperación. «Gracias. JP III».

Todos los sacerdotes del mundo que celebraban sus bodas de oro ese año se reunieron en Roma convocados por Juan Pablo II, para reflexionar durante varios días sobre el sacerdocio, presididos por él.

El sacerdocio, DON Y MISTERIO. Don excelso de Dios y misterio escondido, inaudito e inescrutable. ¿Por qué nosotros? Llamados a ser otros Cristos, con sus poderes, con sus responsabilidades, con su gracia. ¿A qué altura debemos rayar en santidad? Vamos a actuar en Persona de Cristo, portadores de su Palabra, ministros del perdón. Misterio de fe. Don sublime. Criaturas humanas investidas con los poderes de Dios.

Así como Saúl sobresalía por encima de todos los israelitas, de los hombros arriba en estatura, tiene que sobresalir el sacerdote en santidad, había escrito Juan de Ávila. El sacerdote como la Madre de Dios sobrenaturalmente excelsa, lo hace nacer con sus palabras y debe imitarla en las virtudes.

EXPERIENCIA EMOCIONANTE

Mil seiscientos sacerdotes y noventa obispos celebraron con el Papa. Una experiencia emocionante de solidaridad sacerdotal internacional. Las celebraciones se iniciaron en el aula Pablo VI el 7 de noviembre con una oración vespertina y un programa de testimonios. Imponente el del padre Anton Luli, jesuita albanés de ochenta y seis años de edad.

Había pasado cuarenta dos años de su vida encerrado en cárceles comunistas, campos de trabajo y sufriendo grotescas torturas físicas. Mientras le torturaban, dijo:

«Cristo me daba una fuerza y una alegría extraordinarias. Fue una gran experiencia sacerdotal y siempre estaré agradecido a Dios por ella... Nos lo quitaron todo, pero nunca consiguieron arrancar de nuestro corazón el amor de Cristo y de nuestros hermanos. El Señor me pidió que viviera clavado en una cruz, así que abrí los brazos para servirle con abnegación, para celebrar la Eucaristía y el ministerio sacerdotal y para soportar cualquier cadena o sufrimiento».

El padre Luli y el Papa se fundieron en un abrazo mientras los asistentes aplaudían emocionados.

Las celebraciones culminaron con una misa en la Basílica de San Pedro. Los mil seiscientos sacerdotes que celebraban sus bodas de oro entraron en la basílica revestidos con estolas bordadas con el escudo de armas del Papa, regalo de Juan Pablo.

La procesión duró cuarenta y cinco minutos y los concelebrantes se situaron en semicírculo frente al altar, adornado con flores rojas, blancas y amarillas, los colores de la bandera de Polonia y las de la Santa Sede.

Ataviado con una casulla de color rojo brillante y dorado, Juan Pablo fue recibido con una calurosa ovación de las diez mil personas de la Basílica. Fue un acto de acción de gracias por las vidas que aquellos habían dedicado su vida a Cristo y a los hombres durante cincuenta años, día a día, pulso a pulso.

La antifona del salmo eran las palabras de Cristo a Pedro: «Yo he rogado por ti a fin de que tu fe no desfallezca. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos». Un coro de ciento treinta cantores de Sicilia, entonó un Magnificat compuesto para la ocasión por Giuseppe Liberto.

A continuación de la misa, los celebrantes y los 116 cardenales concelebrantes ocuparon asientos especiales frente a la basílica de San Pedro, para asistir al ángelus y a un concierto. En la plaza había tanta gente congregada que la multitud inundó la Via della Conciliazione.

SE DIRIGE A TODOS LOS SACERDOTES

El Papa vestido con casulla blanca dirigió un breve discurso a los presbíteros católicos:

-- En este momento estoy pensando en todos los sacerdotes del mundo. Estoy pensando en los sacerdotes ancianos y enfermos. Hoy les visito en espíritu y me detengo junto a ellos para ofrecerles mi simpatía fraternal.

También estoy pensando en los sacerdotes jóvenes que se inician en su ministerio y les animo a fortalecer su ardor apostólico. Asimismo, pienso en los párrocos, auténticos padres de familia de sus comunidades, y en los misioneros dispersos por los cinco continentes que dan a conocer a Cristo, Revelador de Dios y Salvador de la Humanidad.

Pienso también en los sacerdotes que atraviesan por dificultades materiales y espirituales, y en aquellos que han abandonado el compromiso que una vez abrazaron. Pido a Dios que todos ellos me den fuerzas. Os abrazo a todos, queridos sacerdotes de todo el mundo, y os encomiendo a María, Madre de Cristo, Eterno Sacerdote, Madre de la Iglesia y de nuestro sacerdocio.

Mientras, un gran globo multicolor con una inscripción en italiano y polaco: «Felicidades, Santo Padre!», se elevaba en aquella fría mañana, la orquesta y los coros de la Radio Televisión Italiana entonaron el Te Deum de Haydn y otras composiciones.

La banda de música de la policía y de los carabinieri tocaron el Himno Pontificio, el himno nacional italiano, y la marcha triunfal de Aída. El concierto concluyó con el himno El árbol de la fe y la paz, cantado por un católico, un judío y un musulmán, y el Papa soltó cinco palomas blancas como símbolo de la paz.

EL DECRETO CONCILIAR SOBRE LOS PRESBITEROS

Cuando se celebró el trigésimo aniversario del Decreto sobre los Presbíteros, diversos sacerdotes habían hablado de su vocación. El Papa también ofreció su propio testimonio. Sus palabras tuvieron un eco muy grande. A raíz de ello, le pidieron que volviera a tratar, de un modo más amplio, el tema de su vocación, con ocasión de sus Bodas de Oro. Se resistió al principio. Pero después aceptó la invitación, como un servicio propio del ministerio petrino.

En él cuenta sus raíces más profundas, y su experiencia más íntima. Da gracias al Señor y lo ofrece a los sacerdotes y al pueblo de Dios como testimonio de amor. Voy a proponer desde aquí el texto abreviado publicado por Juan Pablo II en su libro Don y Misterio".

¿Cuál es la historia de mi vocación sacerdotal?, se pregunta. La conoce sobre todo Dios. En su dimensión más profunda, toda vocación sacerdotal es un gran misterio, es un don que supera infinitamente al hombre. Cada sacerdote lo experimenta durante toda la vida. Ante la grandeza de este don sentimos cuán indignos somos de ello.

"No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto dure" (Jn 15, 16). "Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón" (Hb 5, 4).

"Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo te constituí profeta de las naciones" (Jr 1, 5). Estas palabras inspiradas estremecen profundamente toda alma sacerdotal. Por eso, cuando hablamos del sacerdocio y damos testimonio del mismo, debemos hacerlo con gran humildad, conscientes de que Dios "nos ha llamado con una vocación santa, no por nuestras obras, sino por su propia determinación y por su gracia" (2 Tm 1, 9).

Al mismo tiempo, nos damos cuenta de que las palabras humanas no son capaces de abarcar la magnitud del misterio que el sacerdocio tiene en sí mismo.

LASTIMA QUE NO ESTUDIE TEOLOGIA

El Arzobispo de Cracovia, Adam Stefan Sapieha, visitó la parroquia de Wadowice cuando yo era estudiante en el instituto. Mi profesor de religión, P. Edward Zacher, me encargó darle la bienvenida. Después de mi discurso, el Arzobispo preguntó al profesor qué facultad elegiría yo al terminar el instituto.

El P. Zacher respondió: "Estudiará filología polaca". El Prelado comentó: "Lástima que no sea teología".

La vocación sacerdotal no estaba aún madura, a pesar de que a mí alrededor eran muchos los que creían que debía entrar en el seminario. Y tal vez alguno pudo pensar que, si un joven con tan claras inclinaciones religiosas no entraba en el seminario, era porque otros amores o aspiraciones estaban en juego.

En efecto, en la escuela tenía muchas compañeras y en el círculo teatral escolar, no faltaban posibilidades de encuentros con chicos y chicas. Sin embargo, el problema no era ese.

En aquel tiempo estaba fascinado por la literatura, por la dramática, y por el teatro. Me inscribí en la Universidad Jaghellonica para realizar los cursos de Filología polaca. Comencé los estudios en la Facultad de Filosofía, pero sólo logré acabar el primer año, porque el 1 de septiembre de 1939 estalló la segunda guerra mundial.

LA GUERRA

El estallido de la guerra cambió de modo radical la marcha de mi vida. Los profesores de la Universidad intentaron comenzar el nuevo año académico, pero las clases duraron sólo hasta el 6 de noviembre de 1939, cuando las autoridades alemanas convocaron a todos los profesores a una asamblea en que deportaron a aquellos respetables hombres de ciencia al campo de concentración de Sachsenhausen.

Acababa así el período de los estudios de filología polaca y comenzaba la ocupación alemana, durante la cual al principio intenté leer y escribir mucho. A esa época se remontan mis primeros trabajos literarios. Empecé a trabajar como obrero en una cantera de piedra vinculada a la fábrica química Solvay. Allí escribí una poesía.

"Escucha bien, escucha los golpes del martillo, la sacudida, el ritmo. El ruido te permite sentir dentro la fuerza, la intensidad del golpe. Escucha bien, escucha, eléctrica corriente de río penetrante que corta hasta las piedras, y entenderás conmigo que toda la grandeza del trabajo bien hecho es grandeza del hombre...".

Con el estallido de una carga de dinamita, las piedras golpearon a un obrero y lo mataron. Quedé desconcertado: "Levantaron el cuerpo, en silencio avanzaban. Abatidos, sentían en todos el agravio..."

El barrenero, algunas veces, me decía: "Karol, tu deberías ser sacerdote. Cantarás bien, porque tienes una voz bonita y estarás bien..." Lo decía con toda sencillez. En aquella época estuve en contacto con el teatro de la palabra viva, que Kotlarczyk había fundado y continuaba animando en la clandestinidad.

DECISION

En el otoño de 1942 tomé la decisión definitiva de entrar en el seminario clandestino de Cracovia. Durante el período de la ocupación el Arzobispo estableció el seminario, en su residencia. Nuestro Padre espiritual era el P. Stanistaw Smolenski, doctorado en Roma y hombre de una gran espiritualidad; hoy es Obispo auxiliar emérito de Cracovia.

En la Facultad teológica tuve la suerte de conocer algunos profesores eminentes. Hoy abrazo con un recuerdo lleno de gratitud a todos mis Superiores, Padres espirituales y Profesores, que en el período del seminario contribuyeron a mi formación. A comienzos del quinto año, el Arzobispo decidió que me trasladara a Roma para completar los estudios. Fue así como fui ordenado sacerdote el 1 de noviembre de 1946. Éramos siete. Hoy vivimos solamente tres. El hecho de ser pocos permitía estrechar lazos profundos de

conocimiento recíproco y de amistad. Esto se podía decir también, de las relaciones con los Superiores y Profesores.

FORMACION

En todo nuestro proceso formativo hacia el sacerdocio ejerció un influjo relevante la gran figura del futuro Cardenal Adam Stefan Sapieha, para el cual tengo un recuerdo emocionado y agradecido. Su prestigio había crecido porque vivíamos en su residencia y lo veíamos cada día.

Cuando fue nombrado cardenal toda la población acogió este nombramiento como un justo reconocimiento de aquel gran hombre, que durante la ocupación alemana había sabido mantener alto el honor de la Nación, demostrando la propia dignidad de modo claro para todos. Cuando regresó de Roma los estudiantes levantaron en brazos su automóvil y lo llevaron hasta la Basílica de la Asunción manifestando el entusiasmo religioso y patriótico que su nombramiento había suscitado en la población.

PREPARACION FAMILIAR

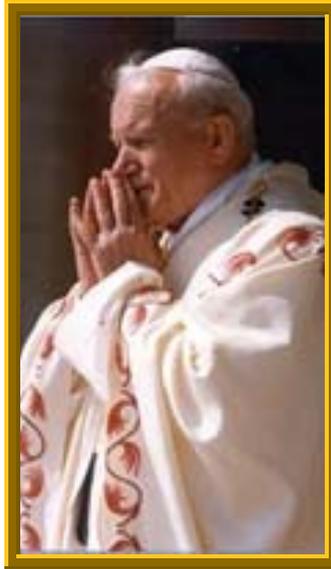
La preparación para el sacerdocio en el seminario, fue precedida por la que me ofrecieron mis padres con su vida y su ejemplo. Mi reconocimiento es sobre todo para mi padre, que enviudó muy pronto. Aún no había recibido la Primera Comunión cuando perdí a mi madre: apenas tenía 9 años.

Por eso, no tengo conciencia clara de la contribución, que ella dio a mi educación religiosa. Después de su muerte y de la de mi hermano mayor, quedé solo con mi padre, que era un hombre profundamente religioso. Su vida era muy austera. Era militar y, cuando enviudó, su vida fue de constante oración.

A veces me despertaba de noche y encontraba a mi padre arrodillado, igual que lo veía siempre en la iglesia. Entre nosotros no se hablaba de vocación al sacerdocio, pero su ejemplo fue para mí el primer seminario, una especie de seminario doméstico.

En Cracovia, había un convento de Carmelitas Descalzos. Tenía contactos con ellos y una vez hice allí mis Ejercicios Espirituales, con la ayuda del P. Leonardo de la Dolorosa. Durante un cierto tiempo consideré la posibilidad de entrar en el Carmelo. -De hecho profesó como terciario carmelita y viste el escapulario del Carmen-.

Las dudas fueron resueltas por el Arzobispo Cardenal Sapieha, quien dijo escuetamente: "Es preciso acabar antes lo que se ha comenzado". Y así fue.



CAPÍTULO 13: SU ORDENACIÓN SACERDOTAL

El 1 de noviembre de 1946 fue ordenado sacerdote en Cracovia pensando en toda la realidad del ministerio sacerdotal acogiendo en la propia vida la cruz de Jesucristo.

Celebró su primera Misa, que fueron tres por ser el Día de Difuntos, en la catedral de Wawell, que llegaría a ser su Catedral Episcopal, acompañado como presbítero asistente por el Padre Figlewicz, que murió siendo ya obispo. Y participando Malinski, el profeta de su elección como Papa y compañero suyo en su discipulado de Tyranonowski, gravemente enfermo.

Karol Wojtyla, hombre que rebosa gratitud, esa virtud tan desconocida por el género humano, desea que Dios le recompense a todos el bien que de ellos recibió. Así lo escribe en "Don y Misterio".

OTRAS DEUDAS RECONOCIDAS, RECORDADAS Y AGRADECIDAS

Su devoción a la Virgen, que está en los orígenes de su vocación al sacerdocio, vienen desde su niñez y adolescencia con los Carmelitas de Wadowice" y su juventud con la lectura en la fábrica de sosa de Solvay de San Grignon de Monfort: "Me ayudó el libro de San Luis María Grignon de Montfort "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen".

María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva su misterio en Cristo. El autor es un teólogo notable. Su pensamiento mariológico está basado en el Misterio

trinitario y en la verdad de la Encarnación del Verbo. Ese es el origen del Totus Tuus, que deriva de Grignon de Montfort”.

SAN JUAN MARÍA VIANNEY Y SAN JUAN DE LA CRUZ

Desde Roma visitó Ars con gran devoción. Escuchemos cómo nos relata su emoción y el influjo de San Vianney, como en nosotros, que lo leímos cuando seminaristas por aquellos mismos años: “Con gran emoción visité la vieja iglesia de Ars, donde San Juan Vianney confesaba, enseñaba el catecismo y predicaba sus homilias.

Desde los años del seminario había quedado impresionado por la figura del Cura de Ars, por la lectura de su biografía escrita por Mons. Trochu. San Juan Vianney sorprende porque en él se manifiesta el poder de la gracia que actúa en la pobreza de los medios humanos. Me impresionaba profundamente su heroico servicio en el confesionario.

Confesando más de diez horas al día, comiendo poco y dedicando al descanso apenas unas horas, había logrado, en un difícil período histórico, provocar una especie de revolución espiritual en Francia y fuera de ella. Millares de personas pasaban por Ars y se arrodillaban en su confesionario.

En medio del laicismo y del anticlericalismo del siglo XIX, su testimonio constituye un acontecimiento revolucionario. Con su figura llegué a la convicción de que el sacerdote realiza una parte esencial de su misión en el confesionario.

He procurado mantener siempre el vínculo con el confesionario tanto durante los trabajos científicos en Cracovia, como ahora en Roma, aunque sea de modo casi simbólico, volviendo cada año al confesionario el Viernes Santo en la Basílica de San Pedro.

Al sastre Kalinovsky le tributa también su recuerdo por haberlo iniciado en la lectura de San Juan de la Cruz, que leyó exhaustivamente, le enamoró para siempre y estudió profundamente, hasta el punto de dedicarle su tesis doctoral en el Angelicum, bajo la dirección del Padre Garrigou-Lagrange, en julio de 1948.

DE ROMA A POLONIA. CURA PASTORAL

“Después me puse en camino de regreso a Polonia. En los dos años de permanencia en la Ciudad Eterna había “aprendido” intensamente Roma: la Roma de las catacumbas, la Roma de los mártires, la Roma de Pedro y Pablo, la Roma de los confesores.

Vuelvo a menudo a aquellos años con la memoria llena de emoción. Al regresar llevaba conmigo no sólo un mayor bagaje de cultura teológica, sino también la consolidación de mi sacerdocio y la profundización de mi visión de la Iglesia.

Aquel período de intenso estudio junto a las Tumbas de los Apóstoles me había dado tanto desde todos los puntos de vista. Gracias a Roma mi sacerdocio se había enriquecido con una dimensión europea y universal.

Regresaba de Roma a Cracovia con el sentido de la universalidad de la misión sacerdotal, que sería magistralmente expresado por el Concilio Vaticano II, sobre todo en la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*".

Ocurre a veces. Unas, para adiestrar al llamado a otras tareas más conformes con su preparación, otras por la malevolencia humana y otras por la urgencia de la necesidad, o por las trazas de la Divina Providencia que trastueca los planes de los hombres cambiando su destino. "Apenas llegado a Cracovia, encontré en la Curia Metropolitana el primer destino. El arzobispo entonces en Roma, me había dejado por escrito su decisión.

Vicario de Niegowic".

Acepté el cargo con alegría. Fui desde Cracovia a Gdow en autobús, desde allí un campesino me llevó en carreta a la campiña de Marszowice y después caminé a pie por un atajo a través de los campos. Divisaba a lo lejos la iglesia de Niegowic.

Era el tiempo de la cosecha. Caminaba entre los campos de trigo con las mieses en parte ya cosechadas, en parte aún ondeando al viento. Cuando llegué finalmente al territorio de la parroquia de Niegowic, me arrodillé y besé la tierra, gesto aprendido de San Juan María Viamey.

En la iglesia me detuve ante el Santísimo Sacramento; después me presenté al párroco, Mons. Kazimierz Buzala, quien me acogió muy cordialmente y después de un breve coloquio me mostró la habitación del vicario.

Allí estuvo un año y ejerciendo de vicario y profesor de religión de cinco escuelas en las campiñas pertenecientes a la parroquia, adonde me llevaban en un pequeño carro o en la calesa. Recuerdo la cordialidad de los maestros y de los feligreses.

A veces vuelvo con el pensamiento al recogido silencio que reinaba en las clases, cuando, durante la cuaresma, hablaba de la pasión del Señor. La parroquia se preparaba para la celebración del quincuagésimo aniversario de la Ordenación sacerdotal del párroco. Los feligreses decidieron que el regalo más hermoso para el homenajeado sería la construcción de un nuevo templo".

EN SAN FLORIÁN DE CRACOVIA

Al año siguiente “fui destinado a la parroquia de San Florián de Cracovia. El párroco, Mons. Tadeusz Kurowski, me encargó la catequesis en los cursos superiores del instituto y la acción pastoral entre los estudiantes universitarios.

Comencé allí las conferencias para la juventud universitaria; las tenía todos los jueves y trataban de los problemas fundamentales sobre la existencia de Dios y la espiritualidad del alma humana, temas de impacto en el contexto del ateísmo militante, propio del régimen comunista”.

A los dos años el Arzobispo Eugeniusz Baziak, sucesor del Cardenal Sapieha, le orientó hacia la labor científica, “lo que supuso una reducción del trabajo pastoral, tan querido por mí.

Me costó, pero me preocupé de que la dedicación al estudio científico de la teología y de la filosofía no me indujera a “olvidarme” de ser sacerdote; más bien debía ayudarme a serlo cada vez más.

En este testimonio jubilar tengo que expresar mi gratitud a toda la Iglesia polaca, en cuyo seno nació y maduró mi sacerdocio.

Entre los obispos del período bélico he de mencionar la figura inquebrantable del Príncipe Metropolitano de Cracovia, Adam Stefan Sapieha, y entre los del período de la posguerra, la figura del siervo de Dios Cardenal Stefan Wyszynski. Es una Iglesia que ha defendido al hombre, su dignidad y sus derechos fundamentales, una Iglesia que ha luchado valientemente por el derecho de los fieles a profesar su fe.

He podido conocer desde dentro, los dos sistemas totalitarios que han marcado trágicamente nuestro siglo: el nazismo, con los horrores de la guerra y de los campos de concentración, y el comunismo, con su régimen de opresión y de terror.

Es fácil comprender mi sensibilidad por la dignidad de toda persona humana y por el respeto de sus derechos, empezando por el derecho a la vida. Es una sensibilidad que se formó en los primeros años de sacerdocio y se ha afianzado con el tiempo. Y mi preocupación por la familia y por la juventud: todo esto ha crecido en mí de forma orgánica gracias a aquellas dramáticas experiencias”.

RECUERDA SU IGLESIA DE CRACOVIA

“De la Iglesia de Cracovia, de la que he sido miembro como sacerdote y después cabeza como Arzobispo, me vienen a la memoria tantas figuras eminentes de párrocos y vicarios, que sería demasiado largo mencionarlos a todos uno a uno.

A muchos de ellos me unían y me unen vínculos de sincera amistad. Los ejemplos de su santidad y de su celo pastoral han sido para mí de gran edificación. Indudablemente han tenido una influencia profunda sobre mi sacerdocio. De ellos he aprendido qué quiere decir en concreto ser pastor. Estoy profundamente convencido del papel decisivo que el presbiterio diocesano tiene en la vida personal de todo sacerdote.

La comunidad de sacerdotes, basada en una verdadera fraternidad sacramental, constituye un ambiente de primera importancia para la formación espiritual y pastoral. El sacerdote, por principio, no puede prescindir de la misma. Le ayuda a crecer en la santidad y constituye un apoyo seguro en las dificultades. ¿Cómo no expresar, con ocasión de mi jubileo de oro, mi gratitud a los sacerdotes de la Archidiócesis de Cracovia por su contribución a mi sacerdocio?”.

LOS LAICOS

El sacerdote conoce la vida por los libros y las revistas. El laico por la vida misma. De aquí saco una conclusión: El intercambio entre sacerdotes y laicos, cristianos o no, creyentes o no, es muy enriquecedor. Aunque mi actividad sacerdotal no se ha desarrollado en sectores selectos, siempre cultivé la amistad entre los seglares.

Nunca viví en un gheto. Sé que esto llamaba la atención entre mis compañeros sacerdotes y algunos hacían comentarios como éste: Sabe hacerse ayudar por los seglares.

Sin contar el enriquecimiento que esto reporta a la Iglesia, a la comunidad, por el trabajo multiplicado, su contacto te da perspectivas, te hace brotar iniciativas, te suscita ideas y hasta estímulos. Pues siempre del contacto, del diálogo, brotan ideas y enfoques, que hacen más real la predicación o los escritos.

De todo esto se deduce que los laicos tienen un importante quehacer necesario en la Comunidad y no sólo pasando la bandeja de la colecta, ni encendiendo las velas del altar.

Hay que calar más hondo y ensanchar el campo. Y resumiendo: practicando el arte mayéutico: ayudar a suscitar energías nuevas, ideas audaces, iniciativas realistas "pegadas a la tierra". Debe de haber terminado ya para siempre la época clericalista. Todos redimidos por Cristo, y no sólo los curas, y todos redentores con Cristo, y no sólo los Obispos. Y cuando estos unos y otros se rezagan, los laicos auparlos y empujarles y estimularles. En mis años jóvenes de párroco y de incipiente fundador, alguna persona me decía:

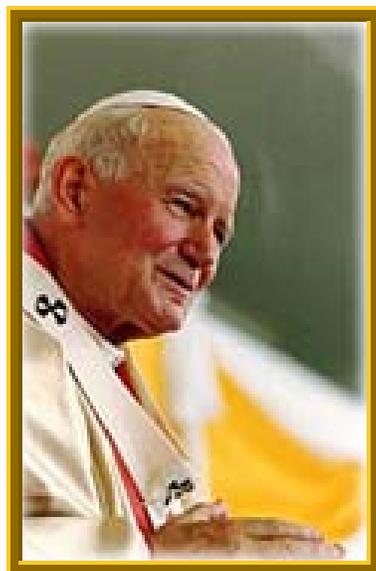
--¡Cuánto tiempo le robamos!

--Me dais vida, añadía, si no hubiera sido por vosotros yo me habría asfixiado.

Así lo confirma Juan Pablo II: “Estos días pienso también en todos los laicos que el Señor me ha hecho encontrar en mi misión de sacerdote y de obispo. Han sido para mí un don singular, por el cual no ceso de dar gracias a la Providencia. En cierto modo me han indicado el camino, ayudándome a comprender mejor mi ministerio y a vivirlo en plenitud.

Ciertamente, de los frecuentes contactos con los laicos siempre he sacado mucho provecho. Entre ellos había simples obreros, hombres dedicados a la cultura y al arte, grandes científicos. De estos encuentros han nacido cordiales amistades, muchas de las cuales perduran aún. Gracias a ellos mi acción pastoral se ha multiplicado, superando barreras y penetrando en ambientes que de otro modo hubieran sido muy difíciles de alcanzar.

En verdad, me ha acompañado siempre la profunda conciencia de la necesidad urgente del apostolado de los laicos en la Iglesia. Cuando el Concilio Vaticano II habló de la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, pude experimentar una gran alegría: lo que el Concilio enseñaba respondía a las convicciones que habían guiado mi acción desde los primeros años de mi ministerio sacerdotal.



CAPÍTULO 14: SU MÍSTICA DEL SACERDOCIO

San Francisco de Sales, el Doctor de las alegorías, relata en su “Introducción a la Vida devota”, libro famoso y exitoso en su tiempo, que Alejandro Magno encargó a Apeles pintar el retrato de Compaspe, la hermosa, a la que amaba intensamente.

Apeles, naturalmente, la estuvo contemplando durante mucho tiempo, y se enamoró de ella. Lo intuyó Alejandro y compadecido de él, por el afecto que tenía a Apeles, renunció a la más querida amiga que jamás había tenido, con lo cual, dice Plinio, dio una prueba de la magnanimidad de su corazón, mayor que la más brillante de sus victorias.

En “El hermano de nuestro Dios”, una obra de teatro suya, Karol Wojtyla ha escrito que cualquier intento de comprender a alguien implica penetrar hasta las raíces de nuestra humanidad, donde se encuentra un elemento extrahistórico.

Pocas voces me llegan turbias sobre Juan Pablo II, aunque no faltan algunas, pero siempre pienso que no le conocen y más, que no le pueden comprender los que las dicen, porque no está a su alcance conocerle.

No me refiero a las gansadas de algún medio audiovisual, muchas veces soeces y sacrílegas, aunque sí es alarmante y escandaloso que se oyen pocas voces exigiendo respeto, al menos, el que se tiene a la persona del Rey.

Cierto que por ley Constitucional es inviolable, pero sería deseable que, si no por razones jurídicas, por respeto a la dignidad humana y porque para los católicos es el Vicario de Cristo, nosotros, alzáramos la voz y exigiéramos, no

sólo por humanidad y civismo, sino por el respeto que merece su sagrada persona, algo más de consideración.

La libertad de expresión tiene éticamente sus límites. Que alzáramos la voz, especialmente los que escribimos y hablamos en los medios y especialmente los más representativos.

Ningún dignatario de otras religiones es atacado y ridiculizado como Juan Pablo II y no sólo por increencia, sino por ignorancia de su persona, de su misión y de sus enormes talentos. Hay que conocerle profundamente desde sus raíces para llegar a amarle, al menos como Apeles a Compaspe.

Casi todo lo que hemos ido escribiendo sobre él nos ayudará a conocer un poco más a esta hombre privilegiado, pero donde el conocimiento llega a la raíz de su ser y es como su complemento es cuando se descubre su conocimiento y experiencia del ser sacerdotal, que abordamos en este capítulo.

MEDITACION SOBRE EL MINISTERIO SACERDOTAL

Es San Pablo quien, en su Carta a los Corintios, define a los sacerdotes: "servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, lo que en fin de cuentas se exige de los administradores es que sean fieles" (1 Co 4,1).

Juan Pablo II, en el tema VIII de su libro "Don y Misterio", sus memorias escritas y publicadas al cumplir sus Bodas de Oro sacerdotales, medita agudamente este texto: "el administrador no es el propietario, sino aquel a quien el propietario confía sus bienes para que los gestione con justicia y responsabilidad.

El sacerdote recibe de Cristo los bienes de la salvación para distribuirlos entre las personas a las cuales es enviado. Es por tanto, el hombre de la palabra de Dios, el hombre del sacramento, el hombre del misterio de la fe".

La vocación sacerdotal es el misterio de un "maravilloso intercambio" entre Dios y el hombre. El hombre ofrece a Cristo su humanidad para que El pueda servirse de ella como instrumento de salvación, casi haciendo de este hombre otro sí mismo". Yo lo canté, lo intenté balbucear así el día de mis Bodas de Oro Sacerdotales, un año después que el Papa:

Necesitaste y necesitas de mis manos
para bendecir, perdonar y consagrar;
mi corazón para amar a mis hermanos,
pediste mis lágrimas y no me ahorré el llorar.

Mis audacias yo te di sin cuentagotas,
mi tiempo derroché enseñando a orar,

mi voz gasté predicando tu palabra
y me dolió el corazón de tanto amar.
A nadie negué lo que me dabas para todos.
A todos quise en su camino estimular.

Me olvidé de que por dentro yo lloraba,
y me consagré de por vida a consolar.
Pediste que te prestara mis pies
y te los ofrecí sin protestar,
caminé sudoroso tus caminos,
y ofrecí tu perdón con gran afán.

Cada vez que me abrazabas lo sentía
porque me sangraba el corazón,
eran tus mismas espinas que me herían
y me encendían en la hoguera de tu amor.
Fui sembrando de Hostias mi camino
inmoladas en tu personificación:
innumerables Eucaristías ofrecidas,
han traspasado la tierra de fulgor.

El que no tiene ojos para percibir el misterio del "intercambio" del hombre con el Redentor no podrá comprender que un joven renuncie a todo por Cristo, seguro de que su personalidad humana se realizará plenamente.

LA GRANDEZA DE NUESTRA HUMANIDAD

Retóricamente pregunta Juan Pablo II: "¿Hay en el mundo una realización más grande de nuestra humanidad que poder representar cada día "in persona Christi" el Sacrificio redentor, el mismo que Cristo llevó a cabo en la Cruz? En este Sacrificio está presente del modo más profundo el Misterio trinitario, y como "recapitulado" todo el universo creado (Ef 1,10).

La Eucaristía ofrece "sobre el altar de la tierra entera el trabajo y el sufrimiento del mundo", en bella expresión de Teilhard de Chardin. En la Eucaristía todas las criaturas visibles e invisibles, y en particular el hombre, bendicen a Dios como Creador y Padre con las palabras y la acción de Cristo, Hijo de Dios.

Por eso "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (Lc 10,21).

Estas palabras nos introducen en la intimidad del misterio de Cristo, y nos acercan al misterio de la Eucaristía, en la que el Hijo consustancial al Padre, le ofrece el sacrificio de sí mismo por la humanidad y por toda la creación.

En la Eucaristía Cristo devuelve al Padre todo lo que de El proviene, profundo misterio de justicia de la criatura al Creador, el hombre da honor al Creador ofreciendo, en acción de gracias y de alabanza, todo lo que de El ha recibido.

Sólo el hombre puede reconocer y saldar como criatura imagen y semejanza de Dios tal deuda, que por sus limitación de criatura pecadora, es incapaz de realizar si Cristo mismo, Hijo consustancial al Padre y verdadero hombre, no emprendiera esta iniciativa eucarística.

El sacerdote, celebrando la Eucaristía, penetra en el corazón de este misterio. Por eso la celebración de la Eucaristía es para él, el momento más importante y sagrado de la jornada y el centro de su vida”.

EL SACERDOTE ES EL HOMBRE DE LA PALABRA

Afirma el Papa que el sacerdote es “el hombre de la palabra de Dios, el hombre del sacramento, el hombre del misterio de la fe”. Y lo razona: “Para ser guía auténtico de la comunidad, verdadero administrador de los misterios de Dios, el sacerdote está llamado a ser hombre de la palabra de Dios, generoso e incansable evangelizador.

Hoy, frente a las tareas inmensas de la "nueva evangelización”, se ve aún más esta urgencia. Después de tantos años de ministerio de la Palabra, que especialmente como Papa me han visto peregrino por todos los rincones del mundo, debo dedicar algunas consideraciones a esta dimensión de la vida sacerdotal. Una dimensión exigente, ya que los hombres de hoy esperan del sacerdote antes que la palabra "anunciada", la palabra "vivida".

El sacerdote debe "vivir de la Palabra”. Pero al mismo tiempo, se ha de esforzar por estar intelectualmente preparado para conocerla a fondo y anunciarla eficazmente.

En nuestra época, la formación intelectual es muy importante. Esta permite entablar un diálogo intenso y creativo con el pensamiento contemporáneo.

Los estudios humanísticos y filosóficos y el conocimiento de la teología son los caminos para alcanzar esta formación intelectual, que debe ser profundizada durante toda la vida.

Pero el estudio, para ser formativo, ha de ir acompañado por la oración, la meditación, la súplica de los dones del Espíritu Santo: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios.

Santo Tomás explica cómo, con los dones del Espíritu Santo, el organismo espiritual del hombre se hace sensible a la luz de Dios, a la luz del conocimiento

y a la inspiración del amor. Esta súplica me ha acompañado desde mi juventud y a ella sigo siendo fiel hasta ahora”.

LA CIENCIA INFUSA PRESUPONE LA ADQUIRIDA

“Enseña Santo Tomás, que la "ciencia infusa", no exime del deber de procurarse la "ciencia adquirida". Después de mi ordenación -escribe -fui enviado a Roma para perfeccionar los estudios. Luego, tuve que dedicarme a la ciencia como profesor de Ética en la Facultad teológica de Cracovia y en la Universidad de Lublin. Su fruto fueron el doctorado sobre San Juan de la Cruz y la tesis sobre Max Scheler.

Debo mucho a este trabajo de investigación, que a mi formación aristotélico-tomista, injertaba el método fenomenológico, que me ha permitido escribir numerosos ensayos creativos, como mi libro "Persona y acción", entrando en la corriente contemporánea del personalismo filosófico, cuyo estudio ha repercutido en los frutos pastorales.

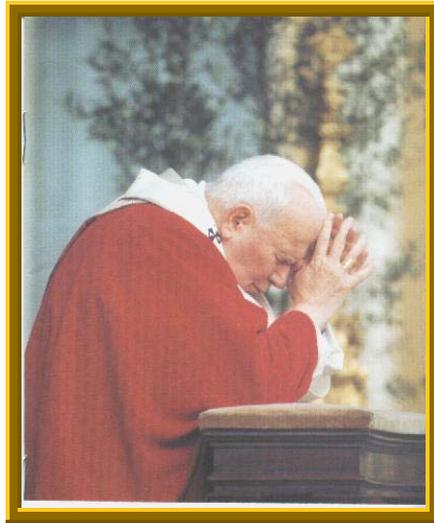
Muchas de las reflexiones maduradas en estos estudios me ayudan en los encuentros con las personas individuales y con las multitudes en mis viajes apostólicos. Esta formación en el horizonte cultural del personalismo me ha dado una conciencia más profunda de cómo cada uno es una persona única e irrepetible, y esto es muy importante para todo sacerdote.

En diálogo con naturalistas, físicos, biólogos e historiadores, se puede llegar a la verdad. Es preciso que el esplendor de la verdad -Veritatis Splendor- permita a los hombres intercambiar reflexiones y enriquecerse recíprocamente.

He traído desde Cracovia a Roma la tradición de encuentros interdisciplinarios periódicos, que tienen lugar durante el verano en Castel Gandolfo”.

LOS LABIOS DEL SACERDOTE

"Los labios de los sacerdotes guardan la ciencia..." (Ml 2,7). A Juan Pablo le gustan estas palabras del profeta Malaquías, por su valor programático para el ministro de la Palabra, que debe ser hombre de ciencia en el sentido más alto del término, pues no sólo debe transmitir verdades doctrinales, sino tener experiencia personal y viva del Misterio porque en esto consiste "la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo" (Jn 17, 3).



CAPÍTULO 15: EL SACERDOTE, HOMBRE DEL SACRAMENTO

En el capítulo anterior habíamos dicho que Juan Pablo II consideraba al sacerdote además del hombre de la Palabra, el hombre del Sacramento, remontándose a la institución de la Eucaristía en la última Cena.

Escuchémosle, de manera sumaria, en "Don y Misterio": "Cristo va a Jerusalén para afrontar el sacrificio cruento del Viernes Santo. Pero el día anterior, en la Última Cena, había instituido el sacramento de este sacrificio.

Pronunció sobre el pan y sobre el vino las palabras de la consagración: "Esto es mi Cuerpo. Este es el cáliz de mi Sangre. Haced esto en conmemoración mía". Sabemos que a esta palabra hay que darle un sentido fuerte, más allá del recuerdo histórico.

Es el "memorial" bíblico, que hace presente el acontecimiento mismo. ¡Es memoria-presencia! Por la acción del Espíritu Santo, que el sacerdote invoca: "Santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu de manera que sean para nosotros el Cuerpo y Sangre de Jesucristo Nuestro Señor".

El sacerdote no sólo recuerda la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, sino que éstos se realicen en el altar por su ministerio, que actúa in persona Christi. Lo que Cristo ha realizado sobre el altar de la Cruz, e instituido como sacramento en el Cenáculo, el sacerdote lo renueva con la fuerza del Espíritu Santo.

En este momento el sacerdote está como envuelto por el poder del Espíritu Santo y las palabras que dice adquieren la misma eficacia que las pronunciadas por Cristo en la Última Cena".

EL HOMBRE DEL MISTERIO DE LA FE

Con la afirmación que sigue a la consagración: “¡Este es el Misterio de la fe!”, el Papa explica el significado real de esta profesión de fe y del compromiso que contraen todos los bautizados al participar de la Eucaristía, de vivir su sacerdocio real y profético. Esta afirmación, dice el Papa, “se refiere a la Eucaristía, pero también al sacerdocio.

No hay Eucaristía sin sacerdocio, como no hay sacerdocio sin Eucaristía. No sólo el sacerdocio ministerial está vinculado a la Eucaristía; también el sacerdocio común de todos los bautizados tiene su raíz en ella. Responden los fieles: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús”.

En el Sacrificio eucarístico los fieles se convierten en testigos de Cristo crucificado y resucitado, y se comprometen a vivir su triple misión -sacerdotal, profética y real- recibida en el Bautismo.

“Cincuenta años después de mi Ordenación puedo decir que el sentido del propio sacerdocio se redescubre cada día más en ese Misterio de fe. Esta es la magnitud del don del sacerdocio y es también la medida de la respuesta que requiere. ¡El don es siempre más grande! Y es hermoso que sea así.

Es hermoso que un hombre nunca pueda decir que ha respondido plenamente al don. Es un don y también una tarea: ¡siempre! Tener conciencia de esto es fundamental para vivir plenamente el propio sacerdocio.

La Redención, el precio que debía pagarse por el pecado, lleva consigo también un renovado descubrimiento, como una "nueva creación", de todo lo que ha sido creado: del hombre como persona, del hombre creado varón y mujer, el redescubrimiento, en su verdad profunda, de todas las obras del hombre, de su cultura y civilización, de todas sus conquistas y actuaciones creativas”.

LA REDEMPTOR HOMINIS

“Después de mi elección como Papa, confiesa, mi primer impulso espiritual fue dirigirme a Cristo Redentor. Nació así la Encíclica “Redemptor hominis”.

Reflexionando sobre todo este proceso veo cada vez mejor la íntima relación que hay entre el mensaje de esta Encíclica y todo lo que se inscribe en el corazón del hombre por la participación en el sacerdocio de Cristo”. Cincuenta años de sacerdocio no son pocos. ¡Cuántas cosas han sucedido en este medio siglo de historia! Han surgido nuevos problemas, nuevos estilos de vida, nuevos desafíos”.

SER SACERDOTE HOY

El sacerdote, con toda la Iglesia, camina con su tiempo, y es oyente atento y benévolo, pero a la vez crítico y vigilante de lo que madura en la historia.

El Concilio ha mostrado cómo es posible y necesaria una auténtica renovación, en plena fidelidad a la Palabra de Dios y a la Tradición. Pero más allá de la debida renovación pastoral, el sacerdote no ha de tener ningún miedo de estar "fuera de su tiempo", porque el "hoy" humano de cada sacerdote está insertado en el "hoy" de Cristo Redentor.

La tarea más grande para cada sacerdote en cualquier época es descubrir día a día este "hoy" suyo sacerdotal en el "hoy" de Cristo, del que habla la Carta a los Hebreos, inmerso en toda la historia, en el pasado y en el futuro del mundo, de cada hombre y de cada sacerdote.

"Ayer como hoy, Jesucristo es el mismo, y lo será siempre" (Hb 13,8). Si estamos inmersos con nuestro "hoy" humano y sacerdotal en el "hoy" de Cristo, no hay peligro de quedarse retrasados en el "ayer"... Cristo es la medida de todos los tiempos. En su "hoy" divino-humano y sacerdotal se supera de raíz toda oposición entre el "tradicionalismo" y el "progresismo".

LAS ASPIRACIONES DEL HOMBRE DE HOY

El hombre contemporáneo, en el fondo, tiene una sola y gran aspiración: tiene sed de Cristo. El resto a nivel económico, social y político lo puede pedir a muchos otros. ¡Al sacerdote se le pide Cristo! Y de él tiene derecho a esperarlo, ante todo mediante el anuncio de la Palabra.

Los presbíteros "tienen como primer deber el anunciar a todos el Evangelio de Dios", según el Decreto de los Presbíteros del Vaticano II, 4. Pero el anuncio tiende a que el hombre encuentre a Jesús, especialmente en el misterio eucarístico, corazón palpitante de la Iglesia y de la vida sacerdotal. Es un misterioso y formidable poder el que el sacerdote tiene sobre el Cuerpo eucarístico de Cristo.

Él es el administrador del bien más grande de la Redención porque da a los hombres el Redentor en persona. Celebrar la Eucaristía es la misión más sublime y más sagrada de todo presbítero. Y para mí, desde los primeros años de sacerdocio, la celebración de la Eucaristía ha sido no sólo el deber más sagrado, sino sobre todo la necesidad más profunda del alma.

MINISTRO DE LA MISERICORDIA

Como administrador del sacramento de la Reconciliación, el sacerdote cumple el mandato de Cristo a los Apóstoles después de su resurrección: "Recibid el

Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos'' (Jn 20,22).

¡El sacerdote es testigo e instrumento de la misericordia divina! ¡Qué importante es en su vida el servicio en el confesionario! Allí se realiza del modo más pleno su paternidad espiritual. En el confesionario se convierte en testigo de los grandes prodigios que la misericordia divina obra en el alma que acepta la gracia de la conversión.

Es necesario que todo sacerdote al servicio de los hermanos en el confesionario tenga él mismo la experiencia de esta misericordia de Dios a través de la propia confesión periódica y de la dirección espiritual.

Administrador de los misterios divinos, el sacerdote es un especial testigo del Invisible en el mundo. En efecto, es administrador de bienes invisibles e inconmensurables que pertenecen al orden espiritual y sobrenatural.

UN HOMBRE EN CONTACTO CON DIOS

Como administrador de tales bienes, el sacerdote está en permanente y especial contacto con la santidad de Dios. "¡Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo! Los cielos y la tierra están llenos de tu gloria''.

La majestad de Dios es la majestad de la santidad. En el sacerdocio el hombre es elevado a la esfera de esta santidad, de algún modo llega a las alturas en las que una vez fue introducido el profeta Isaías.

El sacerdote vive todos los días, continuamente, el descenso de esta santidad de Dios hasta el hombre: "Bendito el que viene en el nombre del Señor". Así aclamaban las multitudes de Jerusalén a Cristo que llegaba a la ciudad para ofrecer el sacrificio por la redención del mundo.

La santidad trascendente, de alguna manera "fuera del mundo" llega a ser en Cristo la santidad "dentro del mundo". Es la santidad del Misterio pascual.

LLAMADO A LA SANTIDAD

En contacto continuo con la santidad de Dios, el sacerdote debe llegar a ser santo. Su mismo ministerio lo compromete a una opción de vida inspirada en el radicalismo evangélico.

Debe vivir el espíritu de los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia y se comprende la especial conveniencia del celibato. De aquí surge la necesidad de la oración en su vida: la oración brota de la santidad de Dios y es la respuesta a esta santidad. ´

“La oración hace al sacerdote y el sacerdote se hace a través de la oración”. Sí, el sacerdote debe ser ante todo hombre de oración, convencido de que el tiempo dedicado al encuentro íntimo con Dios es siempre el mejor empleado, porque además de ayudarlo a él, ayuda a su trabajo apostólico.

Si el Concilio Vaticano II habla de la vocación universal a la santidad, en el caso del sacerdote es preciso hablar de una especial vocación a la santidad. ¡Cristo tiene necesidad de sacerdotes santos! ¡El mundo actual reclama sacerdotes santos!

Solamente un sacerdote santo puede ser, en un mundo cada vez más secularizado, testigo transparente de Cristo y de su Evangelio. Solamente así el sacerdote puede ser guía de los hombres y maestro de santidad. Los hombres, sobre todo los jóvenes, esperan un guía así. ¡El sacerdote puede ser guía y maestro en la medida en que es un testigo auténtico!

EL CUIDADO DE LAS ALMAS

En mi ya larga experiencia, a través de situaciones tan diversas, me he afianzado en la convicción de que sólo desde el terreno de la santidad sacerdotal puede desarrollarse una pastoral eficaz, un verdadero cuidado de las almas. El auténtico secreto de los éxitos pastorales no está en los medios materiales, y menos aún en la "riqueza de medios". Los frutos duraderos de los esfuerzos pastorales nacen de la santidad del sacerdote. ¡Este es su fundamento!

Naturalmente son indispensables la formación, el estudio y la actualización; en definitiva, una preparación adecuada que capacite para percibir las urgencias y definir las prioridades pastorales. Sin embargo, se podría afirmar que las prioridades dependen también de las circunstancias, y que cada sacerdote ha de precisarlas y vivirlas de acuerdo con su obispo y en armonía con las orientaciones de la Iglesia universal.

En mi vida he descubierto estas prioridades en el apostolado de los laicos, de modo especial en la pastoral familiar, en la atención a los jóvenes y en el diálogo con el mundo de la ciencia y de la cultura. Todo esto se ha reflejado en mi actividad científica y literaria. Surgió así el estudio "Amor y responsabilidad" y, entre otras cosas, una obra literaria: "El taller del orfebre", con el subtítulo Meditaciones sobre el sacramento del matrimonio.

Una prioridad ineludible es hoy la atención preferencial a los pobres, los marginados y los emigrantes. Para ellos el sacerdote debe ser verdaderamente un "padre". Ciertamente los medios materiales son indispensables, como los que nos ofrece la moderna tecnología.

Sin embargo, el secreto es siempre la santidad de vida del sacerdote que se expresa en la oración y en la meditación, en el espíritu de sacrificio y en el ardor

misionero. Cuando pienso en los años de mi servicio pastoral como sacerdote y como obispo, más me convengo de lo verdadero y fundamental que es esto.

A LOS HERMANOS EN EL SACERDOCIO

Juan Pablo II siente la urgencia de dirigirse a sus sacerdotes y seminaristas: "Al concluir este testimonio sobre mi vocación sacerdotal, deseo dirigirme a todos los Hermanos en el sacerdocio: ¡a todos sin excepción! Lo hago con las palabras de San Pedro: "Hermanos, poned el mayor empeño en afianzar vuestra vocación y vuestra elección. Obrando así nunca caeréis" (2 Pe I, 10).

¡Amad vuestro sacerdocio! ¡Sed fieles hasta el final! Sabed ver en él aquel tesoro evangélico por el cual vale la pena darlo todo (Mt 13, 44). De modo particular me dirijo a aquellos de entre vosotros que viven un período de dificultad o incluso de crisis de su vocación.

Quisiera que este testimonio personal mío -testimonio de sacerdote y de Obispo de Roma, que celebra las Bodas de Oro de la Ordenación- fuese para vosotros una ayuda y una invitación a la fidelidad.

He escrito esto pensando en cada uno de vosotros, abrazándoos a todos con la oración. He pensado también en tantos jóvenes seminaristas. ¡Cuántas veces un obispo va con la mente y el corazón al seminario! Este es el primer objeto de sus preocupaciones.

El seminario es para un obispo la "pupila de sus ojos". El hombre defiende las pupilas de sus ojos porque le permiten ver. Así, en cierto modo, el obispo ve su Iglesia a través del seminario, porque de las vocaciones sacerdotales depende gran parte de la vida eclesial.

La gracia de numerosas y santas vocaciones sacerdotales le permite mirar con confianza el futuro de su misión. Digo esto basándome en los muchos años de mi experiencia episcopal.

Fui nombrado obispo doce años después de mi Ordenación sacerdotal: buena parte de estos cincuenta años ha estado precisamente marcada por la preocupación por las vocaciones. La alegría del obispo es grande cuando el Señor da vocaciones a su Iglesia; su falta, por el contrario, provoca preocupación e inquietud.

El Señor Jesús ha comparado esta preocupación a la del segador: "La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9, 37).

ACCION DE GRACIAS A DIOS

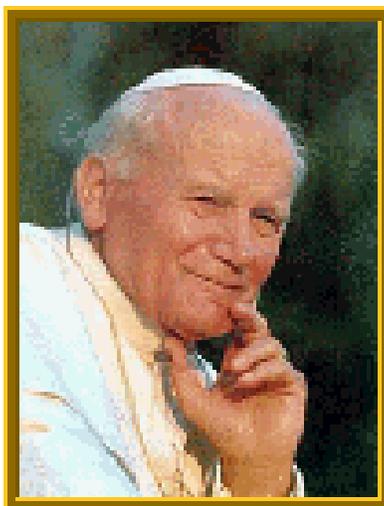
No puedo terminar estas reflexiones, en el año de mis Bodas de Oro sacerdotales sin expresar al Señor de la mies la más profunda gratitud por el don de la vocación, por la gracia del sacerdocio, por las vocaciones sacerdotales en todo el mundo. Lo hago en unión con todos los obispos, que comparten la misma preocupación por las vocaciones y sienten la misma alegría cuando aumenta su número.

Cada nuevo sacerdote trae consigo una bendición especial: "Bendito el que viene en nombre del Señor". En efecto, es Cristo mismo quien viene en cada sacerdote. Si San Cipriano ha dicho que el cristiano es "otro Cristo", con mayor razón se puede decir: Sacerdos alter Christus.

Que Dios mantenga en los sacerdotes una conciencia agradecida y coherente del don recibido, y suscite en muchos jóvenes una respuesta pronta y generosa a su llamada a entregarse sin reservas por el Evangelio. De ello se beneficiarán los hombres y mujeres de nuestro tiempo, tan necesitados de sentido y de esperanza. Y se alegrará la comunidad cristiana, que podrá afrontar con confianza las incógnitas y desafíos del tercer Milenio.

Que la Virgen María acoja este testimonio mío como una ofrenda filial, para gloria de la Santísima Trinidad. Que la haga fecunda en el corazón de los hermanos en el sacerdocio y de tantos hijos de la Iglesia.

Que haga de ella una semilla de fraternidad también para quienes, aun sin compartir la misma fe, me hacen con frecuencia el don de su escucha y del diálogo sincero.



CAPÍTULO 16: Y TODO ACOMPAÑADO DE UN BUEN HUMOR ESLAVO

Los que no conozcan bien a Karol Wojtyła podrían tener una caricatura de su personalidad si lo pensaran siempre trascendente y, en frase de Unamuno, estupendo.

La verdad es que toda su profundidad y sus intuiciones reales y de calado, se desarrollan en un clima de serenidad y alegría en el discurrir de su vida y actividad y para probarlo selecciono un ramillete de chispazos. Cuando era Cardenal de Cracovia preguntó a un grupo de jóvenes italianos:

-¿Cuántos cardenales italianos saben esquiar?

- En Polonia, el 50 % de los Cardenales polacos practican el esquí. Sólo había dos cardenales, Wiszinski y él, y el único que esquiaba era él. -En África Juan Pablo lo había pasado en grande, y la alegría espontánea de aquellos cristianos nuevos lo había conmovido y revigorizado. No dejó de burlarse de quienes se veían incapaces de seguir un ritmo tan brutal.

En un momento dado saludó con la mano a un equipo de televisión alemán y preguntó: “¿Qué tal, chicos? ¿Seguís vivos?”

-Y a los monseñores de la curia, exhaustos por la marcha y el calor, les dijo: “No os preocupéis, que este año, pasaremos la Navidad en la nieve, en una estación de esquí en los Abruzos en Terminillo”.

Los preladados, acostumbrados al ritmo tradicional del Vaticano, no parecieron quedarse muy tranquilos.

La teología política del padre Juan Metz era controvertida, considerada como fuente de la teología de la liberación. Al final del seminario de humanidades en Castelgandolfo, creado por el Papa, a la hora de la foto de familia, Metz trataba

de pasar inadvertido. El Papa se fijó en él y le dijo: “¡Usted, Metz, un poco más cerca del Papa!”, y todos se rieron, incluido Metz que obedeció.

-Cuando dispone construir una piscina en Castelgandolfo, le dijeron: Santidad ¿y si los paparazzi sacan en las revistas al Papa en bañador? “Cuando saquen 100 ya estarán satisfechos, ¿no cree? “

Durante la segunda Cuaresma que predicó el padre Rainiero Cantalamesa a la Casa Pontificia, disertó sobre el tema del demonio. El Prefecto de la Casa Pontificia, que acompañaba al papa después de la predicación a sus apartamentos, le dijo: “Ahora, Santidad, sabemos que el predicador cree en la existencia del demonio; es una buena señal, piensa como el papa”.

El Papa le respondió: “La buena señal es que el papa piensa como el predicador”. En el mes de noviembre de 1793, cuando la República Francesa, en Notre-Dame de París fue entronizada la diosa Razón. Sobre una especie de montaña por la que descendían las leyes y los pensamientos inspirados en la proximidad del cielo, se había construido el templo de la filosofía donde aparecían las imágenes de los sabios fundadores de la nueva religión.

Brillaba la antorcha de la Verdad entre dos filas de jovencitas vestidas de blanco y coronadas de hojas de encina, que esperaban la aparición de la diosa, que salió del templo de la Filosofía.

Desde esta perspectiva racionalista, la Iglesia se convierte en una institución más, el papa es despojado del misterio en que se fundamenta su elección, origen de su autoridad y se pondrá en tela de juicio su magisterio, reducido a símbolo inoperante.

Así se explica que centenares de teólogos racionalistas, servidores de la diosa Razón, reprocharán al papa excesos de poder y denigrarán su moral, que preferirían más acorde con el espíritu del siglo.

–“Se preocupan por agradar al mundo”, dice el Papa, mirando hacia la capilla donde reza a diario mucho rato; “yo tengo que preocuparme en primer lugar de agradar a Dios”, ha escrito André Frosard. A los jóvenes en Cuatro Vientos: “¿Cuántos años tiene el Papa? “¡¡Eres joven”!!, gritan. “Un joven de 83 años”...

A una señora polaca que, después del atentado le dijo: Santidad, estoy muy preocupada por Su Santidad, le respondió: “También yo, señora, estoy preocupado por mi santidad”.

Había escrito también el mismo André Frosard: “Wojtyla al tomar el nombre de Juan Pablo II, se ha puesto a la sombra de sus dos predecesores, pero el sol no puede ponerse a la sombra”. El Papa, entristecido, le dijo: -“¿Está usted seguro de que es necesaria esa comparación? ¿No puede usted encontrar otra cosa?”.

El mismo André Frosard refiere que Juan Pablo le contó un chiste:

El Papa está orando y le pregunta a Dios: “Señor, recobraré Polonia algún día la libertad? “Sí”, le responde Dios, pero no mientras tú vivas”. El Papa sigue preguntando: “Señor, ¿después de mí habrá algún Papa polaco?” “No, mientras yo viva”, contesta Dios.

SUS INTUICIONES CONFIRMADAS POR LA EXPERIENCIA

Todavía adolescente, pensaba que la crisis del mundo moderno era una crisis de ideas, de la idea del ser humano y de que la historia se escribe a partir de la cultura y de las ideas, porque las ideas entrañan consecuencias y, si son erróneas originan aspiraciones destructivas, aunque se disfracen de humanismo.

Sus intuiciones tempranas sobre la raíz de la crisis de la edad moderna irán afinándose con la experiencia y enriquecerán su gobierno con una experiencia pastoral de enorme amplitud respecto a los problemas reales del mundo de hoy. En el campo filosófico y desde la Universidad Católica de Lublín, reconstruyó los cimientos intelectuales de la civilización moderna.

A través de miles de horas en el confesionario, de cientos de seminarios, libros, clases y artículos, y a lo largo de un pontificado en que ha tratado los asuntos más importantes del panorama humano, su convicción fundamental ha permanecido constante: los horrores de la vida del siglo XX, nazis, comunistas, racistas, nacionalistas, consumistas, hedonistas y egocentristas, son producto de conceptos erróneos del ser humano, aunque la era moderna se enorgullezca de su humanismo y declare la libertad como su más noble aspiración.

LA “VERITATIS SPLENDOR”, EJE DE SU FILOSOFIA HUMANISTA

Juan Pablo II comparte este orgullo y esta aspiración, pero cree que ni el humanismo contemporáneo ni la libertad que persigue tienen cimientos seguros.

Y las grietas en los cimientos son fatales, son asuntos de vida o muerte para millones de personas, porque un humanismo con una inadecuada interpretación de la libertad, se convierte en autodestructivo y antropófago, la libertad se convierte en libertinaje y la anarquía en una amenaza.

La supremacía de raza de Hitler, la lucha de clases de Marx, la utopía de Lenin, la crueldad de Stalin, han producido una horrible montaña de asesinatos criminales acrecentada por las modernas tecnologías.

¿Y cómo ver la catástrofe a que el mundo está abocado motivado por el odio que engendra el terrorismo amenazador? ¿A dónde va a parar la humanidad

cuando los inventos, fruto de de la propia creatividad, amenazan la existencia del proyecto humano?

Ahondando en el problema se forjaron en Juan Pablo sus convicciones de que la persona es un ser moral en sí mismo y la moralidad no es un fruto añadido de una cultura y condicionado por la historia y estudiado por la moral de situación, sino que el ser humano es un agente moral, lo que significa que vivimos en un universo humano cuya estructura es dramática, porque aboca al hombre al gran drama de luchar para transformar la persona que es en la que debe ser.

Lucha que es enfrentarse a la realidad del mal, en crímenes colectivos como el Holocausto, los Gulag y los Pol-Pot, en la explotación del ser humano, económica, política o sexualmente y en la vida de cada día.

El mal no tiene la última palabra, porque en el centro del drama humano está Cristo, cuya participación en la condición humana y victoria sobre la muerte, significan que la lucha no es ni una vana ilusión ni una fantasía ante el temor de la oscuridad moderna. La esperanza en Cristo es la verdad de nuestro mundo y la exclusión de Cristo es un atentado contra el hombre.

IDEAS CLAVE DE LA ENCÍCLICA “VERITATIS SPLENDOR”

La humanidad para ser libre tiene que respetar la verdad sobre el hombre. Los mandamientos de la ley de Dios no son un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino una senda hacia la altura de la perfección.

La adquisición de la cultura moderna debe basarse en el sentido profundo de la dignidad de la persona y del respeto a la conciencia, que no justifican una concepción subjetiva del juicio moral.

El hombre es libre, pero sólo Dios tiene poder de decidir sobre el bien y el mal. Las normas éticas derivan de la naturaleza humana e incluyen preceptos que obligan a todos y siempre, pues la naturaleza humana trasciende la diversidad de las culturas. Como la conciencia puede errar, nunca es aceptable confundir un error subjetivo sobre el bien moral con la verdad objetiva.

Los pronunciamientos de la Iglesia sobre cuestiones morales no menoscaban la libertad de conciencia, porque esa libertad no es nunca con respecto a la verdad sino sólo en la verdad.

Es importante la opción fundamental de orientar la vida hacia Dios. Pero, aunque no haya un rechazo explícito de Dios, la trasgresión voluntaria de la ley moral en materia grave es pecado grave. Cuando los actos son intrínsecamente malos, la intención buena o determinadas circunstancias pueden atenuar su malicia, pero no suprimirla.

Es ingenuo pensar que se presta un servicio al hombre deslavazando la moral, pues la comprensión exige amor al bien verdadero de la persona y a su auténtica libertad.

La alianza entre democracia y relativismo ético priva a la convivencia de referencias morales seguras. Los teólogos moralistas, que aceptan la función de enseñar la doctrina de la Iglesia, deben dar ejemplo de asentimiento al Magisterio. Los Obispos deben exigir que se respete el derecho de los fieles a recibir la doctrina católica en su pureza e integridad.

SIN LEY NATURAL NO HAY FUNDAMENTO ÉTICO COMÚN

En estos momentos falta un fundamento ético en la humanidad por el rechazo de la ley natural, que no se puede justificar por la diferente creencia o cultura ni por el consenso de las mayorías. Como consecuencia de la crisis de la metafísica, en muchos ambientes no se acepta que hay una verdad grabada en el corazón de todo ser humano.

Es pernicioso difundir entre los creyentes una moral de carácter fideísta. “Falta una referencia objetiva para las legislaciones que se basan solamente en el consenso social, haciendo cada vez más difícil el que se pueda llegar a un fundamento ético común a toda la humanidad.

Para redescubrir la idea de la ley moral natural, este Papa ha escrito dos encíclicas, la “Veritatis splendor” en 1993 y la “Fides et ratio” en 1998. Por desgracia, no parece que estas enseñanzas hayan sido recibidas hasta ahora en la medida deseada y este problema complejo debe ser profundizado ulteriormente”, ha dicho Juan Pablo II en reciente discurso.

FUNDAMENTOS DE LA MORAL

En la encíclica Veritatis splendor, Juan Pablo II explica detenidamente los fundamentos de la moral teniendo en cuenta la situación cultural y social actual.

La encíclica es una luminosa enseñanza sobre la libertad, de la que ha dicho que si él hubiera de escoger una frase del Evangelio, se quedaría con ésta: “La verdad os hará libres”. La encíclica, dice, quiere recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas.

El peligro viene de tendencias influidas por corrientes de pensamiento que desvinculan la libertad humana de su relación con la verdad, origen de varios errores: la negación de la doctrina sobre la ley natural; el rechazo de ciertas enseñanzas morales de la Iglesia; la duda de la validez de los Mandamientos en toda circunstancia y el nexo entre fe y moral, como si sólo la primera definiera la pertenencia a la Iglesia, y no las cuestiones sobre la conducta, que pertenecerían al juicio de la conciencia individual.

UNA MORAL ALENTADORA

En una penetrante meditación sobre el diálogo entre Jesús y el joven rico (Mt 19, 16), que siempre se citaba para argumentar sobre la vocación religiosa: “¿Qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?”, subraya el Papa, no se refiere tanto a las reglas que hay que observar, cuanto a la aspiración central de toda decisión y de toda acción humana.

La pregunta es un eco de la llamada de Dios, Bien absoluto, que nos atrae hacia Sí. De esta perspectiva se ha de partir para renovar la teología moral, como quiso el Concilio Vaticano II, de manera que su exposición ponga de relieve la altísima vocación que los fieles han recibido de Cristo, corrigiendo la ley de mínimos y la casuística de los últimos siglos, derivada de los nominalistas del XIV, acrecentada con la Ilustración y contaminada por el jansenismo, que partían del Antiguo Testamento y del Decálogo, marginando la gracia de Cristo.

Se había atenuado la conexión entre la teología moral y la dogmática y espiritual, como si pensar en vida moral fuera algo distinto de la vida de gracia vivida en Jesucristo.

El principal punto de referencia de la teología moral preconiliar eran los Diez Mandamientos, no el Sermón de la Montaña, y era importante insistir en que los mandatos debían entenderse en un contexto claramente cristiano. Las Bienaventuranzas y los Diez Mandamientos debían ir juntos.

La vida moral debía ser concebida otra vez como un crecimiento en la alegría de la virtud para prepararnos a alcanzar nuestro destino: la vida eterna en la luz y el amor de la Santísima Trinidad. La Gracia, la oración y la iluminación del alma por el Espíritu Santo eran minimizadas. La llamada del Concilio al desarrollo de la teología moral estaba justificada.

La controversia que siguió al Vaticano II tenía que ver con este desarrollo y su relación con las fuentes de la moral católica de la Biblia, los primeros Padres de la Iglesia y santo Tomás de Aquino. La Ley, según Pablo a los Gálatas, cumplió el oficio de pedagogo que anuncia y denuncia el pecado, pero es la gracia de Cristo la que lo destruye.

Juan Pablo II, siguiendo el apunte no desarrollado del Concilio, presenta el fundamento de la moral cristiana en su horizonte amplio y atractivo, con una exposición positiva, lejos de todo legalismo o rigorismo, de visiones estrechas y casuísticas extenuantes.

Al hilo del pasaje evangélico, muestra que la vida moral es el crecimiento del hombre en la libertad, lo que supone una verdadera revolución equiparable a la conseguida por Santo Tomás en el siglo XIII en que, bautizando a Aristóteles,

dio un viraje a la formulación de la teología, que influye hasta hoy. También este nuevo rumbo iniciado por Juan Pablo II, influirá positivamente en los siglos venideros.

LAS EXIGENCIAS DEL AMOR

La vida moral es la respuesta a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica en favor del hombre. Es una respuesta de amor. Por eso, reconocer al Señor como Dios es el núcleo fundamental, el corazón de la Ley, del que derivan y al que se ordenan los preceptos particulares.

Los preceptos del Decálogo constituyen la primera etapa necesaria en el camino hacia la libertad. No son imposiciones externas a la persona, pues Jesús eleva los mandamientos de Dios, interiorizando y radicalizando sus exigencias: el amor al prójimo brota de un corazón que ama y que, porque ama, está dispuesto a las mayores exigencias.

Los mandamientos no deben ser entendidos como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor. Jesús indica el itinerario que comienza con el respeto de los mandamientos y culmina en su invitación al joven: “Si quieres ser perfecto... ven y sígueme”.

Seguir a Cristo es el fundamento esencial y original de la moral cristiana. Esta configuración con Cristo no es posible para el hombre con sus solas fuerzas, sino que es fruto de la gracia. En este juego de la llamada de Dios y la respuesta humana se manifiesta la dinámica particular del crecimiento de la libertad hacia su madurez.

LA LIBERTAD RECLAMA LA VERDAD

El sentido más profundo de la dignidad de la persona y de su unicidad, y el respeto debido a la conciencia, es una adquisición positiva de la cultura moderna.

Pero estas conquistas quedan, en algunas corrientes del pensamiento de hoy, desvirtuadas por varias desviaciones: Se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores; se ha atribuido a la conciencia individual la prerrogativa de una instancia suprema del juicio moral, hasta llegar a una concepción radicalmente subjetiva del juicio moral.

Tales errores están estrechamente relacionados con la crisis en torno a la verdad, que lleva a una ética individualista, para la cual cada uno se encuentra ante su verdad, distinta de la verdad de los demás.

Esta crisis explica la paradoja de que nuestro tiempo, en que tanto se ha exaltado la libertad, sea a la vez la época de los determinismos de toda clase y exagerando los condicionamientos históricos, sociales, psicológicos, biológicos.

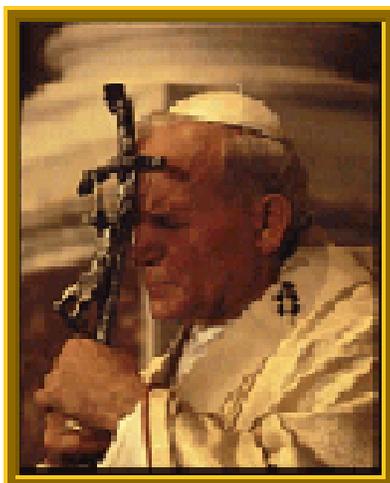
LA JUSTA AUTONOMIA DEL HOMBRE

Algunas tendencias de la teología moral, influidas por esas corrientes de pensamiento, coinciden en debilitar o negar la dependencia de la libertad de la verdad. El Papa aclara la relación entre la libertad y la ley.

Ciertas corrientes teológicas plantean un pretendido conflicto entre la libertad y la ley, porque piensan que el sometimiento a normas no creadas por el hombre, como la ley natural de que habla la Iglesia, sería incompatible con su dignidad.

El Papa reconoce una justa autonomía del hombre, pero sólo Dios tiene poder de decidir sobre el bien y el mal, lo que no es arbitrariedad, porque Dios, que sólo Él es bueno, conoce perfectamente lo que es bueno para el hombre y en virtud de su mismo amor se lo propone en los mandamientos.

La ley natural no manda sino el bien del hombre, pero él es libre con autonomía propia, que aunque no le capacita para crear los valores y las normas morales, es sujeto de la vida moral que exige su propia creatividad, origen y causa de sus actos deliberados.



CAPÍTULO 17: POR ENCIMA DE LA DIVERSIDAD DE LAS CULTURAS

Donde sólo hay leyes biológicas la Iglesia insiste en que se debe respetar la estructura natural del acto sexual por ley moral se dice, lo cual es no entender la unidad de alma y cuerpo, olvidando que es en esta unidad donde la persona es sujeto de sus actos morales.

Dividir alma y cuerpo es separar la naturaleza de la libertad. Como la ética tiene su origen en la naturaleza humana, incluye preceptos que obligan a todos y siempre. Pero a lo largo de la historia han existido diversas culturas. ¿Se puede mantener que unos mismos preceptos son válidos en todo contexto cultural?

Aunque el hombre existe siempre en una cultura concreta, no se agota en esta misma cultura y el mismo progreso de las culturas demuestra que en el hombre hay algo que las trasciende, que es la naturaleza del hombre, y ella es la medida de la cultura y la condición para que el hombre no sea prisionero de ninguna de sus culturas, sino que defienda su dignidad personal de acuerdo con la verdad profunda de su ser.

LA CONCIENCIA

Según las teorías que proponen una interpretación creativa de la conciencia, ésta no puede limitarse a aplicar normas universales, que no recogen las particularidades de las distintas situaciones y personas. Por tanto, la conciencia estaría autorizada a salirse de la ley para justificar acciones que ésta prohíbe.

El Papa explica que la conciencia es testigo de la cualidad moral de la persona y de sus actos; por eso pronuncia juicios de absolución y de condena, por lo mismo que reconoce el carácter universal de la ley.

La conciencia es la norma de la moralidad personal, porque la autoridad de su voz y de sus juicios deriva de la verdad sobre el bien y sobre el mal moral, que debe escuchar y expresar. La posibilidad de errar muestra la necesidad de formar la conciencia, para que pueda estar en continua conversión a la verdad y al bien.

Para juzgar con rectitud no basta conocer la ley de Dios: es indispensable una especie de connaturalidad entre el hombre y el verdadero bien, lo que se consigue mediante la virtud y la gracia. La Iglesia se pone sólo y siempre al servicio de la conciencia.

LA OPCIÓN FUNDAMENTAL

Según ella la cualidad moral de la persona depende de la orientación general que ésta haya dado a su vida, por o contra el amor a Dios y al prójimo. Los actos concretos importan menos, y el pecado grave, que aparta de Dios, se da sólo en la opción fundamental de rechazar su amor.

La encíclica señala que la doctrina cristiana reconoce la importancia de la opción fundamental que compromete la libertad ante Dios por la elección de la fe. Conserva plena validez la doctrina que distingue pecados graves y veniales.

NO BASTA LA BUENA INTENCIÓN

Examina el problema, clásico, de las fuentes de la moralidad, a propósito de la corriente actual llamada teleologismo, que pone la moralidad en la intención y olvida el objeto de la acción, valorando la intención según las consecuencias de la acción, el consecuencialismo, o según la proporción de sus efectos buenos o malos, proporcionalismo, mirando si se busca la mayor proporción posible de bien o el mal menor. Según esto no hay prohibiciones morales, que no admitan excepciones.

Un acto que violara normas universales negativas podría ser admisible si el sujeto, con la intención puesta en los valores morales superiores, obrara según una ponderación responsable de los bienes implicados. A esto responde la encíclica que el obrar humano no puede ser valorado moralmente bueno sólo porque la intención del sujeto sea buena.

La fuente primordial de la moralidad es otra. «La moralidad del acto humano depende sobre todo y fundamentalmente del objeto elegido racionalmente por la voluntad deliberada».

Por tanto, hay actos intrínsecamente malos: lo son siempre y por sí mismos por su objeto, independientemente de las intenciones de quien actúa y de las circunstancias. Para tener buena intención es imprescindible querer el bien y evitar el mal, y algunos actos son en sí mismos malos.

LA VERDADERA COMPRENSIÓN

La encíclica destaca el valor insustituible del bien moral para la sociedad, y presenta la vida moral de un modo realista y alentador. El camino del bien aparece sembrado de dificultades, que es preciso afrontar con coraje.

Sería ingenuo y dañino pensar que se presta un servicio al hombre aguando la moral: así se facilitaría la destrucción de la convivencia y los atentados a la dignidad humana. Es responsabilidad de los Pastores de la Iglesia recordar a los fieles las exigencias morales en toda su radicalidad y pureza, pues la gracia de Dios capacita para vivir de acuerdo con ellas.

La fe tiene también un contenido moral: suscita y exige un compromiso coherente de vida. La verdadera comprensión y la genuina compasión son amor a la persona, a su verdadero bien, a su libertad auténtica; y no falsificar la medida del bien y del mal para adaptarla a las circunstancias.

Frente al relativismo, sólo una moral que reconoce normas válidas siempre y para todos, sin ninguna excepción, puede garantizar el fundamento ético de la convivencia social.

Es fácil comprender que lo contrario lleva a que se multipliquen los abusos, en perjuicio sobre todo de los más débiles, pues, una vez admitidas excepciones a la ley moral, más se exceptúa quien más puede. Por eso, el Papa -como hizo ya en Centesimus annus, advierte del peligro que representa la alianza entre democracia y relativismo ético, que puede terminar en un totalitarismo visible o encubierto.

ASPIRAR A LO MEJOR

En las circunstancias actuales, en que se da un «oscurecimiento del sentido moral», «la evangelización - la "nueva evangelización"- comporta también el anuncio y la propuesta moral».

A este respecto, tienen una misión específica, junto a la propia de los Pastores, los teólogos moralistas. A éstos compete esclarecer cada vez más la doctrina moral y «dar, en el ejercicio de su ministerio, el ejemplo de un asentimiento leal, interno y externo, a la enseñanza del Magisterio».

No es su función reinventar o cambiar la moral, ni ejercer el vedettismo: «El disenso, a base de contestaciones calculadas y de polémicas a través de los medios de comunicación social, es contrario a la comunión eclesial».

Sin olvidar que el pueblo cristiano tiene derecho a recibir enseñanzas conformes con la fe. Es deber de los obispos vigilar para que se respete este derecho de los fieles, evitando la confusión. Así, les corresponde «reconocer, o

retirar en casos de grave incoherencia, el apelativo de "católico" a escuelas, universidades o clínicas, relacionadas con la Iglesia.

El ámbito espiritual de la esperanza siempre está abierto al hombre, con la ayuda de la gracia y con la colaboración de la libertad humana. La Iglesia confía en el hombre, en su capacidad para el bien, sin duda debilitada por el pecado, pero que la gracia restaura y potencia. Lo mejor siempre es posible.

Ahora que en tantos lugares la corrupción rampante y la escalada del crimen como el reciente experimento de los científicos coreanos con el que llegaron a fabricar un embrión humano, la clonación terapéutica, modo eufemístico de realizar un asesinato, como lo hicieron ya en los lager nazis y en los gulags soviéticos, que es fabricar personas humanas, como se hacen los fármacos en cadena productiva, en envases comercializados y con una calculada fecha de caducidad, con la diferencia de que lo que se ofrece no es una pastilla, un jarabe o un sobre efervescente, sino una persona humana que, una vez construida, se usa parcialmente y... se tira lo demás.

Una entrega más, de una larga saga, por la que el hombre que se posiciona con rivalidad descreída ante Dios, en el fondo, quiere jugar a serlo él, destronando al verdadero Dios. Cuando se suspira por una renovación ética, el Papa recuerda que el ideal que propone la Iglesia es asequible. Puede parecer como si la moral cristiana fuese en sí misma demasiado difícil: ardua para ser comprendida y casi imposible de practicarse.

Esto es falso, porque la moral consiste en el seguimiento de Jesucristo, en el abandonarse a Él, en dejarse transformar por su gracia y ser renovados por su misericordia.

EL ESTUDIO DE RATZINGER

Según el cardenal Ratzinger, tras la caída de las ideologías marxistas, no se ha redescubierto la ética, sino más bien su desprecio y el refugio en el pragmatismo. Los años 1968, con la revolución estudiantil, y 1989, con la caída del régimen soviético constituyen una clave para comprender lo que sucedió en las últimas décadas del siglo XX.

El año 1968 está ligado al surgimiento de una nueva generación, que no sólo consideró inadecuada, llena de injusticia, de egoísmo y afán de posesión, la obra de reconstrucción tras la segunda guerra mundial, sino que concibió toda la evolución de la historia, comenzando por la época del triunfo del cristianismo, como un error y un fracaso.

Queriendo mejorar la historia y crear un mundo de libertad, de igualdad y de justicia, estos jóvenes creyeron que habían encontrado el mejor camino en la gran corriente del pensamiento marxista.

El año 1989 asistió al derrumbe de los regímenes socialistas en Europa, que dejaron tras de sí una triste huella de tierras y almas destruidas. La doctrina de salvación marxista, había nacido en sus numerosas versiones articuladas de diferentes maneras, como una visión única y científica del mundo, acompañada por una motivación ética y capaz de acompañar a la humanidad en el futuro.

Así se explica su difícil adiós, incluso después del trauma de 1989. Basta pensar en lo discreta que ha sido la discusión sobre los horrores de los "gulags" comunistas, y en lo poco que se ha escuchado la voz de Solzjenitsin: de todo esto no se habla.

El silencio ha sido impuesto por una especie de pudor. Incluso se menciona sólo de vez en cuando al sanguinario régimen de Pol Pot, de pasada. Pero ha quedado el desengaño, junto a una profunda confusión. Ya nadie cree hoy en las grandes promesas morales.

El marxismo se había concebido en estos términos: una corriente que auspiciaba justicia para todos, la llegada de la paz, la abolición de las injustificadas relaciones de predominio del hombre sobre el hombre, etc... Para alcanzar estos nobles objetivos se pensó en que había que renunciar a los principios éticos y que se podía utilizar el terror como instrumento.

En el momento en el que todos pudieron ver, aunque sólo fuera en su superficie, las ruinas provocadas en la humanidad por esta idea, la gente prefirió refugiarse en la vida pragmática y profesar públicamente el desprecio por la ética. ¿Dónde ha quedado, en todos estos años, la voz de la fe cristiana? La respuesta a la pregunta constituye el desafío cristiano del momento.

¿POR QUÉ HE TITULADO JUAN PABLO MAGNO EN ESTA SERIE?

En la historia de los Papas nos encontramos, en el siglo V, dos con el título de "Magno": San León Magno y San Gregorio Magno. En esta serie dedicada a rendir homenaje filial a Juan Pablo II, me he atrevido a calificar a este Papa gigantesco, con el mismo título, que espero le otorgará la historia.

En el siglo V, sucedieron grandes acontecimientos en momentos muy conflictivos, cuando destacaban personajes como Recaredo, que abjuró el arrianismo convertido por San Leandro de Sevilla y San Remigio de Reims, que bautizó a Clodoveo. Leandro había coincidido en Constantinopla con el que llegaría a ser Gregorio Magno.

Atila, rey de los Hunos, después de asolar Venecia y tomar Milán, llegó a Roma. León Magno le salió al encuentro y le impresionó tanto que le prometió abandonar la guerra y retirarse a la otra parte del Danubio, momento inmortalizado por Rafael.

Si el pontificado de San León Magno, en la mitad del siglo V, se desarrolló durante un periodo histórico turbulento, cuando la Iglesia estaba acechada por la presión de los pueblos germánicos, en su mayoría paganos y por el peligro del cisma del monofisismo y tuvo una importancia decisiva en las definiciones del Concilio de Calcedonia en 451, que condenó la herejía monofisita y Gregorio Magno luchó con los lombardos asediados y destructores, Juan Pablo II, ha iluminado la Verdad, atacada por los nuevos bárbaros que amenazan la civilización y son y han sido un conjunto de ideas cuyas consecuencias incluyen políticas bárbaras, humanismos erróneos que, en nombre de la humanidad y su destino, generan nuevas tiranías y provocan sufrimiento humano.

El anhelo por alcanzar el absoluto parece ser una condición connatural al hombre. Sin embargo, cuando la verdad se fragmenta y una parte de ella se considera dogmáticamente como absoluta, el sufrimiento del mundo es dominado por un espectro demoníaco.

Este espectro fue el que generó el sufrimiento en Auschwitz y el archipiélago de Gulag. El mismo que se da cuando el utilitarismo se convierte en la única medida de la vida humana.

Contra los nuevos bárbaros desbocados que fragmentan la verdad, Karol Wojtyla ha predicado un riguroso humanismo cristiano a lo largo de más de cincuenta años de ministerio sacerdotal, diciéndole al hombre: eres mejor de lo que imaginas, mejor de lo que el mundo moderno te ha permitido imaginar.

Manifestando la fe y no sólo afirmándola es posible transformar el mundo. Así es como Juan Pablo II ha ayudado a restaurar una imagen de Dios de la que proviene un humanismo digno del Creador.

La natural dignidad de nuestro linaje consiste precisamente en que resplandezca en nosotros, como en un espejo, la hermosura de la bondad divina. A este fin, cada día nos auxilia la gracia del Salvador, de modo que lo perdido por el primer Adán sea reparado por el segundo.

La causa de nuestra salud no es otra que la misericordia de Dios, a quien no amaríamos si antes Él no nos hubiera amado y con su luz de verdad no hubiera alumbrado nuestras tinieblas de ignorancia.